



SERIE LOVER TYGRAIN 4

ALFIN TE

*Encontré*



KELLY DREAMS



SERIE LOVER TYGRAIN 4

ALFIN TE  
*Encontré*



KELLY DREAMS

# AL FIN TE ENCONTRÉ

Serie Lover Tygrain 4

Kelly Dreams

# **COPYRIGHT**

## **AL FIN TE ENCONTRÉ**

© Edición febrero 2024

© Kelly Dreams

Portada: <https://stock.adobe.com>

Diseño y Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

Para todas mis **Facebookeras**,  
Gracias por apoyarme en cada nuevo proyecto, por desearlo con tantas ganas y alegrarme los  
días con vuestras ocurrencias.  
Sois el mejor grupo del mundo.  
*Os I love you,*

Kelly Dreams

## SINOPSIS

La muerte de su abuelo dejó a **Sophia Hart** en una incómoda posición. Si quiere recuperar lo que le pertenece tendrá que hacer un viaje a las montañas y llegar a un acuerdo con el último hombre con el que querría tratar, uno cuya sola presencia amenaza con poner patas arriba su vida y adueñarse de su corazón.

**Dereck Ellis** se retiró a la montaña con la esperanza de que el destino no le alcanzase allí. Es un *tygrain* solitario que no tiene la menor intención en atarse a una compañera, pero todo cambia en el momento en que la deliciosa e inesperada nieta de su viejo amigo se presenta ante su puerta, pues sabe que no le quedará otro remedio que dejarla entrar.

*«Cuando un tygrain ronronea, el amor está en el aire».*

# ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[EPÍLOGO](#)

## PRÓLOGO

—Vaya, vaya, parece que ni ocultándose en la montaña podrá eludir el destino.

Mint sonrió y anotó el nombre que había visto en la visión, el del último *tygrain* en el que había pensado.

Dereck Ellis era uno de esos casos difíciles, un verdadero rebelde, alguien que prefería su solitaria existencia a abrirse a la persona que le estaba destinada; si es que esta aparecía.

En los últimos años la esperanza generada por los sucesivos emparejamientos en el clan había cambiado la mentalidad de los *tygrain*. Los nuevos nacimientos suponían la continuidad de la raza, una señal de que la vida se abría camino, algo que no solo ocurría en el clan de Virginia al que pertenecía, sino también en otros clanes o en el mismísimo seno de la familia real Baharí.

El que se hubiesen ido produciendo tantos emparejamientos no era sino obra del destino, el cual quería que su presencia en el mundo no solo no desapareciese, sino que se hiciese más y más fuerte.

Con todo, las visiones seguían presentándosele con la misma intensidad de siempre, si bien eran algo más espaciadas que al principio, seguía existiendo una especie de urgencia, la necesidad que urgía a unir dos corazones que se necesitaban el uno al otro. Y ese empuje parecía tener un nexo en común; *felinos* que habían abandonado la esperanza de encontrar a su otra mitad o dejaban de buscarla por uno u otro motivo.

Sí, esos eran los que más necesitaban de su ayuda y también los que solían caer con más fuerza, enamorándose hasta las trancas a pesar de su inicial negativa a rendirse ante lo inevitable.

Tenía unos cuantos de esos en su libreta, pensó con un suspiro, algunos seguían siendo una incógnita todavía, pero no le cabía duda que llegado el momento sabría la dirección en la que debía dirigirles, aunque tuviese que recurrir a todos sus subterfugios para conseguirlo.

Era una romántica, no podía evitarlo, vivía para los finales felices y cuando estos la tocaban de cerca más aún. No importaba cuán lejos intentasen huir los miembros de su manada para escapar de sus predicciones, de un modo u otro siempre los alcanzaban.

Miró de nuevo la libretita y pasó un par de hojas. Revisó de arriba abajo los nombres, ignoró los tachados e hizo recuento de los que todavía no tenían ninguna marca asociada.

—Bueno. No está mal. Casi he terminado con el clan de Virginia —aceptó con una satisfecha sonrisa—. Los nombres que quedan pertenecen a los que se han ido marchando de la

plantación Berkley.

Cogió una de las tarjetas de colores que tenía sobre la mesa y empezó a garabatear un par de líneas.

—Este va a ser un año de lo más interesante —murmuró para sí—. Pero lo primero es lo primero. Vamos a darle a este gatito solitario y gruñón, al que le gusta jugar con la nieve, un empujoncito... Creo que va a encontrar muy interesante al pequeño desastre que va en camino.

Repasó lo que había escrito y satisfecha, le hizo una foto con el móvil.

Prefería entregar las notas en mano, sobre todo para ver las caras de esos hombres hechos y derechos palidecer, pero dado que el *tygrain* al que iba a incordiar estaba ahora en plena temporada invernal y ella tenía cosas de las que encargarse aquí, tendría que optar por enviarle la nota a alguien que no la eliminase nada más verla. Alguien que transmitiría el mensaje con sumo placer.

Lo envió y asintió satisfecha.

—Preparado o no allá vas... —canturreó y tras dejar el aparato sobre la mesa, continuó ojeando la libreta para pasar a su siguiente asignación.

## CAPÍTULO 1

—Eres consciente de que todavía no ha salido ni el sol, ¿verdad?

Dereck escuchó la voz femenina nada más poner un pie fuera del edificio. El aire helado le azotó en la cara y lo habría espabilado por completo si no llevase ya varias horas en pie y dando vueltas.

No podía dormir. Estaba agitado, nervioso, se había despertado en mitad de la noche con una extraña sensación de la que no conseguía deshacerse. Sabiendo que no volvería a conciliar el sueño por mucho que quisiera, se había vestido y calzado dispuesto a irse a la montaña y dejar que la tensión se desvaneciera mientras trotaba por la nieve.

—Tan consciente como tú, según parece —replicó mirando a la mujer que, todavía en pijama y envuelta en un grueso anorak, lo miraba desde un lateral del porche—. ¿Tampoco podías dormir?

—Algo me espabiló el sueño —afirmó al tiempo que caminaba hacia él con el teléfono móvil entre las manos y se lo tendía—. Creo que pensé que si te lo enviaba a ti directamente, lo borrarías sin molestarte en leerlo, así que... Me lo envió a mí.

Enarcó una ceja y miró el aparato que sostenían esos delgados dedos.

—¿De qué estamos hablando?

Lizbeth no era de las que se andaba con rodeos. Su hermana menor solía ir directa al grano, aunque eso dejase tras de sí un enorme agujero y a juzgar por la seriedad en su rostro, fuese lo que fuese parecía ser lo bastante importante como para haberla desvelado.

—De algo que no podrás seguir ignorando mucho tiempo más... —mencionó girando ahora el aparato para plantárselo delante de la cara al ver que se negaba a tocarlo siquiera—. Una de las famosas predicciones de Mint. Parece que estás a punto de perder la soltería, hermanito.

Deslizó casi sin querer la mirada sobre la pantalla y leyó las escuetas líneas:

***Para Dereck:***

***Lo que llevas tanto tiempo esperando llegará con la tormenta.***

***No bufes y sé un gatito amable.***

***Buena suerte,***

***Mint.***

Releyó el mensaje dos e incluso tres veces antes de dar un paso atrás y estremecerse de los pies a la cabeza. El color se volatilizó de su rostro, el corazón se le detuvo en seco y durante un breve instante podría haber jurado que incluso la sangre dejó de fluir por sus venas.

Miedo. Ácido, desagradable y apestoso... Notó el aroma al momento y supo que procedía de él mismo.

Era increíble como un puñado de palabras podían despertar en un *tygrain* una inquietud y pavor semejantes. Eran muchos los que esperaban recibir una nota como esa, pero él no, Dereck se había marchado para evitar algo como esto.

Se sacudió como lo habría hecho en su forma felina y dio un inmediato paso atrás cruzando los dedos en aspa en dirección a la pantalla. Siseó como un gato con los pelos de punta y entrecerró los ojos sobre su hermana.

—Dime que eso es una de tus bromas pesadas.

Lizbeth se limitó a poner los ojos en blanco y girar la pantalla del móvil hacia sí misma.

—Hace años que no gasto una de esas, se quedaron en el pasado, con mi versión fiesterera, ¿recuerdas? —replicó con un bufido y levantó su mano derecha, en la que lucía una alianza de bodas—. Ahora soy una respetable mujer casada, tengo un adorable *tygrain* en mi vida que no cambiaría por nada y un próspero negocio en las montañas. Tú, por otro lado, tienes un increíble marrón entre manos...

—No. Ni hablar. De eso nada —negó rotundo—. Mint puede guardarse para sí sus mensajitos. No me interesan.

—No se trata de que te interesen o no, Dereck, sino de lo que suelen traer consigo —afirmó ella recordándole la fiabilidad que esa mujer había demostrado en los últimos años—. No daría un duro por sus aciertos en la lotería, ¿pero en esto? Solo se me ocurre decir «*espera y verás*». —Chasqueó la lengua y señaló—. Te lo reenvío a tu móvil.

—No te molestes... —Negó con la cabeza y sin perder un segundo más, se ajustó la mochila y bajó las escaleras del porche—. Me voy a la montaña. Diles a los chicos que se encarguen de los grupos de la mañana.

—¿En serio? —bufó ella a sus espaldas—. ¿No vas a decir nada más al respecto?

Ladeó la cabeza lo justo para mirar por encima del hombro y replicó:

—Sí. Que se jodan Mint y sus predicciones.

Y con esa última acotación abandonó el porche sin mirar atrás.

No podía enfrentarse a eso ahora mismo, no delante de su hermana y mucho menos cuando su parte felina se relamía ya de anticipación mientras que la humana estaba absolutamente acojonada ante semejante predicción.

Por supuesto que Mint no erraba, esa maldita loca que Dimitri seguía manteniendo como

chamán del clan era un jodido dardo certero cuando se trataba de estas cosas y si ella decía que su presunta compañera llegaría con la tormenta, lo haría; lo quisiera él o no.

Su necesidad de perderse en la montaña, de dejar atrás su piel humana y revestirse con el pelo de su encarnación felina se hizo incluso más acuciante. Antes de darse cuenta había echado a correr sobre sus dos piernas por el ascendente sendero. Pronto podría dejar atrás la mochila, su ropa y dar rienda suelta al remolino de emociones que acaban de despertar en su interior.

## CAPÍTULO 2

Ya está. Era oficialmente una desequilibrada mental.

El que estuviese ahora mismo en este lugar y tiritando de frío solo era una confirmación de que su cordura se había esfumado. Aunque, a decir verdad, no sabría decir con exactitud el momento exacto en el que ocurrió, pues había tenido más de los que podía contar.

¿Al salir de la oficina del abogado que había leído el testamento?

¿Tras discutir con el imbécil por última vez y desoír cualquier comentario sensato mientras metía la maleta en el taxi hacia el aeropuerto?

¿Cuándo pensó que podría cambiar la jodida rueda de un coche de alquiler en una carretera rural, sin acabar siendo víctima de su propia estupidez y la puñetera mala suerte?

El karma la odiaba. La prueba era que la rueda de repuesto se había muerto de un reventón un par de kilómetros después de haberla cambiado tras el pinchazo y había terminado en la cuneta con una brecha en un lado de la frente.

Si fuese una persona inteligente —*hasta entonces creía serlo*— y cuerda —*de eso ya no estaba tan segura*—, se habría interesado por el estado de su coche en vez de dejarlo todo en manos de la grúa, le habría dicho al taller que la avisase cuando estuviese listo para recogerlo en vez de dejarlo para después y habría montado en el primer transporte público que la llevase de regreso a *Nevada*.

Sophia no hizo ni lo uno ni lo otro.

No. Como la lumbreras que era, decidió seguir adelante con el motivo que la había llevado a coger un avión hasta Seattle, alquilar un coche y conducir durante cuatro horas pasando por alto cualquier gramo de cordura que pudiera quedarle todavía en el cerebro.

Lo cierto es que no quería darle la razón al *imbécil* y tener que escuchar de su boca un «*te lo dije*».

A estas alturas dudaba ya de que su intelecto hubiese estado intacto cuando se embarcó en esta aventura. Si lo pensaba con una pizca de frialdad, su presumible inteligencia había muerto mucho tiempo antes de que pasase todo esto. Lo hizo en el mismo instante en que conoció a Enrique y pensó que podía llegar a convertirse en el hombre de su vida.

Menudo ojo había resultado tener para las relaciones. Al final iba a ser verdad que el amor

la dejaba a una ciega.

*Ciega, sorda y gilipollas*, pensó, tres cosas de las que ahora se arrepentía muchísimo.

Pero, más valía tarde que nunca, ¿no?

Resopló. No podía culpar a nadie más que a sí misma por la cadena de desastrosas decisiones que la condujeron hasta este momento y a la villa turística a los pies de las montañas en la que ahora se encontraba.

Luchando con el frío que le calaba los huesos y le hacía castañear los dientes, escuchó una vez más la explicación de la recepcionista. Le estaba dando las indicaciones a seguir para llegar al lugar que buscaba y encontrar por fin a la persona por la que había pasado de todo en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Tome el teleférico que encontrará en la zona del aparcamiento, la góndola *Whistler Blackcomb* a *Peak to Peak* la dejará en la estación de montaña. *El Refugio* es el único restaurante de la estación, así que no tiene pérdida —resumió con amabilidad al tiempo que la miraba con gesto disimulado—. Si necesita alguna cosa más, no dude en decírmelo.

No tenía que preguntarse por qué la miraba de esa manera, el hecho de que todavía no se hubiese convertido en un cubito de hielo hablaba por sí sola. Tanto como le gustaría quedarse en el calorcito de la calefacción del interior del hotel y subir a su habitación para meterse debajo del grifo de la ducha con el agua bien caliente, necesitaba hacer una visita inmediata a la tienda de ropa de montaña que había visto al llegar y aprovisionarse adecuadamente.

Por dios, juraría que se le habían congelado hasta las tetas, tenía los pezones tan duros que de un momento a otro le harían un agujero al abrigo.

—La tienda de ropa de montaña que he visto en la calle principal, ¿estará abierta ahora?

La mujer asintió y no dudó en sacar una tarjeta de debajo del mostrador, activarla con el número de su habitación para luego entregársela.

—Sí, por supuesto. No cierra al mediodía —le indicó y añadió con esa educada cortesía—. Encontrará que cuenta con buenos precios y ropa de calidad para el clima de montaña. Que disfrute de su estancia en *Whistler Blackcomb*.

Agradeció la asistencia y cogió la llave de la habitación que había reservado para un par de noches. Era todo lo que pensaba quedarse, menos aún si podía encontrar aunque fuese un *Uber* y largarse de este lugar en cuanto hubiese solucionado lo que la traía hasta allí.

*Whistler*. Su abuelo decidió dejarle una parte de su herencia a un tipo que vivía en una ciudad al norte de Vancouver, en la jodida *Columbia Británica*. Uno del que si bien tenía algún recuerdo lejano, no había vuelto a ver, llegando incluso a borrarlo de su memoria hasta que el maldito abogado lo mencionó durante la lectura del testamento.

Así que, aquí estaba, después de volar de *Nevada* a *Seattle* y alquilar allí un coche y conducir hasta este remoto lugar. Venía dispuesta a encontrarse con el tipo que había dejado una

huella tan profunda en un hombre como Emilio Hart, como para que lo incluyese en su testamento y le dejase parte de lo único que era sagrado para ella; el rancho de *Spring Creek*.

Ese había sido el hogar de los Hart durante generaciones, sus raíces estaban allí y le resultaba inconcebible que su abuelo le hubiese legado la mitad de la propiedad a alguien que no formaba parte de la familia.

Y, aun así, las palabras que le había dedicado el anciano en sus últimas voluntades hablaban por sí solas sobre su deseo:

*«Y a Dereck Ellis, mi amigo y hermano, un hombre que la vida puso en mi camino para hacerla mejor, le dejo la mitad de la propiedad «La Bonita», en Spring Creek, Nevada. Sé que la cuidará del mismo modo en que lo habría hecho yo. La otra mitad de dicha propiedad, así como el resto de mis posesiones, son para mi querida nieta, Sophia».*

*¿Amigo y hermano? ¿Un hombre que la vida puso en su camino para hacerla mejor?*

Sabía que el abuelo tenía amistad con un tal Ellis y que incluso este había visitado el rancho en una ocasión, pero de eso hacía ya mucho tiempo, demasiado como para tenerlo presente en su mente. En los últimos meses de su enfermedad, la mente del anciano había divagado tantas veces, que ya no sabía cuándo decía algo con sentido o se perdía en sus caóticos pensamientos. Si lo mencionó, no le dio mayor importancia.

Hasta ahora.

Y a pesar de todo, había algo que sabía a ciencia cierta; si Emilio había mencionado a ese hombre en su testamento, solo podía tratarse de una persona importante para él, pues no era alguien que ofreciese su amistad a cualquiera.

Milio era un hombre orgulloso de sus raíces nativas, al igual que lo había sido su padre. Los dos hombres de su vida habían sido indios *paiutes* y su sangre le corría también por las venas, la única cosa, junto con el color de sus ojos que la unía a su gente, pues el resto de ella era completamente francocanadiense.

*«Mi india dorada».*

Así era como siempre la había llamado su padre, a veces solo para ver como su madre ponía los ojos en blanco. Ella había nacido en Francia, pero su padre era canadiense, de ahí que su aspecto fuese sofisticado y llamativo, tanto como para haber enamorado perdidamente a su padre.

Físicamente Sophia se parecía a ella con la piel blanca y el pelo de un tono castaño claro entre los que todavía quedaban algunas hebras doradas. Ella había sido la que le había enseñado que no tenía por qué conformarse con un solo lado de su herencia, que podía disfrutar de los dos. Y sobre todo, que jamás debía sentir vergüenza por quién y qué era.

Había sido su niña dorada hasta el final, cuando la muerte se los arrebató de manera cruel e inesperada dejándola al cuidado de la única familia biológica que le quedaba; su abuelo Emilio.

Durante todo el tiempo que vivió con él solo había visto a ese hombre una vez. Y estaba muy segura de que este último año, en el que había vuelto a casa para cuidar del anciano, ese hombre no le había visitado, ni tampoco le constaba que lo hubiese llamado; al menos que ella supiera.

Mientras todavía había tenido fuerzas y ganas de recibir a gente, el rancho siempre había estado lleno de gente, de las amistades de su abuelo; sus tíos y tías postizos, como se había acostumbrado a verles desde que llegó al rancho con solo doce años.

Todo lo que recordaba de aquel día era haberse despedido de sus padres por la mañana, subir en el autobús escolar y ver a su abuelo en la oficina del director poco antes de que sonase el timbre.

El destino había querido que su familia se encontrase en el lugar y momento equivocados y acabasen siendo asesinados, al igual que otras tres personas, por un trastornado que se había estado paseando con un arma de asalto en las manos y disparando sin mediar palabra a cualquiera con el que se cruzara en el parking de un supermercado.

La policía lo había abatido una hora después de aquella atrocidad; una hora demasiado tarde.

Ese día su vida cambió por completo. De la noche a la mañana se encontró huérfana, arrancada de su propia casa, de la vida en la ciudad y teniendo que irse a vivir con su abuelo.

Habían pasado ya veinte años desde entonces, pero seguía teniéndolo todo tan presente como si hubiese ocurrido ayer.

Se llevó la mano al pecho y se obligó a respirar hondo antes de que las puertas automáticas de la entrada se abriesen y empezase a jurar hasta en arameo cuando recibió la bofetada de aire helado del exterior. Apretó los dientes para evitar que le castañearan e hizo un rápido recorrido con la mirada para orientarse. Arrastró la maleta con un par de mudas que había metido apresuradamente y que posiblemente le habrían servido si se hubiese ido a California y se dirigió hacia el lugar en el que había visto la tienda con equipación de montaña.

—Integral, Sophia, eres una gilipollas integral —siseó para sí—. Aquí no hay resorts ni playas, ¡esto es Canadá, joder!

Y estaban en pleno invierno. A mediados de enero, para ser exacta, lo que quería decir que iba a hacer un jodido frío de narices.

La culpa era de ese imbécil.

Enrique no había hecho otra cosa que increparla, decirle que todo lo que le estaba ocurriendo era única y exclusivamente culpa suya. Insistió en que si le hubiese escuchado cuando le dijo que le insistiese *al viejo* para que pusiera el rancho a su nombre, ahora no estaría en semejantes problemas.

A ese cabrón le daba lo mismo que ella estuviese hecha una mierda, que la única familia

que tenía se hubiese ido, solo pensaba en sí mismo y en lo que podía conseguir a través de ella; como lo había hecho siempre.

¡Si hasta lo había dicho en voz alta!

Lo que haría y desharía una vez el rancho fuese de ella, qué cosas le convenían y cuales no llevar a cabo... Siempre hablaba poniéndola a ella por delante, como si las ideas fuesen consensuadas entre ambos, mostrándose solícito, ofreciéndose incluso a mudarse con ella al rancho cuando su abuelo cayó enfermo a principios del año pasado y tuvo que trasladarse para ocuparse de él.

Ese tipo solo veía lo que podía sacar del rancho, sin importarle un bledo que el anciano se estuviese apagando ante sus ojos día a día.

Y ella había estado tan ciega y preocupada por cómo se iba apagando el anciano, que incluso había pensado en casarse con Enrique para que su abuelo se quedase tranquilo sabiendo que no estaría sola.

«*No es tu corazón el que habla, Sophia*». Le había dicho su abuelo cuando sugirió la posibilidad de formalizar su relación con su novio. «*Escúchalo con atención y cuando lo oigas latir por otra persona, entonces sabrás que has encontrado al hombre adecuado*».

—Siempre viste las cosas con mucha más claridad que yo, abuelo... —murmuró pensando en todo lo que le había dicho en vida, en lo sabio que era y en lo bien que la conocía. A veces pensaba que incluso mejor que ella misma—. Tenías razón al decir que era un bueno para nada y que me merezco algo mejor...

Oh, sí. Se lo había dicho muchas veces, incluso cuando el susodicho estaba delante. Le importaba un bledo lo que pensasen de él, decía que las únicas opiniones a tener en cuenta debían de ser la de aquellos que le conocían bien, pues eran los únicos que tenían derecho a juzgarle.

Las lágrimas le picaron en los ojos y se obligó a hacer rápidamente a un lado los recuerdos. No podía pensar ahora en él, no cuando debía poner todas sus energías en encontrar al señor Dereck Ellis y pedirle que renunciase a su parte de la herencia.

Si bien habían tardado casi un mes en dar lectura al testamento por expreso deseo de su abuelo, no era tiempo ni remotamente suficiente para hacerse a la idea de que ya no estaba en su vida. Que no volvería a escuchar ese vozarrón, ni a oler el tabaco de la pipa en la que fumaba ocasionalmente, que no podría ir a él con sus quejas, con sus discusiones y ver esas mejillas cubrirse de rubor cuando entraban en uno de sus eternos debates.

Iba a ser duro estar sin él, pero lo sería mucho más si dejaba que un completo desconocido se apropiara de parte del rancho.

Un desconocido del que su abuelo le había hablado en una última carta, una cuyo contenido estaba claramente alterado por su enfermedad y a la que no podía dar crédito alguno.

Lo que allí decía, las cosas de las que hablaba estaban sacadas de los cuentos que solía contarle cuando era niña, eran sinsentidos basados en creencias culturales, pero no es la realidad.

Había tenido que recurrir al abogado y pedirle que le permitiese arreglar esto por sí misma, llegar a un acuerdo con el hombre. Dado que el letrado había tenido continuos problemas para localizar al individuo hasta el punto de que fue incapaz de hacer que se presentase a la lectura, no le puso pegas a que intentase localizarlo ella y ponerle al tanto de lo que ocurría.

Así que aquí estaba ahora, con una copia del testamento en su bolso, dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano para dar con ese tal Dereck Ellis y pedirle que renunciase a su parte de la herencia.

Con esa idea en mente Sophia entró en la pequeña tienda dispuesta y comprar lo necesario para el clima de la montaña. Lo último que necesitaba era terminar ella misma convertida en una escultura de hielo.

## CAPÍTULO 3

A veces se comportaba como un cachorro, pero dado que no había nadie para verlo, poco le importaba.

Le gustaba la nieve, le gustaba estar allí arriba, lejos del bullicio diario que se generaba en torno al restaurante. De vez en cuando necesitaba aislarse, dejar a un lado la piel humana y adoptar su forma *tygrain* a fin de poder internarse en las montañas y pasar el rato sin preocuparse de nada. Disfrutaba del frío y de la nieve como si hubiese nacido en ella y no en un clima mucho más cálido, desde luego tenía un buen abrigo de pelo que lo aislaba de las inclemencias y le permitía dormir sobre esa fría cama.

Levantó una enorme pata tras comprobar cómo se hundía en la nieve virgen que había caído a lo largo de la noche alimentando las zonas más altas de la montaña y que habrían aportado también espesor a las pistas esquiabiles.

Siempre era un riesgo caminar por allí durante el día, lo último que necesitaba era un grupo de turistas o senderistas alpinos huyendo y reportando el avistamiento de un tigre de bengala en las inmediaciones de un importante centro de esquí. Por supuesto, se habían encargado de desmentirlo, de aludir a posibles alucinaciones a causa de la nieve o la altura y el hecho de que quizá hubiesen visto otra cosa como liebres o zorros... Algunos se lo creían, pues era una explicación más razonable que el hecho de que hubiese un felino salvaje campando a sus anchas por las montañas, otros algo más escépticos habían llegado incluso a formar partidas de caza y expediciones; a veces no sabía si echarse a reír o a llorar mientras los acompañaba, como guía de montaña que era, para evitar que acabasen rompiéndose la crisma en busca de algo que no iban a encontrar.

La culpa era toda de su hermana. Lizbeth le había asegurado que este era el lugar perfecto para él, que aquí podría tener toda la paz y meditación que quisiera. Greg, se limitaba a decirle que no estaba haciendo sino retrasar lo inevitable. Gregory Harrison, el compañero de su hermana y también su mejor amigo de toda la vida, solía bromear con el hecho de que cualquier día se encontraría abriéndole la puerta del restaurante a su propia compañera.

Ni de coña.

Había dejado el clan precisamente para alejarse de los «*antes o después caerás*», no quería vivir prisionero de un deseo o ilusión. En los últimos años emparejarse había empezado a

convertirse en un requisito, ver a la chamana del clan pululando alrededor traía consigo una mezcla de excitación y temor...

Uno que ahora, gracias a ella y a ese maldito mensaje, conocía jodidamente bien.

No quería que alguien le «*emparejase*» o le diese directrices en ese campo o en otro cualquiera, ya puestos. No llevaba bien lo de obedecer otras órdenes que no fuesen las suyas, lo cual era también uno de los motivos por los que había abandonado la *plantación Berkley*. No era un seguidor y los continuos roces que tuvo con Dimitri en el pasado lo habían dejado más que claro.

Conocía al líder del clan *tygrain* de Virginia desde que eran niños, eran compañeros de juegos, habían crecido juntos y se respetaban mutuamente, pero la llegada a la adultez había llegado con ciertas rivalidades felinas que dejaban claro que ambos habían nacido para mandar.

Dereck tenía la sangre caliente, era un líder nato y era inevitable que con el paso del tiempo quisiera tener su propio clan o al menos no tener que preocuparse por agachar la cabeza ante nadie. La pequeña familia que había encontrado en estas montañas cubría esa necesidad en su interior, tanto su hermana como su compañero y los dos nómadas que habían llegado a las montañas ese último año habían dado forma a ese clan.

«*El mini clan de Whistler*».

Así lo había bautizado su hermana, aunque también solía referirse a sí mismos como los «*tygrain de la montaña*», lo cual sin duda encajaba mucho mejor con la labor que realizaban allí arriba.

Dejó escapar un resoplido felino de entre sus fauces y se sacudió desde la cabeza hasta la cola para deshacerse de la nieve que le perlaba el pelaje. Olfateó el aire y avanzó con cuidado hasta que la nieve dejó de hundirse bajo sus patas y pudo avanzar con mayor rapidez hacia el lugar en el que había dejado sus cosas.

El viento no había traído olor humano alguno, sus intensificados sentidos tampoco habían sentido ninguna presencia relevante, así que no había peligro alguno de que algún alpinista avezado o algún tonto desorientado lo encontrase en su forma felina.

Avanzó a zancadas, disfrutando de la carrera y de la nieve bajo sus patas hasta el punto exacto en el que dejaba la mochila cuando subía allí arriba para estar a solas. Respiró hondo y dejó que su naturaleza gatuna diese paso a la humana.

—Joder... —siseó al sentir ahora el frío sobre su piel desnuda y se apresuró a vestirse.

Había *tygrains* que dominaban el arte de conjurar la ropa sobre sus cuerpos o a deshacerse de la misma mientras hacían el cambio de una encarnación a otra, pero era un truquito que no acababa de salirle del todo bien. Requería concentración y una precisión para la que no tenía ni tiempo ni paciencia.

Una vez completamente vestido, con los pies dentro de las cálidas botas de montaña y la

chaqueta polar subida hasta el cuello, se tomó unos segundos para mirar a su alrededor y llenarse los pulmones de ese aire helado.

Era hora de volver a actuar como el guía de montaña que era, como un adulto y no como un gato enfurruñado por los imposibles tejemanejes de esa loca.

Levantó la cabeza y entrecerró sus ojos verdes mientras miraba hacia el cielo. Olfateó una vez más y saboreó la presencia de la humedad en el aire.

—No tiene buena pinta —murmuró. Recuperó la mochila, se la puso a la espalda y aseguró las cinchas para finalmente recoger los bastones e iniciar el descenso hacia el sendero que marcaba el camino por el que se podía transitar.

Iba a volver a nevar. No necesitaba mirar el parte meteorológico para saberlo. De hecho, lo más probable era que fuese el preludio de una ventisca, lo que significaba que se cancelaban los tours de hoy y la estación cerraría las pistas por precaución.

A Lizbeth le alegraría el tener una noche de asueto para disfrutar del hogar que Gregory y ella habían construido en *Blackcomb Mountain*, uno en el que también lo habían acogido a él y a los dos *tygrain* solitarios que ahora formaban parte de su pequeño clan.

Si bien Kynan y Ethan vivían en *Whistler*, solían pasar más tiempo en la montaña, como guías e instructores de esquí o montañeros de rescate, que en sus propias casas, por lo que lo normal era verlos pasando el tiempo entre sus respectivos negocios y *El Refugio*, el restaurante que regentaba su hermana.

Lizbeth y Gregory vivían todo el año en la estación, pues si bien en invierno tenían una abundante clientela entre esquiadores y practicantes de *snowboard*, en primavera, cuando la nieve se derretía y los pastos reverdecían, la montaña se llenaba de senderistas o turistas que querían pasear por la naturaleza.

Cuando llegó allí pensó que sería algo extenuante. Tratar todo el tiempo con humanos, tener a gente entrando y saliendo de tu casa... Pero la montaña resultó ser lo bastante grande para todos. El terreno y las posibilidades que ofrecía le enamoraron nada más poner los pies allí, de algún modo su lado felino sentía que había llegado a casa y no había dejado de sentirse así en todo el tiempo que llevaba allí.

Él mismo también se había comprado una casa en *Whistler*, aunque al igual que sus compañeros, pasaba más tiempo en la estación y en la montaña que en el pueblo.

Una ráfaga de aire frío le azotó la cara mientras salía al camino principal y se encontraba con las huellas de aquellos que lo habían transitado esa misma mañana. Estas indicaban el regreso de los excursionistas, quienes sin duda llegarían abajo lo bastante cansados y hambrientos como para recalar en el restaurante en busca de algo caliente y quizá un poco de descanso antes de tomar el teleférico de vuelta. Algunos se hospedaban en los hoteles de la villa de *Whistler Blackcomb*, mientras que los que venían tan solo a pasar el día dejaban los coches en

el aparcamiento en las inmediaciones de la estación del teleférico.

Echó una nueva mirada hacia el cielo, volviéndose hacia la cima y entrecerró los ojos ante el tono grisáceo que iba adquiriendo hacia la cima.

—Si les diesen a los del tiempo un dólar cada vez que fallan, se harían ricos... —murmuró para sí y sacudió la cabeza. El parte meteorológico que había visto antes de salir no daba ninguna tormenta para la zona, solo algo de nieve—. Menudos ineptos.

Chasqueó la lengua y recuperó el *walkie* que llevaba consigo para emergencias.

—Soy Dereck —dijo nada más escuchar que contestaban tras unos cuantos segundos—. ¿Has bajado ya de la montaña?

—¿Al fin das señales de vida? —replicó Kynan con cierta burla.

—Dime que ya estás de vuelta en la base con el grupo de esta mañana. —Fue directo al grano—. El cielo se está poniendo cabronazo por aquí arriba.

—Estoy abajo —corroboró su amigo—. La estación meteorológica acaba de pasar el parte a la estación. Se suspenden las actividades en las pistas y el teleférico dejará de funcionar en breve. Mi grupo y algunos de los esquiadores que había aquí ya van de regreso hacia a *Blackcomb* y *Peak to Peak* también echará el cierre.

Gruñó en asentimiento y esta vez desplazó la mirada por la montaña, más allá de dónde le alcanzaba la vista.

—¿Tenemos a alguien en el *Glaciar de Blackcomb*?

—El último grupo acaba de llegar con Ethan —anunció y aquello le quitó un peso de encima—. Algunos de los excursionistas han protestado, pero en cuanto se les ha explicado el motivo han cerrado la boca. Se ve que no es la primera vez que están en la montaña. Liz ya ha cerrado la cocina, en cuanto los últimos rezagados abandonen el restaurante echará el cierre.

Asintió satisfecho.

—Bien —respondió apretando de nuevo el botón del dispositivo—. Voy de bajada. Estaré ahí en quince minutos o menos.

—Se lo diré. Estaba a punto de enviar a Gregory en busca de tu culo peludo.

Puso los ojos en blanco y resopló.

Su hermana parecía seguir olvidando que *él* era el hermano mayor. Desde que se había emparejado, parecía mamá gallina con él y con cualquier *tygrain* soltero que se le pusiera al alcance. Si tuviese el mismo interés en tener familia propia, ahora mismo sería tío de al menos un par de sobrinos, pensó irónico.

Sacudió la cabeza una vez más ante esos azarosos pensamientos y habló por última vez.

—Nos vemos abajo.

Con ese último apunte, devolvió la radio a su bolsillo y echó un último vistazo a la oscura promesa que se cernía sobre la montaña, una que sin duda traería consigo una cruda e inesperada

tormenta de nieve.

## CAPÍTULO 4

*¿Una tormenta?*

—¡Venga ya! —resopló Sophia nada más escuchar la noticia que acababan de transmitir por los altavoces de la estación. Después del mareante trayecto en esa cosa, no pensaba subirse al teleférico hasta que su estómago volviese a su lugar y hubiese tenido unas palabras con Dereck Ellis.

Echó un vistazo al cielo y arrugó la nariz. Suponía que los avisos meteorológicos tenían que ver con el cielo plomizo cada vez más oscuro que se veía en la línea del horizonte, más allá de las pistas de esquí. Se estremeció, pero no supo si se debía al frío, a pesar de que se había pertrechado bien para que no se le congelasen las tetas o el culo o a la sensación que traía consigo ese color grisáceo de las nubes.

—Vale. Haz lo que tengas que hacer y vete —se dijo a sí misma—. Vas al restaurante, preguntas por él, le pides amablemente que renuncie a la parte del rancho que le ha legado el abuelo y te largas antes de que empiecen a caer los primeros copos.

En su cabeza sonaba muy bien, pero su parte racional sabía que ni iba a ser tan fácil, ni tan rápido.

Tal y como le había mencionado la mujer de la tienda, el restaurante se veía a simple vista, pues era el edificio más grande de la estación. Se dirigió hacia allí esquivando a los esquiadores que dejaban sus equipos en la tienda de alquiler, evitó que una chica con una tabla de *snowboard* le diese con ella cuando se giró para llamar a su grupo de amigos y continuó en sentido contrario al que tomaba la mayoría.

Sophia escuchó algún que otro bufido y protesta de labios infantiles, así como de los de los adultos que veían truncados sus planes para el día. Los comentarios giraban en torno al clima, a lo que podía avecinarse y la duración de lo que prometía ser una buena tormenta.

—Prefiero irme ahora que quedarme aquí aislada, ¿te imaginas? —Escuchó que rezongaba una mujer a su acompañante—. ¿Crees que durará mucho? En el parte meteorológico de esta mañana no decía nada. Si lo llego a saber no reservo todo el fin de semana.

—Ya sabes cómo son estas cosas en las montañas —replicó el chico con un ligero encogimiento de hombros—. Llegan cuando menos te las esperas. Si han dado el aviso de que van a cerrar, es porque suponen que la cosa durará algo más que unas cuantas horas. El cielo está

lo bastante oscuro como para garantizar una buena nevada.

Un ligero estremecimiento le bajó por la columna mientras los dejaba atrás.

No le había gustado un pelo como había sonado eso.

—Cinco... diez minutos como mucho. Si no puedo encontrarme con él hoy, me iré y volveré cuando el tiempo no amenace con dejarme aislada en medio de ninguna parte —se dijo y apuró el paso.

Puede que estuviese un poquito desesperada por terminar con este asunto hoy, pero no tanto como para descuidar su propia seguridad.

Resopló, dejó atrás la tienda de alquiler y la escuela de esquí y mantuvo la mirada fija en el edificio de dos plantas. Su emplazamiento no podía ser más adecuado, la terraza exterior tenía que ofrecer unas vistas increíbles de la falda de la montaña y sus inmediaciones.

Una vez más se preguntó cómo era posible que su abuelo conociese a alguien en este lugar. No recordaba haberle escuchado hablar de una visita a Canadá y mucho menos a las montañas, de hecho, el hombre era bastante casero, lo que hacía que no soliese abandonar sus tierras a menos que fuese absolutamente necesario. Sus amistades residían todas en *Nevada*, Sophia había ido conociendo a la mayoría de ellas durante ese último año y también durante el funeral. Muchos habían venido a despedirle y los que no habían enviado su pésame. No había uno solo que no tuviese una palabra amable y recordase al abuelo como un hombre respetado y querido, alguien a quien añorarían y hasta dónde sabía, ese tal Dereck Ellis no había estado entre ellos.

Durante ese largo año en el que estuvo junto a Milio, cuidándole y acompañándole en sus últimos meses, no pudo evitar sentirse culpable al echar la vista atrás y darse cuenta de que no había estado tan presente como debería.

Desde el momento en que se independizó, a pesar de que mantenía contacto telefónico con el hombre e intentaba pasar las fiestas con él, su propia vida y el trabajo la mantenían lejos de *Spring Creek*. Tuvo que darse la inesperada llamada de una vecina, contándole que su abuelo se había caído y estaba en el hospital, la que le llevó a descubrir lo que el hombre le había estado ocultando hasta entonces; que llevaba tiempo sintiéndose mal y que tras visitar a un especialista y escuchar su diagnóstico, decidió mantener su enfermedad en secreto todo el tiempo que le fuese posible.

Dios. Cómo le había gritado ese día, cómo se había encarado con él, diciéndole de todo solo para acabar rompiendo a llorar al darse cuenta de que ya no había vuelta atrás.

Él, que había ejercido de médico durante gran parte de su vida, sabía mejor que nadie lo que significaba su enfermedad y a dónde le conduciría. A pesar de ello, no quería llamarla, no deseaba que encadenase su vida a la de un anciano y así se lo dijo cuando Sophia le aseguró que se trasladaría a vivir con él lo quisiera o no.

Aquella decisión trajo consigo muchos cambios y también las primeras desavenencias

serías con Enrique, su novio, el hombre con el que mantenía una relación desde hacía cuatro años. Él se había opuesto a que se trasladase para cuidar de un anciano, que se fuese nada más y nada menos que a *Spring Creek*, pero cuando vio que se dio cuenta de que no conseguiría convencerla y la acompañó hasta la propiedad, su oposición se esfumó como por arte de magia e incluso sugirió acompañarla en ese duro camino.

Menuda rata de alcantarilla.

Tendría que haberlo visto venir, entender que su drástico cambio no tenía que ver con ella, con que la quisiera y deseara apoyarla, sino con la idea de que aquella propiedad pasaría a sus manos en cuanto su abuelo falleciera. Dada la preocupación que la absorbía en aquellos días, no se permitió pensar en nada más que en la salud del hombre. Fue duro, muy duro ver como alguien vital y fuerte como su abuelo se iba achicando poco a poco, como el pilar de su pequeña familia se venía abajo ante sus ojos sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

Durante su convalecencia, incluso cuando ya empezaba a necesitar ayuda para trasladarse de un lado a otro y finalmente de una silla de ruedas para moverse, nunca se quejó de su estado, procuraba disfrutar de cada momento, pues sabía que no tendría otra oportunidad de hacerlo y la instaba a ella a hacer lo mismo.

*«La muerte puede encontrarte mañana, así que vive hoy todo lo que puedas».*

Ese era el lema de su abuelo, uno que había cumplido a rajatabla hasta el último minuto de su vida.

Dejó escapar un suspiro y se obligó a guardar bajo llave una vez más el tumulto de emociones que traía consigo el recuerdo del hombre. Ya lidiaría con el duelo cuando volviese a casa y su hogar le perteneciese solo a ella.

—Primero reúnete con ese hombre, habla tranquilamente con él y después... ya veremos qué pasa.

Subió las escaleras y atravesó las puertas del edificio en el que se ubicaba el restaurante a la vez que esquivaba una vez más a la gente que salía.

Se encontró con un nutrido grupo de personas apiñadas en la barra esperando a pagar sus consumiciones o hablando con la camarera que se movía por detrás. Las mesas del comedor a su derecha estaban ya vacías a excepción de algún rezagado que empezaba a recoger tras terminar con el almuerzo.

Miró a su alrededor sintiendo al momento el cambio de temperatura en sus mejillas gracias al ambiente cálido que ofrecía la calefacción. Se quitó el gorro y los guantes, procuró que el pelo le ocultase el pequeño apósito que le habían puesto en el puesto de socorro tras el reventón y esquivó a una pareja mientras se aproximaba a la parte menos concurrida de la barra. Fue entonces cuando vio al hombre agachado detrás del mostrador, metiendo botellas vacías en una caja destinada a ellas.

—Disculpe... —Alzó la voz lo justo para llamar su atención por encima del murmullo general.

El tipo, el cual debía de estar en la treintena y vestía de manera informal, levantó la cabeza y la miró. Su aspecto era imponente y algo tosco, en cierto modo su atuendo le recordaba a uno de esos enormes leñadores que vestían camisa de cuadros. Tras secarse las manos en un paño, dejó este a un lado y se acercó a ella.

Bueno, de cerca era aún más imponente y atractivo, pensó echándole un rápido vistazo a ese pelo negro y a los ojos de un bonito tono castaño que cayeron al instante sobre ella.

—Estamos a punto de cerrar, señorita —mencionó señalando la fila de gente—. Se avecina una tormenta y...

—Sí, lo he oído —le interrumpió y antes de que el tipo pudiese decir algo más, añadió—. No he venido a comer y le prometo que no le robaré más que unos pocos segundos. Estoy buscando al señor Dereck Ellis...

—¿A Dereck? —repitió él entre sorprendido e irónico. La manera en que la recorrió con la mirada le dijo sin necesidad de palabras lo que estaba pensando; se estaba preguntando que tendría que ver ella con el susodicho.

Antes de que pudiese aclarar la situación y evitar así un bochorno mayor, una voz profunda y algo ronca resonó desde algún punto a su espalda.

—Gregory —informó el recién llegado pasando a su lado y dejando sobre la barra un juego de llaves—. Generador de emergencia comprobado y listo para usar en caso de necesidad

Sophia no pudo evitar echarle un vistazo al recién llegado y cristo, no solo era enorme como una montaña, sino también atractivo... Si te gustaban los hombres morenos, de hombros anchos, que rozaban el metro noventa y tenían un aire de lo más inquietante. Sus ojos azules se encontraron con los suyos y, al igual que había hecho antes el tal Gregory, la recorrió con la mirada.

—Si estás buscando a Dereck, acaba de bajar de la montaña —mencionó como si el que una mujer desconocida apareciese preguntando por ese hombre fuese de lo más normal—. Aunque me temo que se han cancelado las excursiones de hoy. El parte meteorológico...

¿En serio? ¿Qué clase de hombre era Dereck Ellis para que cada tío que le ponía el ojo encima pensase que tenía o podía querer tener algo con él?

Sacudió la cabeza con energía y lo interrumpió al igual que había hecho con el barman.

—No he contratado ninguna excursión —aclaró y se apresuró en añadir mirando ahora al hombre detrás de la barra—. Y estoy al corriente del cierre de la estación debido al mal tiempo, créame. No he escuchado otra cosa desde que llegué aquí arriba. —Sabía que había sonado irónica, pero no le importaba lo más mínimo—. Necesito hablar con el señor Ellis, así que si alguno de ustedes pudiese decirme dónde encontrarlo...

—¿Para qué lo busca? —Se interesó Gregory manteniendo el trato de usted, al contrario que el recién llegado, quién no había dudado en tutearla de entrada.

—Es un asunto privado —afirmó e intentó no resultar demasiado seca—. Y dadas las circunstancias y el inesperado clima, les agradecería que pudiesen indicarme dónde encontrarle a fin de poder tratar, a la mayor brevedad posible, el asunto que me ha traído hasta aquí.

El tipo que estaba detrás de la barra levantó la cabeza y miró más allá de ella.

—Está de suerte, señorita, la persona que busca acaba de entrar —le informó al tiempo que levantaba el brazo y lo llamaba—. ¡Dereck, te buscan!

Sophia se giró en dirección a la puerta de entrada y se quedó sin aliento al encontrarse por fin con Dereck Ellis y comprender al mismo tiempo que en efecto le conocía.

Como si su sola presencia desenterrase el pasado, recordó el momento exacto en el que entró por la puerta de la consulta de su abuelo en el rancho y se encontró con una montaña humana al lado de su menudo tutor.

*«Sophia, pasa, cariño, deja que te presente a...».*

—Dereck Ellis... —completó la frase de su mente pronunciando su nombre en tan solo un susurro.

Vi como el recién llegado se quitaba el gorro y los guantes para luego abrirse la chaqueta y mostrar debajo el mismo tipo de camisa a cuadros. Tenía el pelo revuelto y de un bonito color castaño, unos hombros anchos y brazos fuertes, por no hablar de las largas piernas enfundadas en un pantalón de color oscuro. Era altísimo, posiblemente rozase el metro noventa y se movía con una gracia y elegancia felinas incluso mientras marcaba cada paso con decisión.

Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo y entonces los ojos más verdes que había visto en su vida, los mismos que habían caído sobre ella en aquella ocasión, se clavaron en ella haciendo que se le parase el corazón.

—Aquí hay alguien que pregunta por ti —mencionó Gregory a su espalda. Su voz la sacó al momento de esa involuntaria inmovilidad.

Los ojos del recién llegado se abrieron un poco más, ladeó la cabeza y juraría que la manera en que levantó la barbilla y respiró hondo, fue como si estuviese oliendo algo en el aire.

Un toque de sorpresa seguido de una genuina incredulidad pasó por el rostro masculino, pero era su mirada fija e intensa la que le provocó un escalofrío e hizo que le costase hablar.

—Señor Ellis, es posible que no me recuerde, pero soy... —Se lamió los labios e hizo una pausa al notar como le temblaba la voz. ¿Qué demonios le pasaba? Se obligó a respirar hondo y añadió con más aplomo—. Soy Sophia Hart. —¿Por qué se ponía ahora tan nerviosa? Esa mirada la estaba afectando como no la había afectado nadie en la vida, estaba temblando por dentro—. La nieta de Emilio Hart...

—Sophia... —La sorpresa se convirtió en consternación, el reconocimiento cruzó la

mirada masculina mientras daba un paso hacia atrás, casi como si algo lo hubiese empujado. Sacudió la cabeza, la recorrió una vez más de la cabeza a los pies con una mirada incrédula y acto seguido soltó una serie de interminables improperios que la sobresaltaron—. ¡Será hija de puta! —siseó con tal fiereza que ella acabó pegándose a la barra—. Tiene que ser una jodida broma, una enorme y absurda broma.

Sin saber si aquel despliegue de irritabilidad tenía que ver con ella o con algo más, vio al hombre al que había venido a buscar, girando sobre sí mismo para marcharse por dónde había venido sin dejar de echar pestes.

—¡Dereck! —Lo llamó Gregory, pero el hombre no se inmutó y acabó desapareciendo por la misma puerta por la que acababa de entrar.

Verlo alejarse de ese modo le provocó una inmediata e irracional necesidad de ir detrás de él. Se apartó de la barra de manera involuntaria y dispuesta a seguirle cuando escuchó las palabras del barman.

—Tenías que haber dicho desde el principio que eras *Sophia Hart*... —Ella ladeó la cabeza y se encontró con la mirada del hombre fija en ella con una intensidad que le provocó un escalofrío—. *La nieta de Emilio*. —La forma en que dijo aquello hablaba de cierta familiaridad, como si supiese quién era ella y su abuelo, lo cual no hacía sino todo el asunto mucho más extraño—. Esto sí que es una enorme e inesperada sorpresa. Sé bienvenida a *Blackcomb Mountain*, Sophia. ¿Emilio no te acompaña? ¿Se encuentra bien de salud?

Las palabras la golpearon como un martillo.

Esas personas conocían no solo a su abuelo, sino que parecían conocerla a ella también... y no tenían la menor idea de que él ya no estaba.

No lo pensó, las palabras salieron sin más de su boca.

—Él... ha muerto —respondió sin más.

La sorpresa en esos ojos corroboró sus sospechas, lo vio abrir la boca para decir algo, pero o bien no encontró las palabras o no esperaba una respuesta semejante de su parte.

—¿Cómo que ha muerto? —La consternación cruzó ahora el semblante del hombre que todavía permanecía a su lado, el leñador—. ¿Cuándo?

—Hoy hará un mes y dos días... —murmuró llevando la cuenta exacta de los días.

—Mierda... —siseó entonces el tipo, su mirada fue de ella hacia la puerta por la que había salido Dereck—. Iré a buscarle... —Dijo mirando ahora a Gregory, cuyo semblante se había ensombrecido un poco, el cual asintió. Solo entonces se volvió de nuevo hacia ella—. Emilio era un gran hombre, uno de los pocos humanos decentes que existen. Lamento tu pérdida, pequeña.

Con ese mensaje y un ligero asentimiento con la cabeza, el tipo salió tras los pasos del hombre al que había venido a ver.

—Es una triste noticia la que nos traes, querida —dijo entonces Gregory llamando de

nuevo su atención—. Mis más sinceras condolencias por tu pérdida. Tu abuelo era una gran persona, a la que todos nosotros le debemos mucho.

Y esa era otra sorpresa más que añadir a la lista, pensó sintiéndose cada vez más perdida.

—Lizbeth. —El hombre se volvió entonces hacia la mujer al otro lado de la barra y la llamó por su nombre—. Tenemos visita y... nos ha traído una mala noticia.

La chica se volvió hacia él y fue como si intercambiasen una silenciosa conversación que terminó con esos ojos verdes, iguales a los de Dereck, abriéndose de par en par y clavándose a continuación en su persona.

Un instante después dejaba a la gente con una breve disculpa, intercambiaba lugares con el hombre y abandonaba la barra para detenerse a su lado.

—Sophia, ella es Lizbeth, mi esposa y la hermana de Dereck —la presentó Gregory tan pronto como la recién llegada salió de detrás de la barra para detenerse ante ella.

La manera en que la miró de nuevo la hizo sentirse nerviosa, pero esos nervios se esfumaron en el momento en que la chica le cogió las manos en las de ella y se las apretó con suavidad. Sus ojos ya se estaban empañando.

—Sophia... —En su voz se notaba la congoja—. No sabes las ganas que tenía de conocerte, aunque... esperaba que fuese en otras circunstancias. Lamento muchísimo tu pérdida.

Parpadeó confundida y como si fuese consciente de su desasosiego, la mujer se apresuró en presentarse por sí misma.

—Soy Lizbeth Harrison y tu abuelo, ese maravilloso hombre, me salvó la vida una vez —le dijo y la desarmó por completo con aquella explicación—. Así fue como le conocí, como le conocí mi hermano y el resto de mi familia.

¿Qué su abuelo la había salvado? ¿De qué estaba hablando esta mujer? ¿Y por qué ella no sabía nada al respecto?

—¿Qué quieres decir? —Optó por tutearla, ya que parecía ser de su misma edad y ella lo estaba haciendo.

A juzgar por la expresión de su rostro, comprendió al momento que no tenía la menor idea de lo que le estaba hablando.

—Veo que Emilio no te habló de ese suceso, ¿verdad?

Negó con la cabeza. No tenía la menor idea de lo que le estaba hablando.

—Lo siento, pero... estoy algo confundida con todo esto... —admitió sincera—. Yo solo... he venido para hablar con el señor Ellis a cerca de un asunto privado. Se trata de algo que tiene que ver con las últimas voluntades de mi abuelo, pero parece que... las cosas no van a ser tan fáciles como pensaba...

La mujer asintió y le ciñó los dedos.

—Disculpa la brusquedad de mi hermano —le dijo con suavidad—. Dereck forma parte

del equipo de rescate y salvamento de la montaña y debe encargarse de coordinar la evacuación de la estación a causa de los avisos meteorológicos.

Asintió, aunque la necesidad de salir en post de ese hombre seguía burbujeando en sus venas.

—Yo también debería regresar, pero... necesito hablar con él —admitió sintiéndose dividida por primera vez entre quedarse y verlo de nuevo o marcharse a la seguridad de su hotel—. Aunque quizá sea mejor que vuelva en otro momento y...

—No, no, no. —Se apresuró en negar la chica—. Solo será un momento. Kynan ha salido a buscarle. Dereck volverá en unos minutos, te lo aseguro, entonces podrás hablar con él de lo que sea.

Suspiró y asintió.

—Cinco minutos... —declaró, miró su reloj y luego el panorama que se veía más allá de los ventanales—. Me alojo en la villa, así que supongo que en última instancia podría volver a subir a la estación cuando el tiempo sea... menos turbulento.

—Si tarda más de cinco minutos en entrar por esa puerta, te juro que salgo yo misma a buscarle —replicó Lizbeth en un tono que le pareció cuando menos curioso. Acto seguido le sonrió y le ofreció con amabilidad—. Por qué no te pongo un café y me hablas de tu abuelo y cómo es que nos dejó tan pronto.

Sophia empezaba a pensar que se había caído por un agujero de conejo y estaba dándose un paseo por *El País de las Maravillas* porque no entendía nada de lo que estaba pasando. Pero la idea de tomar una bebida caliente para alejar el frío era lo bastante apetecible para no declinarla a pesar de todo.

—No le diré que no a una bebida caliente en estos momentos...

Ella asintió y sonrió, miró a su marido, quién asintió y se fue a preparar el café mientras se sentaba a su lado dispuesta a escuchar lo que tuviese que decirle.

Cinco minutos, se dijo, se tomaría el café, intentaría encontrarle sentido a todo esto y si pasado ese tiempo Dereck Ellis no había vuelto, bajaría de esa montaña sí o sí.

## CAPÍTULO 5

*Sophia.*

No. Tenía que ser una broma, una jodida broma de mal gusto. Ella no podía ser la nieta de Emilio Hart, el destino no podía ser tan hijo de puta, ¿verdad?

Al parecer sí que podía.

Si bien solo había sido una niña, una adolescente humana cuando la vio por primera vez, el encuentro estaba grabado en su mente como uno de esos momentos en los que sabes que estás ante algo importante, pero no consigues adivinar el por qué.

Bien. Ahora lo sabía. Su aroma se había encargado de dejárselo claro al afectarle de aquella manera.

A pesar de que solo era una niña, una adolescente humana, la última vez que la vio, recordaba su olor y ese había sido el mismo aroma que ahora lo había noqueado ahí dentro. En cuanto esa deliciosa fragancia le acarició la nariz, cada una de sus terminaciones nerviosas cobró vida, fue como si hubiese agarrado un cable de alta tensión con las manos desnudas y la descarga le hubiese abierto los ojos de golpe a la realidad.

*Su compañera.* Esa pequeña y curvilínea mujer que le había sostenido la mirada desde la barra era la hembra a la que había estado esperando durante toda su vida; una que había dado por perdida con el paso del tiempo.

Vainilla, con un toque ácido de frutos rojos. Ese era su aroma, el que hizo que su parte felina se desperezara y la mirase a través de sus ojos humanos.

«Mía».

Un intenso y certero reclamo nació en su interior con una seguridad abrumadora.

Era ella, su compañera predestinada, la única mujer que complementaba su alma *tygrain* y un jodido problema en sí mismo.

Uno del que había huido, comprendió haciendo una mueca.

—Mierda... —siseó y se pasó la mano por el pelo con gesto hastiado.

Esos ojos marrones se habían topado con los suyos. No estaba del todo seguro, pero creía haber visto reconocimiento en esas pupilas, aunque también podía estar equivocado, pues en el momento en que la reconoció dejó de pensar de manera coherente.

Recordaba su cara sonrojada por el cambio de temperatura, las mejillas coloreándose al

pasar del frío del exterior al calor de la calefacción. Era como una muñequita envuelta en capas y capas de ropa, de estatura media y curvilínea si se guiaba por su instinto y la forma de su rostro. Conservaba el mismo tono de pelo que recordaba haberle visto de niña, un castaño claro que podía convertirse en rubio oscuro dependiendo de la luz, pero esa era toda la similitud que guardaba con sus recuerdos.

Sophia Hart ya no era la desgarbada adolescente de rostro aniñado, sino una mujer hecha y derecha, con una figura encantadora y una presencia que difícilmente podría pasarse por alto.

Oh, él no volvería a hacerlo, no había manera de que olvidase su imagen ni tampoco su aroma, pues ahora los llevaba grabados a fuego en su alma.

—*Llegará con la tormenta* —siseó mientras avanzaba a zancadas hacia las pistas que habían sido evacuadas a pesar de que todo su ser tiraba de él en sentido contrario. El color plomizo del cielo y el paulatino descenso de las temperaturas le advertían de que la nieve llegaría de un momento a otro y no lo haría sola.

El aire le azotó el rostro, el viento empezaba a hacer acto de presencia. No era preocupante, todavía no, pero lo sería pronto.

Siseó para sí y clavó los pies en el suelo. Su tigre quería que se detuviese, que diese media vuelta, entrase en el jodido restaurante y saborease ese delicioso aroma una vez más. Quería más de ella, tomarse su tiempo para mirarla, para conocerla y descubrir que se ocultaba debajo de ese anorak. Pero su parte racional y humana le gritaba lo contrario, que se mantuviese al margen y le dijese a esa hembra que se fuese por dónde había venido y se mantuviese lo más lejos posible de él.

Gruñó.

¿A quién pretendía engañar? Ambas partes estaban deseando volver allí dentro para empaparse con su imagen y recrearse en su olor.

Siseó, le pegó una patada a la nieve y rechazó la necesidad de mutar allí mismo a su forma felina y empujarse a sí mismo en sentido contrario al que realmente quería ir.

—Bueno, ya veo que no has podido ir demasiado lejos...

Gruñó. Un sonido gutural emergió de su garganta humana, aunque era una advertencia muy animal para el recién llegado.

Lo último que necesitaba en esos momentos era tener a otro macho *tygrain* a su alrededor, ni siquiera si este era como un hermano para él.

Consciente de su peculiar humor, Kynan se detuvo y levantó ambas manos a modo de «rendición», mostrándole que no era una amenaza para él.

—Respira, tigre, respira... —le aconsejó y se detuvo delante de él llevándose ahora las manos a las caderas.

—¿Tienes idea de quién es ella? —siseó señalando el edificio con un gesto de la mano—.

¡Es la nieta de Emilio! ¿Qué demonios ha venido a hacer? ¿Por qué ha venido siquiera? ¡Y quién mierda la ha dejado entrar!

—Sí, es la nieta de Emilio —corroboró su amigo con serenidad—. Y ha venido a verte.

—¿A verme?

Él asintió de nuevo y se metió las manos en los bolsillos para demostrarle que no era una amenaza.

—Dereck, Emilio Hart ha muerto.

Las palabras penetraron en su mente con suma lentitud.

*Emilio Hart.*

*Muerto.*

¿Cómo era posible que hubiese sucedido algo así? ¿Cuándo? El humano no era tan anciano y lo recordaba cómo alguien fuerte y de buena salud.

—¿Cómo...?

Él sacudió la cabeza y señaló con un gesto hacia el edificio a sus espaldas.

—La chica lo soltó a bocajarro —mencionó en voz baja y seria—. Tienes que volver ahí dentro, tío, ella es la única que puede darte respuestas al respecto.

Asintió casi de manera automática pues su mente seguía dándole vueltas a la repentina información.

Emilio era uno de los pocos humanos decentes que había entrado en su vida, uno al que se había permitido llamar amigo. ¿Cómo no hacerlo si ese hombre había salvado a su hermana?

Se le encogieron las tripas y la culpabilidad lo pinchó.

Tendría que haber estado más presente en la vida de ese hombre y no solo limitarse a llamarlo unas cuantas veces. Siempre le decía que si lo necesitaba, para lo que fuese, no tenía más que contactar con él, pero *Milio*, como prefería que le llamasen, era un hombre acostumbrado a arreglárselas solo, a hacer las cosas por sí mismo.

*Sophia.*

¿Cómo había podido olvidarse de esa niña?

Era el ojito derecho del hombre, su tesoro máspreciado.

El humano le había contado que sus padres habían sido víctimas de un desquiciado que abrió fuego en el aparcamiento de un supermercado, la mujer que hoy se había presentado en el restaurante no era más que una niña por aquel entonces. Él la había acogido, se convirtió en su única familia, una que ahora también la había dejado.

Le debía a ese hombre la vida de Lizbeth. De no ser por él, su hermana ahora estaría bajo tierra, víctima de un grupo de estúpidos humanos borrachos que además portaban armas.

Liz solo era un cachorro por aquel entonces, una jovencísima *tygrain* que estaba aprendiendo a convivir con su parte felina. Dereck había pensado que aquel territorio sería

seguro para que pudiese explorar ese lado de su naturaleza, estaba lo bastante alejado de la civilización como para no llamar la atención y nunca se había topado con humanos que pudiesen suponer un peligro... No hasta aquella noche.

Todo fue un cúmulo de casualidades, inexperiencia y malas decisiones.

Una hoguera encendida en medio de la noche, el aroma de la carne asándose al fuego, un cachorro entregado por completo a su naturaleza felina y armas de fuego cargadas.

Escuchó el disparo seguido del maullido de su hermana, ese sonido se quedaría grabado para siempre en su cabeza como el más horrible de toda su vida. Ni siquiera era consciente de que ella se hubiese alejado de él, como tampoco lo fue del olor del humo y de los humanos que una vez cambió el aire, llegó a sus fosas nasales.

Recordaba vagamente haber corrido como el diablo dispuesto a destrozar a cualquiera que le hubiese hecho daño a la niña. Su parte humana había sido consumida por completo por la de su felino, solo existía la necesidad de llegar a su cachorro y destrozar a cualquiera que osase acercársele. Ella era su única familia, su responsabilidad, había prometido protegerla y cuidarla de todos y en un abrir y cerrar de ojos casi la pierde.

Cuando llegó se encontró a Lizbeth en su forma humana, tirada al lado del fuego, desnuda y con el pecho ensangrentado. Había un humano sobre ella, un nativo, haciendo presión en la herida al tiempo que gritaba a su compañero, el cual apuntaba con un rifle a los tres humanos borrachos que balbuceaban y señalaban a la chiquilla.

«*Era un gato*». Captó sus voces incluso a distancia con su fino oído. «*Hostia, puta, tío. Te juro que le disparé a un jodido gato de montaña*».

«*¿Pero esos gatos con rayas no se llaman tigres?*». Chasqueó otro, el cual apenas podía mantenerse en pie.

«*Hijos de mala madre*». Escuchó sisear al hombre que los encañonaba. «*Debería meteros una bala a todos por esto*».

No lo pensó, avanzó con sigilo hasta que su figura emergió de entre las sombras y su gruñido alertó a los presentes. Le habría saltado encima al hombre del rifle, para luego destrozar a esos inútiles de no ser por el gemido de su hermana y el nombre que escapó de su boca.

«*Der... Dereck*».

El hombre que la estaba atendiendo se quedó inmóvil y pudo captar el acre aroma del miedo en el aire, pero no venía de él, sino de los otros presentes. De hecho, el ácido olor de la orina se unió al primero cuando uno de los borrachos se meo encima.

El cañón de aquel rifle se dirigió entonces hacia él y rugió a modo de aviso ante aquella palpable amenaza.

«*Joder... Es un puto tigre*».

«*No muevas un solo músculo y ni se te ocurra disparar*».

El gemido de dolor de su hermana y el miedo que escuchaba en su mente procedente de ella lo hicieron avanzar a pesar del peligro, su deber era protegerla. Su gato no pensaba en nada más que en eso, un instinto primario que anulaba cualquier tipo de raciocinio humano.

Y ese fue el momento en que sus ojos felinos se cruzaron con los de Emilio y el hombre, más que amilanarse, asintió hacia él con la cabeza como si comprendiese el motivo de su presencia.

«*Sé lo que eres*». Le dijo y las palabras tardaron un poco en penetrar en su mente y darles significado. «*La ayudaré. Os ayudaré a ambos. Lo juro*».

Y lo hizo. Envolvió a su hermanita en una manta plegable que llevaba en la mochila y bajo su atenta mirada la levantó del suelo y se la llevó con él al jeep que esperaba a medio kilómetro de distancia. No le quitó el ojo mientras se la llevaba, lo acompañó durante todo el camino, mirando de reojo al tipo del rifle que se había adelantado para encender el vehículo y no dejaba de musitar algo sobre sus antepasados y sus *tótems*.

Emilio resultó no solo ser un buen hombre, sino también estar versado en medicina tradicional. Poseía un pequeño consultorio en su rancho en el que atendía a la gente de su comunidad, sobre todo a aquellos que no se fiaban de los médicos blancos y en el que atendió a Lizbeth.

«*Se pondrá bien*». Le había dicho tras extirparle la bala que uno de esos hijos de puta le había metido en el hombro. «*Pero ahora necesita descansar. Y tú también*».

Dereck siempre había recelado de los humanos, no había un solo miembro de su especie en el que confiase, pero el instinto y la manera en la que cuidó de su hermana hizo que dejase a un lado ese recelo y confiase en el hombre. Mutó delante de él y la expresión de Emilio en ese momento era algo que llevaría para siempre grabada en su mente, así como sus palabras.

«*Bueno, pues sí que eres grande*».

Ese indio no había hecho preguntas, no había requerido explicaciones por su parte, se limitó a abrirle las puertas de su casa y cuidar de su hermana hasta que estuvo lo bastante bien como para volver a casa.

Durante los días que pasó en aquel rancho esperando a que Lizbeth se recuperase de lo sucedido, aprendió sobre Emilio y sobre el pueblo al que pertenecía, la tribu Moapa, de los indios *Paiute*. No era sorprendente que estuviese al tanto de su naturaleza, que la reconociese. Si bien su pueblo no llamaba a su raza con el nombre de *tygrain*, si habitaban en sus leyendas y en las antiguas canciones de su gente. Hombres con alma felina, le había dicho, *hijos de los espíritus*, guías del otro lado que venían a la tierra para cuidar de su gente.

No dejaba de ser curioso como las distintas culturas humanas a menudo hacían referencia a su raza, remontándola a los tiempos de los primeros *tygrain*, los cuales al parecer habían estado presentes por todo el mundo.

El príncipe Tarek de Bahir, uno de los *tygrain* que descendían del desierto y según habían descubierto, también de los padres de su raza, estaba recopilando toda clase de relatos y fuentes para seguir la pista a esos antepasados y permitir así a su pueblo hacerse una idea más general de dónde procedían todos ellos. Dereck le había escrito a petición de Markus Kenway para transmitirle también la información de la que disponía gracias a Emilio.

Sacudió la cabeza obligándose a volver al presente y a la noticia que Kynan acababa de comunicarle.

Su amigo humano había dejado ya este mundo para reunirse con sus antepasados. Emilio había partido y él ni siquiera supo el momento en que lo hizo. Con toda probabilidad no se habría enterado hasta que hubiese intentado volver a ponerse en contacto con él solo para descubrir que nunca más le cogería el teléfono.

Él se había ido, pero le había dejado a Sophia.

Se le encogió un poco más el pecho y su tigre gimoteó tanto por la tristeza ante la pérdida de un buen hombre al que consideraba su amigo, como de inquietud ante lo que le aguardaba en el interior de ese edificio.

*Sophia.*

La nieta de Emilio había resultado ser su compañera.

—¿Por qué ella? —musitó para sí sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies, a pesar de que sabía que no era así—. De todas las mujeres existentes sobre la faz de la tierra, ¿por qué tiene que ser ella?

—El día en que encuentres la respuesta a esa pregunta, espero que la compartas —mencionó Kynan recordándole que seguía allí—. Hasta entonces, ¿por qué no vuelves ahí dentro y empiezas por darle el pésame? Sería una buena forma de romper el hielo...

Lo fulminó con la mirada, pero el *tygrain* ni se inmutó.

—Solo es una sugerencia... —insistió encogiéndose de hombros.

Se estremeció ante la idea de tener que volver allí, de verla de nuevo e intercambiar unas palabras con ella. Sabía que en cuanto volviese a verla, en cuanto captase su aroma una vez más estaría perdido.

Pero huir no era una opción, ya no y no con ella.

—Estoy jodido... —musitó para sí, giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos sin mediar palabra.

—Bueno, supongo que eso quiere decir que has entrado en razón... —escuchó a Kynan murmurando a sus espaldas.

Gruñó en respuesta, pero su mirada y todos sus sentidos volvían a estar puestos en el edificio que había abandonado minutos atrás. Ignoró a los últimos visitantes rezagados que iban de camino a la góndola del telecabina e hizo otro tanto con Ethan, a quién vio por el rabillo del

ojo llegando desde el otro extremo de la explanada.

—El último grupo ya va camino del pueblo —escuchó la voz del hombre, pero no se molestó en responder.

—Bien —contestó Kynan por él, sabiendo que en esos momentos no estaba para recibir los informes de nadie.

—¿Me he perdido algo? —murmuró el *tygrain* recién llegado.

—Dereck ha recibido una inesperada noticia de la última persona a la que esperaba encontrarse aquí —replicó su amigo—. Hay una gatita nueva en la montaña, amigo mío.

—¿Te refieres a...?

«*Mi compañera. Sí. Y ahora, cerrad la puta boca y volved al trabajo*».

Siseó a través del vínculo común que compartían. Su tigre rugió en advertencia y no le habría importado ceder a la primitiva necesidad de darse la vuelta y liarse a hostias con ellos, pero una urgencia aún mayor lo azotó al escuchar un murmullo procedente de las puertas abiertas del local.

Sus sentidos volvieron a cobrar intensidad, su sentido del oído se agudizó y la cadencia de la voz femenina le golpeó como un jodido martillo. Todo dejó de tener interés para él a excepción de ella. Saboreó su voz y su necesidad creció como la espuma mientras traspasaba una vez más el umbral y ese particular aroma le acariciaba la nariz por encima de todos los demás.

La vio en el mismo lugar. Su hermana estaba con ella por fuera de la barra mientras Gregory se ocupaba de los últimos humanos que ya abandonaban el local.

Escuchó como la puerta se cerraba detrás de él y fue muy consciente de las dos presencias que había a su espalda. Esa vena primitiva y mandona cobró vida y no dudó un segundo en comunicarles su advertencia.

«*Si apreciáis en algo vuestro pellejo, manteneos lejos de ella a partir de ahora*».

Escuchó resoplar a uno y soltar una risita a otro, pero ambos eran lo bastante inteligentes como para mantener las distancias en estos primeros momentos. Un *tygrain* recién emparejado, cuya compañera todavía no estaba reclamada, podía volverse un poquito intratable, así que lo mejor para aquellos machos sin pareja era mejor mantenerse al margen... a menos que quisieran llevarse la paliza de sus vidas.

«*Lo que tú digas*».

«*Mensaje recibido alto y claro*».

«*Haz el favor de borrar esa expresión de asesino en serie de la cara y relajarte*». Escuchó ahora también la voz de su hermana. «*Tu Sophia no necesita sufrir un ataque al corazón el mismo día en que llega a la familia*».

Siseó en respuesta, pero recurrió a su característica templanza para mantener a raya la locura primitiva a la que estaba a punto de sucumbir. Se las ingenió para respirar hondo y volvió

a centrarse en lo importante; la presencia de su compañera.

Tan pronto como les dio la espalda a sus camaradas se encontró con esos ojos marrones fijos de nuevo en él, una mirada entre curiosa y molesta que lo atravesó como una lanza caliente.

—¿Qué te había dicho? —escuchó el susurro de su hermana dirigido a la chica, quién se limitó a sostenerle la mirada.

Desde luego no se trataba de una mujer llamativa, su aspecto era más bien corriente, pero tenía algo que la hacía perfecta a sus ojos.

Volvió a sentir pánico, olió su propio miedo, pero esta vez lo aplacó y se las ingenió para caminar directo hacia la mujer.

—Sophia... —pronunció su nombre sin titubear y la vio levantar un poquito la barbilla en respuesta—. Eras... una niña la última vez que te vi.

Sus palabras le provocaron un respingo, pero no se movió, levantó un poco más la cabeza y Dereck reparó en ese toque de obstinación que le daba aquel gesto.

—Yo... Lamento mucho la pérdida de tu abuelo. Era un hombre excepcional, uno de los pocos a los que he tenido el placer de llamar amigo —admitió con sinceridad—. Su fallecimiento ha sido una noticia del todo inesperada. ¿Cómo...? ¿Qué pasó?

Ella se lamió los labios y ese gesto le provocó una punzada en la entrepierna.

—Leucemia —murmuró y en su tono pudo notar la tristeza y el dolor de tener que hablar de ello—. Se la diagnosticaron hace un año... y... falleció el mes pasado.

—Lo siento. De verdad.

La chica asintió y añadió en un tono un poco más sereno.

—Gracias por sus palabras, *señor Ellis* —le dijo y esos ojos marrones se deslizaron más allá de él antes de volver a encontrarse con su mirada—. Me disculpo por haberme presentado de este modo y sin avisar, entiendo que le he cogido en un momento complicado, dadas las circunstancias, pero si ha terminado con sus obligaciones, me gustaría tener unas palabras con usted antes de que...

—Dereck —la interrumpió—, y tutéame. No hay necesidad de tanta formalidad.

—Sophia ha venido a verte por algo relacionado con el repentino fallecimiento de Emilio —mencionó su hermana, lo que lo llevó a mirarla de soslayo—. Ha venido desde *Nevada* solo para hablar contigo y quisiera irse antes de que se cierre la estación.

*Por encima de mi cadáver*, pensó, pero se limitó a enarcar una ceja y volverse hacia la chica.

—¿De qué se trata? —preguntó con genuino interés.

La vio dudar un momento, mirar en torno a ella y tanto su hermana como el compañero de esta se dieron por aludidos y les dieron espacio para hablar con cierta privacidad.

—Mi abuelo te ha incluido en su testamento. —Aquello lo tomó por sorpresa.

—¿Cómo?

Sophia se quitó la mochila y sacó de su interior un sobre que no dudó en tenderle.

—Esa es una copia del testamento —continuó—, en él encontrarás un párrafo en el que te dedica unas palabras y hace constar que te lega la mitad de la propiedad conocida como *La Bonita*.

—¿Vuestro rancho? —Le estaba costando seguir el hilo de lo que decía, pues todos sus sentidos estaban pendientes de ella, de lo bien que olía, de lo atractiva que le resultaba una mujer que hasta hacía unos minutos ni siquiera había estado en su mente.

—*La Bonita* es mucho más que un rancho, es mi hogar —replicó y esta vez había algo de emoción en sus palabras, así como en sus ojos—. Y no puedo permitir que una parte de esta termine en manos de un desconocido...

Sus ojos se encontraron una vez más y vio la resolución que ahora llenaba su expresión.

—He venido en persona para pedirte que renuncies a lo que te ha legado —declaró con firmeza y añadió—. Ese lugar es todo lo que tengo y no estoy dispuesta a dejar que nadie me lo quite.

Se la quedó mirando, pero ella parecía haber terminado con él, pues se estaba poniendo de nuevo el gorro y los guantes con obvia intención de marcharse.

—Esperaba poder solucionar esto hoy mismo, pero dadas las circunstancias y la climatología, será mejor que vuelva a la villa —le dijo mientras se subía la cremallera del anorak—. Te sugiero que leas el testamento. Espero que podamos ponernos de acuerdo y solucionar este asunto de la mejor de las maneras. Sé que si el abuelo Milio te mencionó en sus últimas voluntades, tendría motivos de peso para hacerlo, pero... se trata de mi casa, de la propiedad de mi familia, si fuese cualquier otra cosa no me opondría, pero esto... No es negociable.

Al fin levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—Le he dejado a Lizbeth mi número de teléfono y también el nombre del hotel en el que me alojo —continuó y acto seguido señaló la puerta—. Siento que mi visita haya sido bajo estas circunstancias, espero que esto no afecte a vuestro recuerdo sobre él.

Sin una palabra más, le dedicó una ligera inclinación de cabeza y se marchó por dónde había venido. Apenas se detuvo lo justo para decirle adiós a su hermana antes de atravesar la puerta.

*«Dereck Ellis, si dejas que se vaya con esa tormenta a las puertas, ya puedes ir construyendo un iglú para meter tu culo peludo».*

Se volvió hacia la barra para encontrarse con la mirada feroz de la tigresa de la familia. Su hermana hablaba muy en serio al decir aquello.

*«¿Qué mierda acaba de pasar?».*

*«Diría que esa pequeña humana te acababa de arroyar igual que un camión».* Canturreó

en su mente. *«Ahora ve a por ella y muéstrale la hospitalidad de los Ellis-Harrison. No voy a dejar que mi nueva hermana se quede en la habitación de un hotel».*

No, no lo haría pensó con un mohín al tiempo que se ponía en marcha.

Y él tampoco.

Podía no estar preparado para este momento, haber dado ya por perdida la esperanza de que aquel milagro llegase a él, pero ahora que la había encontrado, no la dejaría escapar.

## CAPÍTULO 6

Ojalá se hubiese encontrado con un jodido capullo o un anciano irritante en vez de con ese hombre sensual y atractivo que le había acelerado el corazón.

Una mirada no debería ser tan intensa y mucho menos provocarle escalofríos, pero la de Dereck Ellis lo había hecho.

Señor, no se había sentido atraída a primera vista por un tío desde que iba al instituto e incluso entonces lo había achacado todo a las hormonas.

Desde luego con Enrique no había sido así. Ni siquiera se había fijado en él la primera vez que se encontraron, ambos eran los acompañantes de otras personas y después de que esos los dejaran plantados y se liasen entre ellos, él la había invitado a tomar algo.

Un poco de charla, risas, algo de coqueteo, empezó a encontrarlo mono al tercer cubata, pero no al punto de sentir la imperiosa necesidad de comprobar si esos labios besaban tan bien como prometían nada más ponerle los ojos encima.

Y mierda, eso había pensado en cuanto miró a Dereck.

Al verle supo al instante quién era él. Volvió a verlo en aquella habitación al lado de su abuelo, recordó cómo le había impactado la presencia de un hombre tal alto, fuerte y apuesto, incluso el momento en que su abuelo se lo presentó y cómo la tímida adolescente que era por aquel entonces huyó como alma que lleva el diablo.

Oh, lo recordaba, vaya que lo recordaba. Se había sentido como una tonta después de aquello, incapaz de volver a asomar la nariz, así que se había mantenido al margen hasta que se marchó.

Ni siquiera sabía por qué había olvidado todo aquello, aunque intuía que tenía mucho que ver con su vergonzoso carácter.

Era curioso como la vida te cambiaba, como te obligaba a salir de tu caparazón para enfrentarte al mundo. Ella lo había hecho, no le había quedado otro remedio y hoy en día, si bien todavía conservaba algo de esa timidez, también era capaz de hacerle frente a las cosas más insospechadas.

Sophia sacudió la cabeza en un intento de quitarse de encima la extraña sensación que la recorría. Se sacudió de encima la necesidad de volver allí dentro para seguir disfrutando de su presencia y se concentró en el motivo por el que había venido hasta aquí para empezar.

El aire frío de la montaña la recibió con un bofetón nada más cruzar el umbral.

—Joder —siseó encogiéndose dentro de la chaqueta. Se detuvo unos segundos para intentar enderezarse y habituarse de nuevo a esa bajada de las temperaturas que contrastaba con el calorcito que hacía en el interior del restaurante. Sus ojos deambularon por los alrededores y se encontró bebiéndose aquel helador y mágico paisaje—. Si no estuviesen a punto de congelárseme los pezones, sé que disfrutaría de las vistas.

Tenía que admitir que aquel entorno blanquecino tenía algo mágico. La nieve le confería ese aspecto de cuento de hadas, pero los cielos plomizos y el pesado ambiente helado amenazaban con romper de un momento a otro esa ensoñación.

Echó un soslayado vistazo tras de sí y se recordó a sí misma que ya había hecho lo que tenía que hacer. Le había traído la copia del testamento y había puesto sobre la mesa sus exigencias, ahora la pelota estaba en su tejado y en base a lo que decidiese obraría en consecuencia.

Giró sobre los talones y casi voló en su prisa por alejarse del edificio y la tentación que había encontrado dentro de ese edificio.

—Estúpida tormenta... —siseó.

De repente le molestaba algo que hasta hacía tan solo un segundo había considerado un incordio menor. Tendría que haberse preparado mejor, planificar ese viaje e incluso llamar antes de venir o dejar las cosas en manos de un abogado, pero se trataba de su rancho... ¡Su rancho!

*La Bonita* era su hogar, su refugio, el lugar en el que residían sus recuerdos y el único que consideraba suyo. Quería regresar a casa a sabiendas de que sería difícil estar allí sin el abuelo pululando por allí, recorriendo los terrenos y compartiendo esos momentos familiares entre los dos, pero no podía hacerlo sabiendo que la propiedad ya no pertenecía solo a los Hart, sino que alguien más tenía derechos sobre ella.

—Necesito resolver esto... —murmuró para sí y volvió a mirar el cielo grisáceo sobre su cabeza y también el grupo que se había reunido en la estación de la góndola del teleférico; nadie quería quedarse aislado allí arriba cuando se avecinaba una tormenta—. ¿Por qué tenía que ponerse el tiempo así precisamente hoy?

No tenía la menor idea de la celeridad con la que podía desatarse un fenómeno meteorológico como ese allí arriba, pero suponía que no debía ser muy distinto a las intensas nevadas que habían sufrido en *Spring Creek*. Las olas de frío polar parecían haberse convertido en un clásico en los inviernos estadounidenses y las de los últimos años habían sido especialmente crudas en algunos estados.

—El karma ya no sabe cómo joderme —resopló.

O quizá lo sabía perfectamente, pensó al tiempo que hacía una mueca.

—Habría sido mucho más fácil hablar de estas cosas con un anciano canoso y reumático

que con un montañero atractivo que apenas tiene tiempo para visitas...

Caerle mejor o peor a Dereck Ellis no había estado en su agenda, pero tampoco esperaba encontrarse con alguien tan impactante, ni tampoco descubrir que su abuelo le había salvado la vida a Lizbeth de niña.

¿Cuántas cosas más desconocía del hombre que la había criado tras el asesinato de sus padres?

Había creído conocerle bien, pero después de lo del testamento y tras la breve explicación de la mujer, empezaba a tener serias dudas sobre ello. De lo que no tenía dudas era del sincero agradecimiento y el cariño que la chica había mostrado al hablar de él mientras se bebía el café, así como de la congoja y la pena que le humedeció los ojos al conocer su fallecimiento.

Ella también había mencionado que le habían visitado a lo largo de los últimos años, que tanto ella como Dereck solían mantener contacto con él, entonces, ¿por qué no recordaba ninguna de esas visitas?

*Porque tú no has estado allí.*

Su mente puso en palabras la realidad, una que ahora le pasaba factura y hacía que se arrepintiese de muchas cosas.

A sus treinta y dos años, Sophia había dejado atrás su casa primero para cursar estudios, después fue el trabajo el que la mantuvo atada a la ciudad y finalmente su pareja, con la que se fue a vivir a San Francisco y con quién esperaba tener un futuro. Con toda probabilidad, de no ser por la inesperada enfermedad del hombre no habría vuelto al rancho, no de momento.

*Y ahora ese lugar es lo único que te queda.*

Su conciencia estaba dispuesta a aguijonearla y hacerla sentirse peor de lo que ya se sentía.

—Has vuelto a la casilla de salida... —Se dijo no sin una profunda carga de ironía.

Al principio se había sentido una fracasada. Se había culpado de que las cosas no hubiesen salido bien, de tomar decisiones equivocadas, de no ser capaz de ver lo que tenía delante y ser demasiado ingenua. Si algo había aprendido en la vida era que deprimirse no solucionaba los problemas. Podías venirte abajo, llorar y compadecerte de ti misma, pero cuando se te pasara todo eso, la mierda seguiría estando ahí y tendrías que lidiar con ella. Había tomado como mantra una frase de su abuelo: *Saca hoy la basura para que no tengas que airearlo todo mañana.*

No podía darse el lujo de quedarse de brazos cruzados sin hacer nada, por eso había hecho este viaje, para solucionar de una maldita vez todo aquello y dedicarse por fin a arreglar su propia vida.

Dejó escapar un suspiro y caminó hacia el último grupo que esperaba para coger el transporte que los devolvería a pueblo.

—Sophia.

Su nombre no había sonado jamás tan crudo y sensual en boca de nadie, pensó mientras notaba un escalofrío bajándole por la columna. La intensidad de la llamada la hizo girarse al momento y se encontró con el montañero avanzando hacia ella con decisión. La expresión de su rostro era indescifrable más allá de la determinación que bailaba en esos ojos verdes. Tenía los labios apretados en un fino rictus, como si los apretase para evitar decir algo más en aquel momento. La manera en la que se movía era absolutamente felina, animal y durante una milésima de segundo le vino a la mente la carta que le había dejado su abuelo, una que debió haber escrito en los últimos meses y cuyas temblorosas líneas le recordaban sus raíces y las creencias del pueblo paterno.

*Ni hablar*, se dijo y se quitó de la cabeza semejante absurdo.

—No puedes presentarte aquí de esa manera, soltar una bomba semejante y largarte como si no hubiese pasado nada. —Su voz resonó como un trueno, dura y con la fuerza de un látigo—. *No lo permitiré.*

No sabía qué la sorprendía más, que la sermonease como si fuese una niña o que se creyese con el poder de permitirle o no hacer alguna cosa.

Levantó un poco la cabeza y no pudo evitar estremecerse en el mismo instante en que esos ojos conectaron con los suyos. No se había dado cuenta de lo que pequeña que parecía a su lado hasta ese momento; y no es que ella fuese muy menuda, la verdad.

—¿Qué no me lo permitirás? —repitió con voz engañosamente suave—. ¿Disculpa?

Juraría que un tibio sonrojo le cubrió los pómulos, pero no podía decirlo con seguridad, pues el cambio de temperatura del interior al exterior a menudo provocaba esos cambios de tono en la piel.

—Estaría faltándole al respeto a la memoria de Emilio y poniendo en entredicho nuestra propia hospitalidad si no te atendiese como es debido —replicó y la manera en que dijo aquello parecía más bien una respuesta ensayada que algo espontáneo—. Y más teniendo en cuenta que te has tomado la molestia de venir hasta aquí arriba para ponerme al tanto de lo ocurrido.

Sus siguientes palabras llegaron en un tono más suave, sin tanta brusquedad y casi lo encontró tierno; casi.

—Si me acompañas, podemos hablar con tranquilidad en mi oficina y...

Sophia señaló con el pulgar el apeadero del telecabina.

—Soy consciente de que he llegado en un momento poco oportuno y que la seguridad de las instalaciones y sus usuarios deben ser tu prioridad —mencionó con naturalidad—. Como le comenté a Lizbeth, me quedaré un par de días en uno de los hoteles de la villa y...

—Ni hablar.

La rotundidad de su réplica la hizo respingar.

—¿Disculpa?

—Te quedas conmigo.

De repente estaban frente a frente, tan cerca que podía ver como sus pupilas se hacían un poco más grandes y el verde que las rodeaba cobraba un tono dorado. Su colonia, un aroma picante a bosque, le acarició la nariz y se encontró saboreándolo, descubriendo que le resultaba agradable mientras se perdía en esa mirada.

No se había equivocado al compararlo con una montaña, era enorme, fuerte y al mismo tiempo le provocaba una sensación de seguridad del todo inesperada.

—No puedo dejar que te vayas... —murmuró y se encontró bajando la mirada a esos labios, preguntándose una vez más si serían suaves o duros contra los suyos y a qué sabrían. Un pensamiento absurdo y repentino que desterró de inmediato—. Emilio, tu abuelo, era un buen amigo, un humano como pocos y tú eres su nieta. Lo mínimo que puedo hacer por él es ocuparme de que su querida nieta esté bien instalada.

Se estremeció ante su peculiar manera de expresarse.

—Te agradezco la invitación, pero no será necesario, mis cosas están en el hotel y...

—No acepto un no por respuesta —afirmó con una rotundidad que la dejó sin palabras—. Eres mi... invitada. —Una mano callosa y grande cogió la suya con una suavidad inesperada. Su contacto le provocó un inesperado escalofrío de placer y el gesto la dejó sin habla—. No te perderé de vista y menos con una tormenta a las puertas —añadió él con una pequeña sonrisa curvándole ahora los labios.

Sophia miró sus manos unidas y algo se agitó en su interior.

La sensación era agradable, el gesto natural, como si ese fuese el lugar en el que siempre debería haber estado su mano. Lo cual también era un sin sentido, uno para el que seguía sin tener explicación.

—Vamos dentro —le dijo ciñéndole ahora la mano—, parece que hay algunas cosas importantes sobre las que tenemos que hablar y no me importaría hacerlo delante de un buen fuego.

Antes de que tuviese la opción de responder, los primeros copos de nieve empezaron a caer sobre sus cabezas.

—¿Vamos? —A pesar de que su mano seguía en la de él, no la obligó a caminar sino que dejó cualquier tipo de decisión en sus manos.

La idea del fuego sonaba bien, sobre todo porque se estaba congelando ahí fuera, pensó Sophia, pero su asentimiento y los primeros pasos que dio de forma voluntaria no tenían nada que ver con el frío y sí con el hombre que todavía sostenía su mano.

Tenía que estar loca de remate, pero algo en él la atraía y era una sensación tan cálida que quería disfrutarla un poquito más, aun cuando no le encontrara el menor sentido.



## CAPÍTULO 7

Dereck tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por concentrarse en lo que estaba leyendo y comprender lo que decían aquellas líneas. Este era el motivo que había traído a Sophia hasta la estación y a él, uno que no habría imaginado ni en mil años.

La chica había vuelto con él al edificio, no sin un poco de renuencia, más aún cuando le sugirió que subieran al piso de arriba, dónde tenía su propia oficina y en la que podrían hablar con tranquilidad de ese documento.

Tenerla allí, en lo que consideraba su territorio, resultaba tan extraño como tranquilizador. Su felino estaba calmado y ronroneando, haciéndose eco de sus emociones humanas. Si bien podía notar el nerviosismo de su compañera, verlo en la manera en que se movía y cambiaba de posición en el asiento, también había una pizca de curiosidad y sobre todo impaciencia que se hacía patente cada vez que la pillaba mirándole con disimulo.

El rancho era importante para ella, su hogar y encontrarse de la noche a la mañana con que alguien había heredado parte de la propiedad no tenía que ser plato de buen gusto.

¿En qué demonios estaba pensando Emilio al legarle la mitad de la propiedad? ¿Qué tenía en mente el humano cuando decidió redactar semejante testamento? Dereck lo sabía muy bien; la protección de Sophia.

Ahora tenían sentido algunas de las conversaciones que había mantenido con el humano, las hipótesis, los comentarios... A Emilio le había preocupado lo que pasaría con su nieta en el momento en el que él ya no estuviese, daba igual que se tratase de una mujer adulta e independiente, seguía siendo su única familia y necesitaba protegerla a toda costa.

Estaba claro que el viejo ya estaba enfermo por aquel entonces, pero se lo había ocultado, algo que el teléfono le había permitido, pues de haber estado delante de él lo habría descubierto al instante. Conocía bien a Emilio para saber que el humano no quería la lástima ni la compasión de nadie, que su decisión sería vivir la vida tal y como viniera, le quedase el tiempo que le quedase, aprovechando cada instante como si fuese el último.

Le habría gustado poder despedirse de él, darle las gracias una vez más por su genuina bondad y reafirmar lo que le había dicho en aquel entonces tantos años atrás.

*Tu familia es mi familia, ahora y siempre.*

Que proféticas habían resultado ser esas palabras, pensó levantando la vista del documento

para encontrarse con la mirada inquieta de su compañera. Ella era ahora su familia, la pieza más importante en su vida y estaba dispuesto a que lo sintiese de la misma manera.

—Tu abuelo siempre tuvo una forma particular de hacer las cosas —mencionó al tiempo que dejaba los papeles de nuevo sobre el escritorio—. Dejarme el cincuenta por ciento de la propiedad conocida como *La Bonita* ha sido una ejecución inesperada.

Ella se revolvió en el asiento y se echó hacia delante.

—Esa propiedad es mi hogar —señaló con un gesto los papeles—. No sé en qué estaba pensando o qué pretendía haciendo esto, pero...

—Cuidar de ti —la interrumpió con sencillez—. Siempre fuiste lo primero en su vida, lo más importante. Estaba orgulloso de la persona que eras, de en quién te estabas convirtiendo, pero sabía que en el momento en que él faltase, estarías sola... Supongo que quiso asegurarse de que no fuera así.

Se lo quedó mirando como si sus palabras no tuviesen el más mínimo sentido.

—¿Perdona?

Sonrió para sí ante el tono de su voz, pero procuró mantener una expresión neutral al responderle:

—Solía hablar con tu abuelo de vez en cuando. Podía pasarme horas con él al teléfono, escuchándole, era un gran orador —afirmó y era verdad, las conversaciones con el humano siempre le resultaban de lo más estimulantes—. Sus últimas llamadas duraron menos, pero no había nada en su voz o en su forma de hablar que me hiciese pensar que estuviese enfermo, aunque ahora que he leído sus últimas voluntades empiezo a encontrarle sentido a algunas de las cosas sobre las que conversamos...

—¿Qué quieres decir? ¿Hablaste con él en estos últimos meses? ¿Cuándo? —O lo que era lo mismo, pensó, por qué ella no se había enterado de dichas llamadas.

—Recibí su última llamada a principios de verano, creo... —respondió pensando en el momento exacto en el que había mantenido aquella última conversación—. Entonces no le di demasiada importancia, no era la primera vez que hablaba del futuro, de cosas hipotéticas... —Pero sí había sido de las pocas en las que mencionaba a Sophia—. Ese día me habló de ti, recuerdo que empezó a mencionar el hecho de que ya estaba mayor, que no iba a vivir muchos años más y la preocupación de que te quedases sola cuando él faltase. —Dejó escapar un pequeño suspiro de pesar—. Por lo que has dicho, ya tenía que estar enfermo en aquel entonces, pero... no dijo una sola palabra al respecto.

—No, no quería que nadie supiese que estaba enfermo —mencionó ella en un hilo de voz—. Lo ocultó hasta que ya no hubo manera de que continuase haciéndolo. Era un hombre de lo más cabezota.

—Lo sé —admitió y se guardó para sí mismo el que su nieta pareciese seguir sus pasos en

ese sentido—. Presumo que lo que pretendía al dividir la propiedad era evitar que recayese sobre tus hombros todo el trabajo que requiere sacar adelante un rancho de esas características.

La manera en que levantó la cabeza y sus ojos encontraron los suyos otra vez, no le había gustado mucho esa conclusión.

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de esa propiedad, me he criado en ella, no es cómo si no hubiese trabajado en un rancho en toda mi vida —replicó visiblemente ofendida—. Puede que no tenga el aspecto de una granjera, pero tampoco lo necesito.

Dereck levantó ambas manos a modo de rendición.

—No he dicho eso, Sophia.

—Estaba implícito en tus palabras —siseó y no duró un segundo más sentada. Se acercó al escritorio y plantó ambas manos sobre la mesa—. *La Bonita* ha pertenecido a los Hart durante generaciones, es la tierra de mis ancestros y no voy a dejar que ni tú ni nadie me la quite. Si tengo que impugnar el testamento e ir a juicio por ello, lo haré.

El aroma que la envolvía lo golpeó de lleno y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no relamerse allí mismo. Los ojos marrones brillaban con una intensidad acicateada por las emociones, la timidez había quedado a un lado para dar paso a la hembra que había debajo, una dispuesta a luchar con uñas y dientes por lo que le pertenecía.

¿Ardería su mirada de la misma manera si tuviese que defenderle a él? ¿Si tuviese que luchar por él?

La peregrina idea lo hizo sonreír, una sonrisa que su compañera tomó por otra cosa.

—Hablo muy en serio, Dereck, harías bien en tenerlo en cuenta.

—Te erizas igual que un gato, tigresa —aseguró con la voz más grave de lo que pretendía. Su felino estaba en la superficie, muy próximo a su piel y enredado en sus propias emociones—. No dudo que serías una contrincante formidable, pero no está en mi ánimo el batallar.

Abandonó el asiento con movimientos lentos, tomándose su tiempo en rodear la mesa para detenerse a su lado. Ella se incorporó y lo enfrentó con ese brillo desafiante todavía en los ojos, alzando la cabeza a fin de sostenerle la mirada.

—Cuando tu abuelo salvó la vida de mi hermana, me hice una promesa a mí mismo, una que le transmití a él —añadió llevando la mano hacia su rostro, acariciando su piel por primera vez y sintiendo la inmediata conexión que había entre ellos—. Su familia, sería mi familia y la protegería del mismo modo que él protegió a la mía. Si ese rancho es importante para ti, también lo es para mí. Jamás te quitaría tu hogar, Sophia, en él están tus recuerdos, tus raíces y quién eres en realidad. Nadie te quitará *La Bonita*, ni siquiera yo... —Resbaló el pulgar por su mejilla, haciendo a un lado el pelo que le cubría ese lado del rostro—. Y te pido disculpas por lo que estoy a punto de hacer, pero no puedo esperar más...

La besó.

Acarició los tersos labios con los suyos y respiró su aliento cuando ella los separó en un pequeño jadeo de sorpresa. Esperaba... No sabía que esperaba, quizá oposición, confusión o dudas y al principio, durante una milésima de segundo las hubo, pero en el momento en que incursionó en su boca y su lengua tocó la suya, sintió su rendición y la tímida respuesta a su beso.

Su sabor era adictivo y delicioso, tanto así que tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para dejar de besarla. Separarse de ella fue lo más difícil que había tenido que hacer en toda su vida, cada poro de su piel le pedía a gritos que volviese a ella, que la abrazase, que la hiciese suya ahí mismo, sobre esa jodida mesa y aunque le habría encantado, la parte todavía racional de su persona le recordó que la hembra a la que deseaba era humana ignorante de su verdadera naturaleza.

Cuando se encontró de nuevo con sus ojos, lo hizo también con una expresión de pura ensoñación y un ligero rubor que iba ganando intensidad en sus mejillas. Pero lo que realmente captó su atención fue el pequeño apósito que no había visto hasta ahora y que cubría una pequeña zona a la altura del nacimiento del pelo. Se percató también de que la piel estaba algo enrojecida en esa zona, lo que indicaba que era una herida reciente.

—¿Qué te ha pasado? —Apartó el pelo con sumo cuidado para comprobar el alcance del daño.

El cambio en su tono y la brusquedad con la que pronunció esas palabras la espabilaron, apartándose al momento de él. Su rostro se encendió entonces aumentando de color.

—Un reventón.

—¿Cómo?

Ella se lo quedó mirando, sus ojos se abrieron un poco más y acto seguido parpadeó como si quisiera aclararse la vista.

—Mi coche. Pinché. Y tras cambiar la rueda y poner la de repuesto, esta decidió morirse un par de kilómetros después —respondió al tiempo que sacudía la cabeza, como si se despertase de un sueño—. ¿Por qué demonios me has besado?

—Me pareció un buen momento para hacerlo —le soltó sin saber muy bien por qué se estaba poniendo a la defensiva con ella—. Y por encima de todo, quería hacerlo.

Abrió la boca para responder a eso, pero al parecer no encontró nada que decir, puesto que la cerró de golpe así que aprovechó para centrarse en lo que ahora le preocupaba.

—¿Has ido al médico?

—Me han atendido en la clínica del pueblo —replicó con visible mal humor—. Solo fue un chichón y un pequeño corte. Nada que no se cure con analgésicos.

Su felino gruñó en respuesta a eso, un sonido que reverberó en su propia garganta.

—Y a pesar del golpe has decidido subir hasta aquí.

—¡Desde luego no he venido aquí desde *Nevada* para disfrutar de las pistas de esquí! —replicó alzando la voz.

Se quedaron mirándose con tal intensidad que Dereck no sabía si echarse a reír o volver a besarla.

—¿Te duele? —preguntó ahora en un tono mucho más suave y esforzándose en guardarse las manos para sí mismo.

—No —respondió y su voz también perdió intensidad, al igual que su lenguaje corporal—. Ya no, al menos.

—Supongo que tendrás el coche en el taller de *Whistler*... —mencionó. Era eso o que lo llevaran a *Pemberton* o *Squamish*, dos de las poblaciones más cercanas.

Sophia asintió, fue todo lo que hizo antes de posar de nuevo la mirada sobre los documentos que había sobre el escritorio.

—Necesito que tomes una decisión lo antes posible. —Señaló con un gesto de la barbilla y acto seguido lo miró—. No quiero quedarme más de lo que sea estrictamente necesario...

—Eres nuestra invitada, puedes quedarte todo lo que quieras —replicó e intentó no sonar brusco. Lo último que quería era que se marchase, era algo que no les iba a sentar bien a ninguno de los dos.

—Me marcharé cuando sea seguro bajar de la montaña y...

—Sophia, el rancho es tuyo —la interrumpió—. No he hablado por hablar. Es tu hogar, el de tus ancestros y seguirá estando en manos de los Harts y sus descendientes mientras haya alguno que pueda reclamarlo. Hablaré con... tu abogado, renunciaré a mi parte o te la cederé, lo que sea más sencillo.

Esos ojos marrones se volvieron de nuevo sobre él con una mezcla de sorpresa y también sospecha.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

—Palabra de *tygrain* —afirmó levantando la palma y asintiendo con la cabeza. Era probable que para ella eso no significase nada, pero él se encargaría de hacerle ver que sus promesas eran inquebrantables—. Si quieres, dame el número de teléfono de tu abogado o llámalo tú y que se encargue de los trámites que sean necesarios.

La chica no respondió, de hecho se lo quedó mirando con una intensidad inesperada.

—¿Sophia?

Parpadeó un par de veces como si saliese de un trance y asintió.

—Le llamaré y le diré que se ponga en contacto contigo... —respondió con mayor seguridad, centrada de nuevo en el asunto principal de esa reunión—. Necesitaré tu número...

Dereck se inclinó sobre la mesa, cogió un *post it* y garabateó rápidamente su número de

teléfono.

—Aquí lo tienes —se lo entregó y retuvo el papel cuando ella lo cogió—. Y grábalo también en el tuyo, así podrás localizarme cuando me necesites.

—¿Qué te hace pensar que puedo o quiero necesitarte?

Sonrió de medio lado y se inclinó de nuevo sobre ella, solo que esta vez mantuvo una prudencial distancia.

—Lo mismo que a ti te hace ponerlo en duda —respondió soltando el papel y echándose hacia atrás—. No soy tu enemigo, tigresa, de hecho, creo que incluso podría llegar a caerte bien.

—Acabas de prometerme que renunciarás a tu parte de la herencia, solo por eso ya me caes bien, Dereck —replicó ella no sin una pizca de ironía.

—Por algo se empieza, Sophia, por algo se empieza —admitió de buen humor, entonces miró hacia la única ventana que tenía la habitación y comprobó que los primeros copos de nieve ya estaban aquí y el viento empezaba a hacerlos danzar—. El día en que el servicio meteorológico acierte en sus tiempos, se me caerán las rayas. Mejor estar guarecido y al calor de la chimenea, que ahí fuera con una ventisca a las puertas. —Se volvió hacia ella y la encontró recorriéndole con la mirada, cosa que lo hizo sonreír—. Si has terminado, ¿qué te parece si te acompaño de vuelta al comedor y le suplicamos a Lizbeth que nos dé algo de comer a los dos?

El sonrojo en sus mejillas fue instantáneo, la vergüenza por haber sido pillada de ese modo aumentó su rubor y le confirió un aspecto de lo más tierno.

—Yo... er. De acuerdo.

Dereck no ocultó ni su sonrisa ni su satisfacción mientras la hacía pasar de nuevo al pasillo y la acompañaba de regreso al piso inferior, dónde como ya sabía, su hermana había puesto la mesa para toda la familia; incluida Sophia.

## CAPÍTULO 8

Hay que ver la de vueltas que da la vida, pensó Sophia mientras compartía mesa con unas personas, que a pesar de ser unos completos extraños para ella, no dudaron en abrirle las puertas

de su casa nada más conocerla.

El viaje había comenzado con una discusión que puso fin a su relación con Enrique, tras mandarlo a paseo, cogió la maleta y se metió en el primer vuelo que encontró a Seattle y de ahí condujo las cuatro horas que la separaban de *Whistler*. Ni el primer pinchazo y el posterior reventón que la llevaron a una zanja la hicieron desistir de su empeño; recuperar lo que su abuelo le había legado a un hombre del que apenas tenía recuerdos.

Parecía mentira que todo aquello hubiese ocurrido ese mismo día y que ahora mismo estuviese sentada entre los Harrison-Ellis disfrutando de la comida y la conversación de aquella familia.

Miró de soslayo al hombre sentado a su derecha, el mismo que había consentido en devolverle su parte de *La Bonita* y le hizo papilla el cerebro con un solo beso.

Dereck Ellis la había desestabilizado por completo. No estaba preparada para enfrentarse a alguien con tal magnetismo y seguridad, alguien que no dudaba en decir lo primero que se le pasaba por la cabeza y hacerlo realidad. Ni para la inquietud que se desataba en su interior con cada minuto que pasaba en su compañía.

Ese hombre era mucho más de lo que decía ser, de lo que parecía a simple vista y eso la ponía nerviosa.

Siempre se había tenido por una mujer cabal, solía pensar bien las cosas antes de actuar o tomar una decisión... O al menos había sido así hasta que decidió venir aquí.

Todo cambió tras la lectura del testamento, en realidad dejó de ser ella misma en el momento en que Emilio murió. Con él se iba una parte de quién era, de sus raíces. El abuelo era quién se había encargado de mantenerlas vivas para ella, el que se preocupaba en que conociese de dónde venía a fin de entender esa parte de sí misma de la que a veces intentaba huir. Y ahora que no estaba en este mundo para recordárselo y convencerla de que algunas de las cosas inexplicables que a veces le ocurrían, eran reales y no solo producto del estrés o de la pena.

*Estás cansada y empiezas a ver cosas que ni siquiera están ahí, que no son reales*, se dijo a sí misma.

Y lo estaba, más agotada de lo que lo había estado en mucho tiempo. Era como si el estrés que había estado acumulando en las últimas semanas hubiese caído de golpe en forma de agotamiento.

—¿Te duele la cabeza?

La pregunta fue apenas un susurro, levantó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Dereck fijos en ella.

Negó de manera casi imperceptible y respondió con un bajito *«estoy bien»* que el tipo no le compró.

—¿Un poco más, Sophia? —La voz grave del hombre que ocupaba el asiento de enfrente

la hizo volver la cabeza hacia él. Kynan sostenía la bandeja de macarrones con queso de la que ya había desaparecido más de la mitad.

—Estoy llena, gracias —admitió y era verdad. No podía dar un bocado más.

—¿Segura? —Insistió el montañero como si quisiera cerciorarse de que no se echaría atrás.

—Segurísima.

—Bien. Entonces, con permiso... —Se sirvió una generosa ración.

—Deja algo para los demás —Chasqueó Ethan estirando el brazo para quitarle la bandeja a su compañero.

—¿Debería preparar otra tanda, caballeros? —La voz de Lizbeth no podía sonar más irónica, a pesar de todo, se notaba que estaba conteniendo la risa.

—No. Esto da para Ethan y para mí —aseguró el tipo señalando ahora a Dereck con un gesto de la barbilla—. *Der* está a dieta... O más bien, se le ha pasado el hambre de los macarrones en favor de... otras cosas.

—¿Esa es tu forma de decir que quieres morir joven? —mencionó ahora el marido de Lizbeth, quién ocultaba su sonrisa detrás de una botella de cerveza.

—Haced el favor de comportaros —chasqueó la mujer—, parecéis cachorros.

—Hace mucho que me salieron las rayas, Liz —se burló Kynan cediéndole la bandeja a su compañero—, al igual que los pelos en los hu...

—Termina esa frase y te comes la cuchara. —La amenaza fue directa como una bala—. Tenemos una invitada...

El tipo posó entonces los ojos sobre ella y para su sorpresa, se disculpó.

—Perdón.

Sophia sacudió la cabeza e incluso sonrió un poco.

—Por mí no os cortéis, después de haber escuchado discutir a mi abuelo y a sus amigos, estoy curada de espanto —admitió con sencillez—. No hay nada como un puñado de rancheros curtidos para enseñarle a una a insultar como un camionero.

Kynan sonrió un poco y añadió.

—Ya me caes mejor.

Asintió con la cabeza a modo de respuesta y no pudo evitar mirar a su derecha sintiendo la intensidad de los ojos de Dereck sobre ella. Había algo extraño en esa mirada, como si él no fuese el único que la observaba en esos momentos.

—En serio, chicos, no sé cómo os cabe todo eso —chasqueó Lizbeth ignorante de su intercambio.

—Lo comprenderías si tuvieses que lidiar con grupos como el que me tocó esta mañana —aseguró el montañero con un bufido—. No he visto tanto inepto junto en mucho tiempo.

—Se ve que hoy debía ser el Día Internacional de los Ineptos, porque el grupo del fiordo

no era mucho más espabilado.

—Greg, Kynan y yo mismo somos guías de montaña —habló ahora Dereck dejado atrás ese extraño momento entre ellos—. Organizamos excursiones guiadas durante la temporada invernal.

Recordaba haber visto un cartel en el lateral de la tienda de alquiler de esquís con los horarios de dichas salidas.

—Dile a Dereck que te enseñe algunos de sus lugares favoritos cuando cese la tormenta, se conoce unos cuantos puntos de lo más interesantes —aseguró Lizbeth mirando a su hermano con una pequeña sonrisa curvándole los labios.

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que allí estaba pasando algo que se le escapaba, pensó mirando a ambos hermanos y al resto de los presentes. Sophia se limitó a sonreír a modo de respuesta, sin comprometerse a nada, pues su intención seguía siendo la de regresar a *Spring Creek* tan pronto como pudiese abandonar la estación con seguridad.

Había venido buscando llegar a un acuerdo con Dereck Ellis para recuperar toda *La Bonita*, ahora que ese asunto estaba presumiblemente zanjado, solo quería volver a casa e intentar seguir adelante con su vida.

—Ethan, ¿sigues teniendo contacto con el tío del taller mecánico de *Whistler*? —La pregunta de Dereck fue un cambio absoluto de tema—. Sophia ha tenido que dejarles el coche de alquiler después de sufrir un reventón.

La mirada del hombre cayó entonces sobre ella.

—¿Sufriste un reventón al subir hasta aquí?

Como si fuesen uno, todas las miradas cayeron sobre ella.

—Pinché una rueda y después de cambiarla, esa misma decidió... morir de forma dramática un par de kilómetros después —respondió en voz baja, incómoda ante la atención no deseada—. Me salí de la carretera y terminé... en una zanja.

—Y se llevó un buen golpe en el proceso... —añadió Dereck al tiempo que le retiraba el pelo con una caricia de los dedos antes de dejarlo caer en su lugar.

—Oh, señor. ¿Por qué no lo dijiste? —Lizbeth abandonó su asiento a la velocidad de la luz y se inclinó sobre ella para examinarla—. ¿Has ido a la clínica? Parece que solo ha sido un pequeño corte. En esta zona suele sangrar mucho y puede resultar alarmante.

—Mi hermana es enfermera —le dijo él mirando a la mujer—. Aunque ha preferido venirse a vivir a la montaña y llevar un restaurante, a trabajar en un hospital.

—Aquí también me necesitan... —replicó ella con un mohín antes de retomar el hilo—. Supongo que te han dado analgésicos. Si empieza a dolerte la cabeza, dímelo, te daré algo para ello.

—Gracias —afirmó, pues no le vendría mal otro chute, sobre todo si seguía pasando

mucho tiempo más cerca de ese hombre.

—Después llamaré a Ben para decirle que le dé prioridad —respondió finalmente Ethan—. ¿Qué modelo de coche es? ¿Sabes la matrícula?

Sophia le dio la información que requirió.

—Le pondremos las pilas para que te lo den esta misma semana, de lo contrario podrías estar atascada aquí hasta final de mes.

—¿Hasta final de mes? ¿Por cambiar una rueda? —No pudo evitar sonar angustiada—. Es una broma, ¿no? No puedo quedarme en *Whistler* hasta final de mes...

—Digamos que es un buen mecánico, competente y honesto, pero... da prioridad a los nativos antes que a los guiris.

Bueno, no podía decir que eso le sorprendiese lo más mínimo, solía ocurrir así en muchos sitios, ¿pero esperar casi dos semanas a que le cambiasen la rueda al coche? ¡Ni hablar!

—Yo... tengo que volver a *Spring Creek*, no puedo quedarme aquí tanto tiempo —aseguró quizá con un poco más de brusquedad de la que le gustaría—. Si es necesario, llamaré a la empresa de alquiler y les diré que vengan a recoger el coche aquí. Me iré en... autobús tren o...

—Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras o necesites... —la interrumpió Lizbeth, quién seguía a su lado—. De todas formas, lo más probable es que si solo se trata de cambiar una rueda, tengas el coche listo en un par de días o antes si Ethan se lo pide. No les hagas ni caso, esos chicos se comportan como niños pequeños cuando tienen a alguien nuevo a quién chingar. Son unos auténticos liantes.

—Y tu hermano es el cabecilla —afirmó su marido con una divertida sonrisa.

—Me calumnias...

A juzgar por los resoplidos de risa que siguieron al comentario y la sacudida de cabeza de su hermana, aquello era una realidad. Casi sin darse cuenta, sus propios labios se curvaron hacia arriba, sonriendo ante ese momento de camaradería compartida.

—Al fin sonrías. —El comentario de Dereck la hizo consciente de ello, de algo que había dejado de hacer tras la partida del abuelo—. Y es una sonrisa muy bonita.

Sophia no supo que decir, le sostuvo la mirada y una vez más sintió que algo se removía en su interior, algo cálido e inexplicable que la hacía desear seguir sonriendo.

## CAPÍTULO 9

A medida que avanzaba la tarde la tormenta se fue recrudeciendo. El viento se hizo más intenso, en ocasiones parecía como si hubiese una manada de lobos aullando ahí fuera, pero era incapaz de ver nada más allá de la tupida cortina de neblina que se apreciaba en la cercanía de las luces principales del porche.

Tras asegurar las puertas y ventanas del restaurante y asegurarse de que los postigos protectores estaban en su lugar, Lizbeth la acompañó de nuevo al piso de arriba y le hizo un tour por el área que había sido convertida en una vivienda con todas las comodidades.

La oficina de Dereck, la habitación en la que habían hablado sobre el testamento y dónde él la había besado se encontraba en el «ala de los chicos». Una zona exclusiva para los hombres, en los que tenían sus dormitorios. Liz, como le había pedido que la llamase, le comentó que tanto su hermano como los otros dos montañeros tenían sus propias casa en el pueblo, pero que no era la primera vez que se quedaban allí por comodidad. Ella y su marido, Gregory, eran los únicos que hacían de la estación su residencia habitual, por lo que el resto de la casa tenía el aspecto acogedor de un hogar, con cocina propia, un par de habitaciones, entre las que se encontraba la que le habían asignado a ella, un aseo y una pequeña terraza.

—Si necesitas cualquier cosa no tienes más que avisarme —le dijo mientras dejaba sobre la cama un pijama y un juego de toallas—. Dereck está haciendo las últimas comprobaciones con Gregory, si quieres hablar con él, lo encontrarás en su oficina. Los chicos ya se han refugiado en su cueva masculina, la sala de juegos, así que si oyes gritos, insultos o algún golpe, ni te preocupes; es lo normal en esta familia.

Bueno, sin duda era bueno saberlo, pensó.

—En esta época es normal que tengamos algunas tormentas o ventiscas, así que ya estamos acostumbrados y aprovechamos el tiempo para disfrutar de tiempo para nosotros —añadió la chica—. Si te gusta la lectura, hay un par de estanterías de libros en el salón. Encontrarás un poco de todo. Estás en tu casa, así que siéntete libre de ir al salón o quedarte aquí si quieres descansar.

—Gracias, Liz —asintió y lo decía de corazón, la chica era un verdadero encanto con ella—. Creo que primero haré unas cuantas llamadas, empezando por el hotel, para que guarden mis cosas...

—En ese caso te dejo para que tengas privacidad... —asintió retirándose. Solo cuando llegó a la puerta hizo un alto y la miró—. Sé que somos prácticamente unas desconocidas, pero... No te haces una idea de la ilusión que me ha hecho conocerte al fin. Espero que con el tiempo lleguemos a ser buenas amigas. Bienvenida de nuevo, Sophia.

Con eso, salió por la puerta y la dejó sola en la habitación.

Sophia miró a su alrededor, el aullido del viento hizo que se volviese hacia la ventana con un pequeño escalofrío. No le daban miedo las tormentas, pero sí les guardaba un profundo respeto. Cuando era niña, su abuelo solía decirle que lo que oía en el viento eran las voces de los ancestros y que si escuchaba con atención oiría la canción que cantaban.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado aquellos recuerdos infantiles y se dispuso a hacer sus llamadas.

Nada más sacar el teléfono de la pequeña mochila que traía consigo vio que la pantalla se encendía con varias notificaciones; la mayoría eran llamadas perdidas.

No le sorprendió lo más mínimo descubrir a quién pertenecían.

—Y aún tendrás los santos huevos de llamarme —resopló al tiempo que borraba el listado. Entonces pasó a los mensajes de texto, entre los que abundaban los wasaps del mismo remitente.

*«¿Has llegado ya?».*

*«Sophia. Te estás comportando de una manera muy infantil. Cógeme el teléfono».*

*«Cariño, estoy realmente preocupado por ti. Dime que has llegado bien».*

*«Quiero pensar que has puesto el teléfono en silencio, así que cuando veas este mensaje, por favor, llámame. Tenemos que hablar».*

*«Sophia, por favor. Tenemos que hablar. No puedes terminar algo como lo que teníamos de esta manera».*

*«Está bien. Me merezco tu silencio. Solo dime que estás bien, que has llegado y ya hablaremos en otro momento».*

Seis mensajes. Puso los ojos en blanco y los borró.

No tenía ni tiempo ni ganas de responderle a ese imbécil. Podía haber estado ciega mucho tiempo, no haber querido ver la clase de oportunista que era, pero esas últimas semanas habían sido tan esclarecedoras que nada de lo que le dijese la haría cambiar de opinión.

Oh, sí. A Enrique se le había ido cayendo la careta durante ese último año. Eran pequeñas cosas, detalles, conversaciones que nunca antes habían tenido, exigencias que no solía plantearle y que de repente parecían ser de su total interés. Sin saberlo, el volver al rancho para cuidar de su abuelo había sido también lo que ella necesitaba para darse cuenta de que mantenía una relación con alguien con quién ya no sentía lo mismo que al principio. Fue duro darse cuenta de que la ilusión con la que había comenzado aquel noviazgo, el amor y el deseo se habían ido esfumando como si hubiesen sido una ilusión y no algo real. Se habían convertido en algo parecido a un

viejo matrimonio de años cuando en realidad llevaban tan solo unos tres o cuatro años conviviendo, en compañeros de piso, más que en una pareja con anhelos compartidos.

¿Cuántas veces se había preguntado ese último año si todavía lo amaba? Sabía que lo había querido, al menos creyó estar enamorada, pero ese sentimiento parecía haberse esfumado y ni siquiera fue consciente de ello hasta que amenazó con dejarla y a ella no solo no le importó, sino que se sintió aliviada.

Pero como todo con Enrique, solo se trataba de un simulacro. Disculpas, flores, palabras bonitas, un par de vueltas en la cama, para él fue como si nada hubiese pasado, pero para ella... Sophia fue más consciente que nunca en ese momento de que ya no sentía nada por él.

Y sin embargo, cuando le pidió que se casara con ella, que lo hiciesen para que su abuelo pudiese irse tranquilo sabiendo que no se quedaría sola, lo había considerado. Pero no por ella, sino por el anciano, para que sus últimos días en la tierra fuesen tranquilos.

Y entonces el abuelo Milio le había dicho con todas las palabras lo que pensaba de ese *mequetrefe* y que lo único que deseaba era que, eligiese lo que eligiese, lo hiciese por ella misma, no por él.

Eso había sido decisivo, el punto de inflexión que necesitaba para tomar una decisión, una que su abuelo nunca llegaría a conocer, pues se fue antes de que pudiese compartirla con él.

Miró hacia la ventana una vez más, el aullido del viento se filtraba de vez en cuando, como si quisiera transmitir un mensaje, como si de verdad fuesen sus antepasados los que estaban ahí fuera, cabalgando en la tormenta y hablándole.

Acarició el cristal con los dedos y cerró los ojos con el anciano en sus pensamientos.

*Tú tenías razón, ese bueno para nada no era el que estaba destinado a mí.* Pensó y deseó que sus pensamientos fuesen llevados por esas voces hasta él. *Ya no tienes que preocuparte más, abuelo, el imbécil ya es historia.*

No sabía si sus pensamientos llegarían al anciano allí donde quiera que estuviese, pero decirlo, aún si era solo en su mente, la hizo sentirse aliviada.

—Ya era hora de que sacases la basura de tu vida, Sophia —se dijo a sí misma en voz alta.

Y como si el pensar en él lo hubiese conjurado, el teléfono empezó a sonar y en la pantalla apareció un nombre: *Enrique*.

—¿Por qué los tíos no se dan por aludidos cuando les mandas a la mierda? —resopló al tiempo que cortaba la llamada—. De verdad, ¿cómo he podido equivocarme tanto?

El teléfono, previamente silenciado, volvió a sonar.

—Señor, dame paciencia... —resopló y sabiendo que era la única manera de poner fin a aquello, respondió y activó el altavoz para no tener que escucharle al oído—. ¿Qué parte de lo nuestro se ha acabado no has entendido?

—¡Gracias a dios, Sophia! —Su voz, que en algún momento le pareció bonita y sexy,

ahora le resultaba irritante y bastante común—. ¿Por qué no me has llamado? ¿Tienes idea de lo preocupadísimo que he estado por ti? No sabía si te había pasado algo, si habías llegado bien...

Puso los ojos en blanco ante semejante despliegue de dramatismo.

—*Mi amor*, me has tenido con el alma en vilo.

Ignoró su tono meloso, pero él continuó.

—¿Estás bien? ¿Has tenido algún percance? —Se interesó—. ¿Has podido encontrar al presunto amigo de tu abuelo? ¿Has hablado con él? Espero que no te haya puesto pegas, pero si es así... Buscaremos un buen abogado, impugnaremos el testamento y...

Sophia miró el teléfono como si no pudiese creerse que esas palabras estaban saliendo de él, su incredulidad empezaba a batallar con la absurda risa que empezaba a hacerle cosquillas en la garganta.

—Lo solucionaremos, cariño, el rancho volverá a manos de la familia Hart y...

—Enrique, hay demasiadas personas en ese «*solucionaremos*» —lo atajó con rapidez, su voz se volvió dura y seria—. Es *mi* vida. *Mi* rancho. *Mi* herencia. *Tú*, querido, no tienes *nada* que opinar, decir o valorar al respecto. Se acabó, métetelo en la cabeza, lo que había entre nosotros se terminó. De hecho, creo que lleva terminado desde hace años, así que hazte a la idea...

—Sophia, entiendo que este no es el momento para hablar de ello, estás de duelo y...

—Sí, estoy de duelo —replicó furiosa—. Mi abuelo está muerto. La persona que más me quería, que me cuidó toda la vida, que me escuchó ya no está en este mundo.

—Lo sé, mi vida, lo sé...

—No. No sabes absolutamente nada, imbécil —escupió en dirección al teléfono—. ¿Y sabes qué? Me alegro de que no lo sepas, porque deja muy clara la clase de persona que eres.

—No estás siendo justa, yo te quiero...

—¿Querermé? Tú no sabes lo que es querer a alguien, solo sabes buscarle el mejor partido y me complace comunicarte que de mí no podrás sacar absolutamente nada —declaró con firmeza y acto seguido añadió—. Te lo dije esta mañana, pero parece ser que o no fui lo bastante clara al respecto o a ti no te ha entrado todavía en la cabeza, así que te lo repetiré. Lo nuestro se acabó. *Se finí*. No te quiero, no eres el hombre que deseo tener a mi lado ni en mi vida, así que por favor, recoge tu dignidad y déjame en paz de una vez.

—Sophia, estás confundida, todo lo que ha ocurrido te ha afectado y no estás siendo coherente... —aseguró con una seriedad que le dijo que de verdad pensaba aquello, que se creía sus propias palabras.

—¿Qué no estoy siendo coherente? Señor, nunca he estado tan lúcida como en el momento en que te mandé a la mierda —le soltó—. Hazle un favor a la humanidad y quédate en ella, anda.

—Sophia...

—No vuelvas a llamarme, ni a mandarme mensajes, si lo haces, lo consideraré acoso y te

denunciaré —sentenció con crudeza. Lo haría, si ese imbécil no se daba por aludido y se cruzaba de nuevo en su camino, lo denunciaría—. Adiós.

Oprimió el botón de colgar antes de que ese imbécil pudiese decir una palabra más y acabase de sacarla de sus casillas. Acto seguido bloqueó el número, de ese modo no tendría que escucharle de nuevo en el supuesto de que hiciese caso omiso a sus palabras.

—De verdad, ¿cómo he podido equivocarme tanto con un hombre? —resopló mirando el teléfono—. Soy una estúpida, una completa estúpida.

Dejó escapar un profundo suspiro y sacudió la cabeza.

—Hombres... —masculló—. Siempre serán el problema número uno en la lista de una mujer.

Chasqueó la lengua, se sacó la reciente conversación de la cabeza y se concentró en hacer las llamadas que tenía pendientes.

Consiguió arreglar las cosas con el hotel, quienes comprendieron su situación, ya que no es la primera vez que se daba y también habló con el abogado, el cual recibió de buen grado las noticias y le prometió ponerse en contacto con el señor Ellis para tratar con él todos los pormenores del testamento.

Se dejó caer sobre la cama totalmente agotada, cogió la mochila y la abrazó con un suspiro.

—Mira que eres ilusa —se dijo—. Solo tú podías pensar que solucionarías todo en el mismo día y volverías a casa, como muy tarde, mañana.

Ya podía dar gracias a su buena suerte y a la disposición de Dereck de devolverle la parte de la propiedad que le había legado el abuelo. El pensar en el viejo la hizo bajar la mirada a la mochila, un segundo después vaciaba su contenido a su lado, rebuscando hasta dar con el arrugado sobre que contenía el par de hojas que le había dejado el viejo.

La carta estaba escrita del puño y letra del anciano y a juzgar por la fecha, lo había hecho alrededor de medio año antes de su fallecimiento, cuando todavía conservaba las fuerzas para coger la pluma con la que solía escribir.

—¿En qué estabas pensando? —murmuró mientras acariciaba el papel con los dedos—. ¿Por qué me haces esto ahora que no te tengo aquí para pedirte respuestas? Siempre fuiste un hombre cabal, abuelo, entonces, ¿por qué vuelves a sacar a la luz algo que ya estaba olvidado?

Se mordió el labio inferior y extrajo los legajos del interior del sobre a fin de leer de nuevo algunas líneas. Era difícil hacerlo sin escucharle a él diciendo todo aquello, sin que su mente le diese voz a las palabras.

«*Estas son tus raíces, mi niña luna*». Decía una de las líneas. «*Vives en un mundo mucho más grande y misterioso del que imaginas, uno en el que los espíritus guardianes todavía caminan entre nosotros*».

Negó con la cabeza y dobló la carta de inmediato antes de volver a meterla de nuevo en el

sobre.

Nada de aquello era real, tan solo los desvaríos o la confusión de un anciano cuya enfermedad empezaba a apropiarse también de su mente. No podía darle mayor importancia de la que tenía, no debía, pues de lo contrario se volvería loca.

—No vayas por ahí, Sophia, no vayas por ahí.

Se apresuró en devolver todo el contenido a su mochila, carta incluida, para luego abrazarla contra su pecho mientras se hacía un ovillo encima de la cama. Los primeros sollozos brotaron de su garganta, fue incapaz de detenerlos o evitar que sus lágrimas le bañaran la cara mientras daba rienda suelta al dolor que acompañaba a la pérdida.

## **CAPÍTULO 10**

Dereck se debatía horas después entre buscar al tal «imbécil» y hacerlo pedazos o quedarse donde estaba ahora, a los pies de la cama de su compañera.

La había escuchado discutir con alguien de manera acalorada, no pretendía espiarla, pero en cuanto le llegó la voz de su interlocutor, su felino entró en modo territorial y a duras penas pudo refrenarse de entrar y arrancarle el teléfono de las manos y hacerse cargo del asunto.

No estaba preparado para esta locura emocional, para que su lado felino tirase de él de una manera tan primitiva, marcando las pautas a seguir. Llegó a pensar en mudar la piel y marcharse, pero su gato no quería ni oír hablar de dejar a su hembra allí, bajo el mismo techo que otros *tygrain* solteros. Permaneció en el pasillo, apoyado contra la pared, oyendo una conversación a la que no estaba invitado, pero que resultó de lo más satisfactoria.

Al menos hasta que la escuchó llorar y sintió la pena y el dolor de la pérdida en ese llanto. Sus ahogados sollozos le retorcieron las entrañas, su alma de *tygrain* se sacudió y todo lo que pudo pensar a partir de ese momento fue luchar con la abrumadora necesidad de ir a ella.

Tras unos minutos de dicotomía interna, se encontró abriendo la puerta del dormitorio y entrando para encontrársela hecha un ovillo sobre la cama, abrazando la pequeña mochila que traía consigo. Tenía el rostro húmedo de haber llorado, las mejillas sonrojadas y a pesar de haberse quedado dormida, su semblante era triste.

Se le encogió el corazón una vez más y cedió a esa primaria necesidad de protegerla, de darle consuelo y le acarició el pelo con suavidad. Solo fue un momento, pero fue un verdadero bálsamo para su propia congoja.

Fue incapaz de abandonar la habitación, no quería ni pensar en apartarse de ella, no con los ecos de la conversación que había escuchado resonando todavía en su mente.

Sophia había estado lo bastante irritada como para que su voz sonase dura, afilada y en ocasiones verdaderamente cabreada. El hombre que la había llamado, el cual insistía en llamarle cosas para las que no tenía derecho, era un verdadero incordio. No solo no escuchaba las palabras de la chica, sino que hablaba como si él fuese la víctima, el incomprendido en una relación que nunca se daría; no si él tenía algo que decir al respecto.

Apretó los dientes al recordar como ese despojo de humanidad había llamado «cariño» y «amor» a su compañera. Su tigre quería destriparlo y él también lo que hacía que esa conversación y cada respuesta fuesen más y más delicadas para Dereck en su actual estado.

Si era sincero consigo mismo, en el pasado se había preguntado qué pasaría si su compañera fuese humana y ya estuviese en otra relación cuando el destino la pusiera en su camino. Cuando todavía pensaba en su otra mitad, en quién y cómo sería, no dejó de vaticinar como sería su vida si ella le perteneciese a alguien más, si estuviese enamorada de esa otra persona.

Para los *tygrain* solo existía una compañera de vida, alguien que completaba su alma, que

encajaba como ninguna otra pieza lo haría. Con todo, también era verdad que ninguno de su raza era precisamente un modelo de virtud, ni hacían voto de castidad en espera de que el destino tuviese a bien traerle a su pareja. Su raza era sensual y promiscua por naturaleza, hombres y mujeres *tygrain* por igual gozaban de la libertad que les daba el sexo y algunos incluso se metían en alguna relación estable que podía durar tanto meses, años o una vida entera.

No era la primera vez que escuchaba de algún *tygrain* que se hubiese casado o estuviese en una relación y con el tiempo acabase por encontrar a su compañera. El sultán de Bahir, padre de los príncipes Al-Hanak se había casado con la sultana, la madre de su heredero, antes de conocer a su compañera, con la cual había tenido otros dos vástagos. Y no hacía mucho se había enterado también que uno de los miembros del clan de Virginia, un tipo reservado y bastante solitario por lo que podía recordar, había descubierto que la mujer que le estaba destinada, humana también, pertenecía ya a otro. Él no solo no había renunciado a ella, sino que terminó por reclamarlos a ambos creando un vínculo que los unía a los tres.

No creía que él pudiese ser tan generoso, la sola idea de que Sophia quisiera a alguien más, que hubiese otro macho cerca, que pudiese tocarla o... Su tigre gruñó a través de su propia garganta. No, ni hablar, no podía ni pensar en ello y por fortuna su chica acababa de dejar perfectamente claro que cualquier relación que hubiese tenido con el humano se había terminado.

—No permitiré que esa basura se acerque a ti... —murmuró y notó la dureza de su gato en la voz—, si tan solo lo intenta... Si vuelve a hacerte llorar... lo hago pedazos.

Le acarició de nuevo el pelo, apartándolo del rostro y dejando a la vista el apósito que le cubría la herida. Se encogió por dentro al pensar en lo que podía haberle pasado, dejó escapar un resoplido y se acuclilló hasta quedar a su altura.

—Sé que no tienes la menor idea de dónde acabas de caer, Sophia —murmuró y añadió con una mueca—. Ni yo mismo lo sé muy bien, pero sí hay algo de lo que estoy seguro y es que un beso contigo no ha sido suficiente.

Ese beso seguía atormentándole, el recuerdo de su sabor, de su aroma... Cerró los ojos e intentó no gemir ante el deseo que le inflamaba las venas.

—Compórtate, Dereck —se dijo a sí mismo—. Respira hondo, da un paso atrás y déjala descansar.

Abrió los ojos y la miró una vez más, entonces se incorporó, pero solo para cernirse sobre la durmiente mujer y darle un suave beso en la mejilla antes de retirarse un par de pasos de la cama.

Quería quedarse allí con ella, tumbarse a su lado en la cama, aprender de qué lado dormía, si tenía el sueño profundo o ligero, si se despertaba gruñona o mimosa... Tenía muchas cosas que conocer y aprender sobre ella, pero por ahora se conformaría con velar su sueño y proteger su territorio como *tygrain* que era.

Echó un vistazo en dirección a la ventana al captar el silbido del viento en el exterior. La tormenta empezaba a coger fuerza, lo que significaba que antes de que llegase la noche habría llegado a su apogeo.

Tras mirar a la humana que el destino había escogido para él una vez más, se dispuso a ponerse cómodo y acompañarla el resto de la tarde en silencio.

## CAPÍTULO 11

*Estaba de pie en medio de la nada, envuelta por girones de niebla que entorpecían cualquier tipo de visibilidad. El silencio parecía ser su único compañero en aquel paraje desierto, podía escuchar su propia respiración, pero no parecía que hubiese nada más.*

*La ausencia de miedo o nerviosismo por su parte obedecía al mutismo en el que se sumía cada vez que algo o alguien la arrastraba a este lugar fuera de la realidad y más allá de los sueños. No era la primera vez que visitaba este plano, en toda su vida había estado dos veces; una cuando murieron sus padres y otra justo después de fallecer su abuelo. Esta era la manera que elegían los ancestros para transmitir mensajes, uno que no siempre era sencillo de interpretar.*

*Miró a su alrededor, giró sobre sí misma sin encontrar otra cosa que zarcillos de niebla moviéndose en torno a ella. No le gustaba estar aquí, el silencio era sofocante, la falta de puntos de referencia le generaba estrés, pero de igual modo sabía que no abandonaría este plano hasta que lo que debiese ver u oír, fuese visto u oído.*

*—¿Abuelo? —Su voz resonó como si estuviese dentro de una enorme cueva con eco—. ¿Eres tú?*

*Solo un familiar tenía el poder de convocar a los vivos a este espacio, esa había sido la explicación de Emilio cuando le habló por primera vez de lo que creyó era un sueño extraño. Este lugar era un limbo entre el mundo de los vivos y el de los muertos, un plano espiritual en el que los que ya no estaban podían dejar mensajes o transmitir conocimiento cuando fuese estrictamente necesario.*

*El graznido de un cuervo resonó de repente en aquella soledad. Sophia escuchó el batir de unas alas un momento antes de que viese la figura, como si fuese un lejano eco, volando por encima de su cabeza y posándose en un árbol que no había estado allí antes. Un solitario montón de ramas carentes de hojas o color, desdibujado por la niebla y sin embargo lo bastante sólido como para que la negra ave se posara sobre sus ramas.*

*Se giró por completo en su dirección y avanzó hacia él solo para ver como emitía de nuevo dos poderosos graznidos. A pesar de su aspecto fantasmal, sus ojos brillaban con una sabiduría humana y ancestral.*

*«Abuelo». Musitó.*

*El cuervo desplegó las alas y echó a volar de nuevo, el pájaro pasó una vez más por encima de ella y se perdió en la niebla con un último graznido. Sophia giró sobre sí misma dispuesta a seguirlo, pero fue incapaz de dar un solo paso; sus pies estaban pegados al suelo.*

*Un nuevo sonido quebrantó de nuevo el agobiante silencio, creando un eco tan sonoro que se le puso el vello de punta. Era un rugido, algo animal, salvaje y peligroso. Intentó localizar el lugar de procedencia, pero la movilidad limitada a la parte superior del cuerpo, solo pudo girar la cabeza e intentar ver a través de la niebla.*

*El rugido se repitió una vez más y en esta ocasión supo de manera instintiva que venía de algún punto frente a ella; justo por dónde se había marchado el cuervo. Entrecerró los ojos intentando ver más allá de esa inquietante blancura y cuando ya empezaban a lagrimearle vio como la neblina cobraba forma, retorciéndose y concentrándose sobre un único punto hasta que una enorme figura felina se abrió paso a través de esta.*

*Al igual que el cuervo, era como estar viendo un recuerdo pasado, una figura fantasmal que avanzaba en tu dirección con la inconsistencia de un holograma, pero que al mismo tiempo estaba dotado de cierta inteligencia.*

*Era el tigre de bengala más grande que había visto en su vida, aunque era probable que este lugar magnificase las cosas. Su caminar era elegante, sensual y sus ojos brillaban con una intensidad que le provocó un vuelco en el estómago.*

*Y entonces lo supo.*

*Las palabras de su abuelo regresaron a su mente, una de tantas cosas que solía contarle cuando era niña y que había repetido a lo largo de los años.*

*«Todos los paiute tenemos un tótem, Sophia, vendrá a ti cuando esté preparado y te mostrará lo que necesitas saber. Lo reconocerás nada más verle, pues sentirás que es una parte de ti».*

*Miró al felino que no vacilaba en su avance y sintió un tironcito en el pecho, como si hubiese una cuerda que los atara a ambos y eligiese ese momento para tensarse.*

*«Hijo de los espíritus». Pronunció y el felino respondió con un movimiento de su cola; o ella al menos lo tomó como una respuesta.*

*El enorme tigre se detuvo a tan solo unos pasos de su posición y por primera vez en este lugar sintió que algo era mucho más físico que fantasmal.*

*«Eres mi tótem». Murmuró sin dejar de mirarle.*

*No hubo respuesta, al menos ninguna que poseyera una voz propiamente dicha, pero sí una sensación de pertenencia tan intensa que la dejó sin respiración.*

*Con un nuevo golpe de la cola y una inesperada pasada de la lengua sobre su propia nariz, el felino ante ella empezó a ser consumido por la niebla. Su enorme cuerpo fue tragado por la blancura y ese hecho le produjo tal desasosiego que se lanzó hacia él, estirando el brazo*

*como si pensase que así podía evitar que desapareciese.*

*«Espera». Gritó y su voz resonó como un cañón en aquel vacío.*

*En el breve espacio de un latido de corazón sucedieron dos cosas: Lo que quiera que mantenía sus pies pegados al suelo desapareció, permitiéndole moverse y en el lugar en el que había estado el tigre, emergió una figura humana cuya mano se cerró sobre la suya.*

*En el momento en que sus manos se tocaron Sophia vio lo imposible y comprendió que aquello a lo que se había estado negando, era su única realidad.*

*«Tygrain». Musitó rescatando esa palabra de su mente, sintiendo la inmediata aceptación de su tótem, su silenciosa confirmación.*

*Levantó la cabeza y contempló como el hombre que ahora ocupaba el lugar de la bestia y cuya mano todavía sujetaba la suya se elevaba por encima de ella. Sus ojos se encontraron y a pesar de reconocer el rostro, la expresión que lucía, sus ojos no eran verdes, sino de un profundo dorado felino.*

*«Naciste para él, como él nació para ti».*

*No movió los labios, ni siquiera abrió la boca, pero su voz resonó en su mente con fuerza y una verdad abrumadora.*

*Entonces, la mano que la sujetaba empezó a desvanecerse al tiempo que lo hacía el resto del cuerpo masculino hasta que todo lo que quedó ante ella fue de nuevo la niebla.*

*Un inesperado y sonoro rugido reverberó entonces en aquella vacuidad, atronando en sus oídos, cerró los ojos con fuerza y acto seguido... despertó.*

*Sophia se quedó inmóvil. Durante unos segundos fue incapaz de moverse, como si su cuerpo no respondiese a las órdenes de su cerebro y el pánico se abrió camino a través de ella con toda celeridad. Abrió la boca para gritar, pero en el momento en que los labios se separaron, también recuperó la movilidad sobre el resto de su cuerpo, lo que disminuyó en el acto ese momento de terror.*

*Se incorporó de golpe y empezó a jadear como si acabase de correr una maratón. Escuchó el lejano aullido de un lobo, solo que no se trataba de un animal, se dio cuenta, sino del viento que azotaba sin piedad detrás de la ventana.*

*La habitación estaba en penumbra, la única luz que alejaba la oscuridad total era la de una lámpara en la mesilla de noche en la que ni siquiera había reparado y no le resultaba familiar. Le llevó unos momentos centrarse y recordar dónde estaba, otros tantos calmarse lo suficiente para no terminar hiperventilando y por fin empezar a pensar de manera coherente.*

*Se pasó la mano por la frente encontrándola fría en contraste con su cálida piel. Ni siquiera se había cambiado, así que debía haberse quedado traspuesta en algún momento.*

*—Me quedé dormida... —Su voz sonó algo rasgada, como si sus cuerdas vocales tuviesen problemas para dejar salir el sonido. Se aclaró la garganta un par de veces y buscó al mismo*

tiempo el teléfono en la mochila que seguía junto a ella sobre la cama—. ¿En serio? —Miró la hora que marcaba con una mueca. Prácticamente había dormido toda la tarde—. Estupendo, Sophi, jodidamente estupendo.

Tiró el aparato a un lado, se pasó ambas manos por el pelo e hizo una pequeña mueca al rozar el apósito. Quizá no fuese mala idea pedirle a Lizbeth un analgésico pues el efecto del que le dieron en la clínica parecía haberse esfumado.

Sacudió la cabeza y deslizó las piernas fuera de la cama dándose cuenta de que en algún momento debía haberse descalzado. Cuando esperaba notar el suelo duro de madera bajo sus pies, se encontró con algo peludo y caliente, algo que se movió atrayendo su atención de inmediato.

Se quedó completamente inmóvil, incluso los pulmones dejaron de hacer su función al ver qué era lo que estaba utilizando como alfombra. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, pero *eso* no desapareció. De hecho, levantó una enorme cabeza y dirigió su mirada somnolienta hacia ella, lo que le paró el corazón en seco.

Había un enorme tigre de bengala tumbado en el suelo al lado de la cama. Tan jodidamente grande que ocupaba casi toda la longitud del lecho. El felino sacó una rosada y gigantesca lengua y se la pasó por la nariz trayendo a su mente un gesto similar que la petrificó.

*Su tótem, su espíritu guía. La última carta de su abuelo.*

Aquello era lo que habían querido decirle, lo que daba sentido a muchas cosas, incluido el testamento de Emilio.

La enorme mole peluda eligió ese momento para incorporarse y sobre sus cuatro patas el puto gato era casi tan grande como un jodido poni.

Sophia reaccionó por instinto, recogió las piernas y se arrastró sobre la cama hasta conseguir ponerse de pie sobre el colchón con la espalda pegada a la pared. Seguía teniendo problemas para respirar, pero estos pasaron a un segundo plano en el momento en el que esa cosa hizo lo inaudito; se subió al colchón como si fuese un puto gato doméstico.

En ese momento su mente dijo basta, el instinto y el miedo tomaron el mando y empezó a gritar con todas sus fuerzas mientras intentaba fundirse o trepar por la pared, todo al mismo tiempo. Esa cosa, lejos de amilanarse o alejarse de ella, se acercó aún más y cuando esa lengua rasposa le tocó una de las manos, casi se le para el corazón.

Gritó, gritó y gritó inconsciente de los gimoteos del tigre o de la puerta del dormitorio abriéndose de par en par para dar paso a los dos montañeros.

—¿Qué coño...?

—Hostia.

—Er... Sutil, Der, muy sutil.

Desquiciada como estaba, no fue consciente como el tigre se volvía hacia los recién

llegados como un rayo y rugía en advertencia, frunciendo el hocico y enseñando unos colmillos dignos de un cazador.

—Tranquilo, gatito, tranquilo...

—Retrocede, Ethan, no es un buen momento para tirarle de la cola al gato...

—¿Qué son esos gritos? —La voz femenina apenas se oía por encima de los gritos y los gruñidos de advertencia—. ¿Sophia? ¿Dereck? ¿Pero qué coño estás haciendo?

—La madre que te parió...

—Ya sé que es la misma que la tuya, pedazo de imbécil —siseó la chica—. ¿Es que quieres matarla de un infarto? ¡Cambia ahora mismo!

—Ya le habéis oído, fuera todos... —Kynan no dudó en echar a todo el mundo del dormitorio bajo la atenta y salvaje mirada del tigre que defendía su territorio y a la mujer que le pertenecía de cualquier posible amenaza, pues en aquel estado no veía que esa era él—. Muta ahora a tu forma humana, tigre, lo último que necesita ahora es tu culo peludo...

Como si algo hubiese hecho clic en su cerebro, Sophia solo fue consciente en ese momento que había gente en la habitación, personas que ahora salían cerrando la puerta tras ellos dejándola sola con esa bestia.

—¡No! —Se desgañitó, su mente amenazando con hacerse pedazos de un momento a otro—. ¡No, no, no! Ayuda... Ayuda... ¡Que alguien me ayude! ¡Sacadme de aquí!

Empezó a alejarse de la pared ahora que el felino estaba en el suelo, pero al verlo girarse hacia ella volvió a gritar. Esta vez, sin embargo, no se limitó a gritar, empezó a arrojándole las almohadas, seguida de su teléfono y con la mochila en mano, lista para defender su vida a bolsazos, contempló algo que la noqueó de nuevo.

El cuerpo del felino empezó a verse envuelto por una especie de neblina que parecía salir de su propia figura, era como si esa cosa estuviese hecha de humo o niebla y se estuviese descomponiendo ante sus ojos. Sin embargo, esa humareda no se elevó hacia el techo ni se extendió por la habitación, se condensó sobre sí misma, creando una especie de sólida columna de la que salió un desnudo y muy humano Dereck.

—Sophia...

La escena trajo de inmediato a su mente la de su propio tótem y la transformación que había sufrido ante sus ojos, una que no la había perturbado tanto como lo hacía ahora en plena realidad.

Empezó a negar con la cabeza al tiempo que se llevaba la mano a la garganta. Estaba hiperventilando, no podía conseguir suficiente aire y mientras ella se moría allí mismo, el montañero caminaba hacia ella levantando ambas manos en un intento por... ¿tranquilizarla?

—Soy yo... No pasa nada...

Continuó negando con la cabeza, sus ojos fijos en él mientras se acercaba cada vez más a

la cama, dejando ya solo entre ellos la distancia del ancho del colchón.

—Ven —extendió la mano en su dirección—. Todo está bien. Te lo explicaré...

¿Explicarle? ¿Explicarle qué?

—Soy yo —insistió y mantuvo esa mano extendida hacia ella—. Soy Dereck.

Deslizó la mirada sobre él como si necesitase cerciorarse de que lo que tenía delante era real, aunque su mente todavía no era capaz de procesar correctamente las cosas que acababan de ocurrir ante sus ojos.

—Ven, Sophia, por favor... —insistió suplicante—. Me mata verte así. Por favor, ven...

¿Qué a él le mataba verla así? ¿Así cómo? ¿Presas de un ataque de pánico? ¿Al borde de la locura?

«*Naciste para él, él nació para ti*».

La voz de su tótem cruzó su mente como un relámpago trayendo de nuevo la misma sensación que había tenido al tocarlo en el sueño.

—Sophia...

Las fuerzas la abandonaron, se le doblaron las rodillas y acabó cayendo sobre el colchón.

—Lo siento, *Sophia*, no pretendía... —murmuró él encaramándose sobre el colchón a fin de poder llegar a ella. Acortó la distancia entre ambos, pero se contuvo de tocarla, cosa que le agradecería en el mismo instante en que consiguiese recuperar el habla.

—Es... espíritu... espíritu... —musitó recorriéndolo con la mirada, consciente de su desnudez y al mismo tiempo, sin fuerzas ya para pensar si eso le resultaba inquietante o no—. Tú... tú eres... mi... mi espíritu... guía... Un... un...

—Soy un *tygrain*... —respondió él y levantó poco a poco la mano hasta que sus dedos le rozaron el pelo, apartándoselo de la cara—. *Tú tygrain*.

Siguió con su recorrido y solo cuando llegó a su entrepierna, el hecho de que estaba desnudo cobró verdadero sentido.

—Oh, dios...

—*Shh*, está bien, todo está bien... —Esos dedos le levantaron el rostro de modo en que ahora lo mirase a la cara—. Estoy aquí. Te lo explicaré todo, lo juro.

—*Tygrain*. —repitió. Parecía que era todo lo que conseguía hacer en esos momentos, repetir las cosas en un intento por encontrarles explicación—. Él... él escribió ese término en su carta... Una manera más de referirse... a los espíritus guardianes...

Dereck no pareció sorprendido, de hecho, asintió con la cabeza.

—Sé que hay algunas menciones o historias sobre mi raza en vuestra cultura, la de tu abuelo... —admitió con serenidad—. Emilio me habló de ello, de vuestras leyendas y de cómo tomaban forma en la cultura *paiute*.

Sophia se apartó de él llevándose sus propias manos a la cabeza, pegándose de nuevo

contra la pared en un intento por ganar unos pocos centímetros de espacio.

—Aunque claramente este no es el momento para hablar de ello... —concluyó él de manera reflexiva—. Lo siento. No pretendía que las cosas sucediesen de esta manera. Si me hubiese dado cuenta de que te habías despertado...

Lo miró una vez más y se mordió el labio inferior antes de apartar la mirada por completo de él.

—Estás desnudo...

—Er... sí, lo siento. —Pareció algo avergonzado por ello, casi como si no se hubiese dado cuenta de su condición nudista—. Dame un segundo...

Saltó de la cama con agilidad pasmosa, dándole un buen vistazo de ese prieto y perfecto culo un momento antes de que cogiese sus vaqueros de encima de una silla y se los pusiese sin ropa interior ni nada.

—Desde luego esta no es la mejor de las maneras de iniciar una relación... —creyó oírle farfullar un segundo antes de darse la vuelta y mirarla—. Ya está. Presentable de nuevo.

¿Presentable? Tan presentable como un helado enorme al que te encantaría lamer de arriba abajo durante todo el jodido día, pensó. No había manera de que ese hombre dejase de ser sexy y atractivo, algo que le resultaba de lo más inquietante, aunque no tanto como lo que acababa de presenciar.

—Estás temblando... —añadió él con una mueca—. Te he asustado.

*Menudo genio.* Al menos su cerebro parecía estar abandonando ya la neblina del miedo y la locura si era capaz de volver a pensar de manera tan irónica, pensó y acto seguido sacudió la cabeza notando esa punzada con la que se había despertado.

—Te duele.

No era una pregunta, sino una afirmación por lo que lo miró.

—Puedo... er... oler ciertas emociones... —se justificó y lo hizo con esa pizca de vergüenza que resultaba extraña en un hombre de su tamaño, sobre todo con la seguridad con la que solía conducirse—, o sentirlas si vienen de mi... compañera.

«*Naciste para él, él nació para ti*».

Se llevó la mano al centro del pecho como si pudiese notar de nuevo ese tirón, el que había sentido cuando su tótem la cogió de la mano. Cuando le mostró lo que necesitaba saber, lo que daba sentido a todo lo que le había ocurrido desde el momento en que se encontró con Dereck.

Y no solo hoy, esa misma mañana, sino en el pasado, en aquella habitación en la que se estaba reuniendo con su abuelo.

Se estremeció y se abrazó a sí misma.

—Sophia...

Alzó la mirada y se encontró una vez más con esos ojos verdes que parecían refulgir según

le diese la luz.

—En cuanto amaine la tormenta y sea seguro dejar la estación, me iré a casa —murmuró en voz baja, abrazándose a sí misma aún más fuerte—. Hasta entonces, ¿podrías dejarme sola, por favor?

Nada más salieron esas palabras de su boca sintió que el pecho se le encogía y las lágrimas le llenaban los ojos.

Pasaron algunos segundos sin que él le diese una respuesta, sin que se moviese siquiera, entonces lo escuchó suspirar.

—Si eso es lo que deseas... —Sus palabras fueron duras, carentes de emoción alguna, con excepción de la que ella misma estaba sintiendo en esos momentos, un crudo e inexplicable dolor—. Si... Si me necesitas, sea cuando sea, solo llámame y... me tendrás a tu lado.

Con esas últimas palabras, Dereck dejó la habitación. Nada más escuchar el sonido de la puerta cerrándose a su espalda, Sophia empezó a llorar.

## CAPÍTULO 12

En toda su vida no se había sentido tan apaleado como en el instante en el que Sophia le pidió que la dejase sola. Si hubiese estado en su forma felina se habría marchado con la cola entre las patas y las orejas gachas.

Joder. Eso dolía. Mucho. Y lo peor de todo era que se lo merecía. Se había dejado arrastrar por su lado felino, por la necesidad de simplicidad, de limitarse a actuar y dejar de darle vueltas a sus emociones. Su gato no le daba vueltas a las cosas, actuaba por instinto, sin arrepentimientos ni preocupaciones. El tigre sabía exactamente que hacer mientras que el humano... Estaba completamente perdido.

Había cambiado sin más, adoptando la forma *tygrain* para limitarse a estar con ella. Se tumbó a los pies de la cama y dormitó, recuperando la conciencia en el momento en que ella despertó.

Y entonces todo se precipitó y él falló estrepitosamente en mantener las cosas bajo control.

Todavía le zumbaban los oídos por sus gritos, pero era la vulnerabilidad que había visto en ella cuando le pidió que la dejara sola lo que le pellizcó el corazón.

Mal. Lo estaba haciendo todo mal.

Su compañera se había presentado sin avisar, como un jodido imprevisto para el que no estaba preparado. Y por si eso no fuese suficiente, resultó ser además la nieta de Emilio Hart. Cuando su gato la reconoció toda la cordura y tranquilidad de la que había gozado hasta el momento se fue a la mierda.

Horas, solo necesitó de algunas horas para joder su propio futuro y el de ella.

No podía quedarse allí, no soportaba escucharla llorar y era lo que había hecho en cuanto cruzó la puerta. No le haría ningún bien a su compañera encontrárselo cuando había dejado claro que no deseaba hacerlo.

Si bien su tigre se negaba a dejarla, ambos coincidían en que ahora mismo era lo mejor que podía hacer por ella.

Cruzó el pasillo mientras escuchaba la puerta de la sala de juegos abriéndole.

—Dereck... —Escuchó la voz de Kynan, pero no se molestó en responder.

—¡Dereck Ellis! —Su hermana apareció al mismo tiempo desde el otro lado del pasillo. Su naturaleza felina la vestía como una segunda piel, podía escuchar al gato en su voz—. ¿En qué

mierda estabas pensando? ¡Por el amor de Dios! No puedes...

La ignoró también y enfiló las escaleras hacia la planta baja sin decir una sola palabra o intercambiar una sola mirada con alguno de los presentes.

—Mierda, la cosa es grave... —Siseó alguien en el piso superior.

—¡Dereck! —Siseó su hermana y a juzgar por el eco de sus pasos estaba dispuesto a correr tras él—. ¡Ni se te ocurra dar un paso más, pedazo de patán!

—Liz, ahora no. —Esa era la voz de Gregory inculcando algo de sentido común en la cabeza de su mujer. También fueron sus zancadas las que lo siguieron al piso de abajo—. Dereck, no puedes salir ahí fuera, no es seguro.

Su amigo lo conocía lo suficiente como para ver a través de su mutismo y saber exactamente que había en su cabeza o al menos imaginárselo.

—Ella no está cómoda conmigo cerca —murmuró en un tono de voz bajo y carente de emociones. Había tenido que ponerlas bajo llave a fin de recuperar algo de dominio sobre sí mismo—. Necesita espacio y... tiempo.

—Lo que necesita es que su compañero no haga el gilipollas y permanezca a su lado para guiarla a través de este trance —replicó su amigo interponiéndose en su camino—. Vamos, hermano, tú no eres de los que huye con la cola entre las patas. Ahí fuera hay una jodida tormenta que no ha hecho más que empezar a desatar su mala hostia.

Lo sabía muy bien, podía sentir como lo llamaba, como tiraba de él y de su lado salvaje.

—No dejes que abandone la montaña hasta que sea completamente seguro —le dijo encontrándose momentáneamente con su mirada y viendo en ella la desaprobación a sus actos. Le dio la espalda y avanzó a zancadas hacia la puerta trasera y procedió a retirar los seguros.

—Joder, Dereck, no me obligues a pegarte —siseó su cuñado poniéndole la mano sobre el hombro en un intento por retenerlo aunque fuese unos segundos—. No estás siendo racional.

—No, no lo estoy siendo —admitió con sinceridad—. Cualquier posible cordura se esfumó de mi mente en el momento en que ella entró en este lugar y necesito recuperarla, Gregory, necesito encontrarme de nuevo a mí mismo.

—Liz me matará si te dejo salir —insistió su cuñado al tiempo que le clavaba los dedos en el hombro—. No lo hagas, Der.

Se libró de su agarre y aferró la puerta, encontrándose empujado por la fuerza del aire cuando esta se abrió. El aire helado le azotó la cara espabilándolo en el acto.

—Dile a Liz que cuide de Sophia —le dijo señalando con un gesto más allá de él, pues ya escuchaba los pasos apresurados de su hermana.

—Joder, Dereck, no hagas esto...

Atravesó el umbral y dos pasos después abandonó su encarnación humana para adquirir su pelaje *tygrain*. Cayó sobre sus cuatro patas dejando los vaqueros olvidados en el suelo cubierto

de nieve.

—¡Dereck! ¡Dereck no te vayas!

Su gato oyó la aterrada voz de su hermana perdiéndose en el viento mientras se alejaba corriendo de aquel lugar. El viento soplaba con fuerza y removía la cortina de nieve a su antojo, escuchó su canción y se dejó mecer por ella mientras golpeaba el suelo con sus poderosas patas a medida que ganaba velocidad. Necesitaba esto, correr, que la tormenta adormeciese el punzante dolor en su pecho, dejar de pensar y entregarse por completo a la libertad que le daba su felino.

Su compañera estaba a salvo, segura entre aquellas cuatro paredes y esa seguridad es lo que hacía que la parte racional de su mente se sintiese tranquila y calmase también sus instintos de *tygrain* emparejado.

No podía dejarse llevar de nuevo de esa manera, necesitaba centrarse y aclararse la mente, pero sobre todo, era imperioso que se encontrase a sí mismo de nuevo, pues solo así sería capaz de pensar con la claridad suficiente y dar con la manera en la que pudiese conservarla para siempre.

Renunciar a ella no era una opción, pero reclamarla sin su consentimiento tampoco la era.

Echó las orejas hacia atrás, agudizó la vista e imprimió mayor velocidad a sus patas que ya se comían el terreno. Dejó atrás todo lo que le importaba y se adentró en el corazón de la tormenta.

—¿Por qué no lo detuviste? —chilló Lizbeth volviéndose desde el umbral de la puerta hacia su marido—. ¡Maldita sea, Gregory! ¡Se va a matar!

Negó con la cabeza, la cogió con suavidad del brazo y tiró de ella de nuevo al interior del edificio para volver a atrancar la puerta y dejar fuera a la tormenta.

—¿Crees realmente que habría podido retenerlo? —respondió mirándola a los ojos y viendo en ellos al momento la respuesta—. Sabes tan bien como yo que ninguno podría haberlo hecho.

Aquella era la manera en la que Dereck lidiaba con las cosas, había sido así desde que era un cachorro y no podían esperar que fuese a cambiar ahora. Ese *tygrain* tenía un lado salvaje y solitario, a veces era difícil ver dónde empezaba el humano y acababa del felino pues se confundían, pero de algún modo la montaña era capaz de ayudarlo a volver a su ser, a centrarse como ninguna otra cosa podía hacerlo.

Echó un vistazo al techo, como si pudiese ver el piso de arriba y la habitación en la que se había desatado el caos un rato antes y sacudió la cabeza.

—Él estará bien, Liz, pero ella... —mencionó volviendo a mirar a su mujer, quién siguió

su mirada y suspiró antes de asentir en muda comprensión—. Sophia es quién más nos necesita ahora mismo, sobre todo a ti.

Su tigresa se pasó la mano por el pelo, desordenándolo y sacudió la cabeza una vez más.

—Las cosas no tendrían que haber ocurrido de esta manera... —musitó.

—Se ha largado, ¿no?

Gregory miró a los dos *tygrains* que acababan de llegar del piso de arriba y entrecerró los ojos sobre ellos a modo de aviso.

—Con un imbécil fuera tengo más que suficiente —les advirtió a ambos y Kynan fue el primero en sonreír de manera salvaje en respuesta.

—Ni siquiera yo estoy tan loco como para tirarle de la cola a ese gato cuando está de un humor semejante —resopló él y a pesar de ello miró la puerta cerrada a su espalda—. Esperaremos a que amaine el temporal antes de salir en su busca.

Ethan asintió con la cabeza en respuesta al comentario de su compañero; esos dos ya habían elegido bando y tenían muy claro a qué líder iban a seguir.

—La humana está llorando —mencionó entonces este mirando a la única hembra presente—. Intenta ahogar sus sollozos, pero... —Negó lentamente con la cabeza.

—No tendría que ser así, no tendría que ser así para ninguno de los dos... —murmuró la chica en tono apenado—. Somos *tygrains*, cuidamos de nuestros compañeros, no huimos de ellos...

—Sophia es humana —dijo Kynan con un ligero encogimiento de hombros—. Y tiene unos jodidos buenos pulmones para ser solo eso. Sin duda sabe cómo hacerse oír...

—La sutileza nunca ha sido el fuerte del tigre —sentenció Ethan con un ligero encogimiento de hombros.

—Para ser honesto, me asombra que la chica no se haya muerto del susto. —Kynan chasqueó la lengua y señaló con un gesto el piso de arriba—. Es dura.

—Oh, por favor... —siseó Lizbeth y fulminó a ambos con la mirada—. Será mejor que las mujeres de esta familia nos mantengamos unidas, porque nuestros hombres están completamente zumbados.

Gregory no pudo evitar sonreír ante el tono irritado de su mujer, pero se guardó de hacer comentario alguno al respecto.

—Si necesitas alguna cosa... —sugirió mirándola y diciéndole sin palabras que estaba ahí para ella.

Lizbeth se limitó a asentir con la cabeza antes de echar una última mirada preocupada a la puerta de la calle y volver de nuevo sobre sus pasos para tratar de hacer lo que pudiese por la mujer que seguía llorando en el piso de arriba.

## CAPÍTULO 13

Tenía que haberse quedado en *Spring Creek*.

Sophia se repitió aquello una y otra vez, aunque de poco le servía, pues su mente seguía inmersa en los últimos acontecimientos.

Dereck.

*Un hijo de los espíritus.*

Un *tygrain*, como se hacían llamar.

Humano, sí, pero también algo más. Algo que sintió en él desde el momento en que lo vio traspasar el umbral del restaurante, que vio en sus ojos... Había estado allí todo el tiempo, nunca lo había ocultado, pero... Una cosa era percibir algo extraño, hacerse preguntas y conjeturas y otra muy distinta encontrarse con un jodido tigre de varias toneladas tumbado como un gato a los pies de la cama.

Esa cosa podía zampársela de un solo bocado.

Pero, no, en vez de eso hizo un truco de prestidigitación y el espeso pelo naranja de rayas negras dio paso a un Dereck humano y gloriosamente desnudo.

No podía reaccionar, su mente era incapaz de procesar lo que había visto lo bastante rápido como para encontrar respuestas coherentes.

Ella, que había escuchado toda su vida historias sobre guías espirituales, que padeció en sus propias carnes cosas inexplicables, prefirió guardarse esa parte en lo más hondo de sí misma a fin de intentar como una chica normal.

Pero no lo era, nunca lo había sido y aquello que quería olvidar había vuelto a ella con la fuerza de un jodido huracán.

Nunca fue una nativa, no de verdad. Había heredado los rasgos de su madre, prácticamente era un calco de ella, pero su sangre, esa era *paiute* y no había manera de ignorarlo, no cuando era una de las pocas «*caminantes*» que todavía poseía la comunidad.

*«Abuelo, he visto a papá. Me ha dicho... cosas».*

Solo era una niña y acababa de perderlos a ambos, pero su padre volvió a ella en un sueño, se había presentado en aquel lugar envuelto en la niebla y le habló con el mismo amor y ternura con el que lo habría hecho en vida.

*«Eres la luz de los espíritus, Sophia, antes o después alguien necesitará que ilumines su*

*camino».*

Por aquel entonces no supo de qué le hablaba, para ella solo fueron un puñado de palabras sin sentido, un mensaje inquietante de un espíritu, pero con el tiempo empezó a cobrar sentido. Su abuelo se había encargado de que lo tuviera, que supiera comprender dotándola del conocimiento necesario para ello.

Todo estaba en los cuentos de su infancia, en las historias que se pasaban de forma oral entre los miembros de la tribu y que acababa de comprobar con sus propios ojos lo reales que podían llegar a ser.

Dereck era un *hijo de los espíritus*.

Su otra mitad.

Y ella era *paiute*, lo quisiera o no.

No había salido, ninguna a la que pudiese dar la espalda durante mucho tiempo.

Enterró la cara en el colchón en un intento de ahogar sus propios sollozos.

Dolía. Mucho. Sabía que había sido dura con él, cruel incluso, pero no podía seguir escuchándole, no podía desear abrazarle, sentir sus manos sobre ella alejando ese dolor. ¡Es solo hecho de pensarlo siquiera era una completa locura!

¿Qué sabía de él? ¡Nada! No sabía absolutamente nada, era un completo desconocido, uno al que necesitaba de forma incongruente.

Dereck lo había dicho, no sabía qué hacer con ella y ese era un sentimiento que compartía al cien por cien.

Tenía que marcharse de este lugar, poner tanta distancia con él como fuese posible, quería hacerlo, deseaba con todas sus fuerzas hacerlo, entonces, ¿por qué la sola idea le rompía el corazón?

Se hizo un ovillo y luchó por respirar a través del dolor y la congoja. Si al menos el abuelo Milio estuviese todavía en este mundo para pedirle consejo... Pero él también se había ido dejándole tan solo una estúpida carta que se había negado a ver como algo más que los desvaríos de un enfermo.

Milio siempre había sido dado a hablar con metáforas, le encantaban las fábulas y esa carta parecía más bien una de esas antiguas historias que un relato real.

Un viaje, una llamada de la tierra, un mensaje que llevó a su abuelo a conocer a uno de los espíritus venerados por su pueblo y comprender que estos todavía caminaban en forma de hombre por el mundo.

¿Cómo iba a tomarse aquello en serio?

Él se dirigía al cambiante de su relato como «*tygrain*», describiéndolo como un enorme tigre. Había hablado de sus ojos, de su lado salvaje, el espiritual y el terrenal. Le pidió que creyese, que recordase sus raíces y tuviese paciencia. El destino antes o después llegaría a su

encuentro.

Sacudió la cabeza, las lágrimas la ahogaban.

*Un hijo de los espíritus, su guía.*

Se decía que los *paiute* solo podían encontrarse con su tótem una vez en la vida. La mayoría lo haría en el momento de su muerte, para guiarte al más allá, pero si eras de los afortunados, tendrías la dicha de encontrarte con tu otra mitad en vida y recuperar el trozo de alma que te faltaba, la que permanecía con el *hijo de los espíritus* desde el momento en que tomabas tu primer aliento de vida.

Eran leyendas, historias que daban forma a su cultura y que no dejaban de hacerse realidad ante sus ojos.

¿Cómo podía afectarle tanto un hombre al que ni siquiera conocía?

Era una absoluta locura, un sueño del que no era capaz de despertarse.

Sophia permaneció allí varios minutos, no era capaz de moverse o encontrar las fuerzas para hacer cualquier otra cosa que no fuese llorar. Cerró los ojos deseando poder quedarse dormida de nuevo y que al despertar todo hubiese sido un sueño, pero el golpeteo muy real en la puerta del dormitorio y su posterior apertura se lo impidieron.

—¿Sophia? —Escuchó la voz suave de Lizbeth—. ¿Puedo entrar?

No quería ver a nadie, no podía mantener una conversación coherente ahora mismo. De hecho, no creía que pudiese pronunciar ni dos palabras sin que le temblase la voz. Esperó que su falta de respuesta fuese suficiente disuasión, pero la puerta volvió a cerrarse y la mujer caminó hacia la cama.

—Yo... —continuó la chica, pero sus palabras también perdieron peso—. Entiendo que ahora mismo no quieras hablar, que no desees ver a nadie, que tengas muchas preguntas para las que no encuentras respuestas y... —Hizo una pausa y suspiró—. Y estas tampoco iban a ser sencillas de asimilar...

—Tygrain —la interrumpió musitando aquella palabra sin moverse, dándole todavía la espalda—. ¿Eres... como él?

—Sí. —No hubo vacilación en su voz, ni siquiera reserva, pero sí mucho tacto—. Todos los miembros de esta familia lo somos. Dereck... Él no sabía lo que estaba haciendo. Nunca te haría daño, Sophia, lo juro.

Se encogió un poco más sobre sí misma, incapaz de mirarla, de afrontar algo que ni siquiera sabía si deseaba verlo como una realidad. Y aun así, la necesidad de saber, de comprender qué significaba todo aquello estaba allí.

Preguntas, tenía demasiadas preguntas sin respuesta.

—Mi abuelo... —musitó con la voz entrecortada—. Él lo sabía, ¿verdad? Él... él te rescató... te curó... pero no eras humana...

—Era una niña, estaba... aprendiendo... unos humanos borrachos andaban por la zona y... me dispararon —murmuró ella—. Emilio me salvó la vida. Nos abrió las puertas de su casa a Dereck y a mí sin juzgar, sin pedir explicaciones, sin hacer preguntas... Era la persona más honesta y bondadosa que he conocido.

Sí, ese era su abuelo. Ayudaba a todo aquel que se encontrase en necesidad de asistencia y no juzgaba el modo en que habían llegado hasta él o la forma en la que se encontraban.

—Tu hermano...

—Se ha ido.

Esas tres palabras la dejaron sin respiración.

Ella se lo había pedido, ¿no? Entonces, ¿por qué estaba a punto de hiperventilar?

Cerró los ojos con fuerza y se concentró en respirar.

El colchón se movió entonces y sintió a Lizbeth sentada detrás de ella.

—Está perdido, es posible que tanto o más de lo que lo estás tú ahora mismo —la escuchó hablar—. No sabe cómo gestionar... tu presencia, lo que eres para él...

—No sois humanos...

—Somos humanos, pero también somos mucho más —replicó con sencillez, entonces añadió—. ¿Quieres que te hable de él?

Antes de que encontrase las fuerzas para decir algo, Liz continuó.

—Aunque quizá debería empezar por hablar de nosotros —añadió pensativa—. Sí, empezar la casa por el tejano no es muy útil. Si Jasmine o Mónica estuvieran aquí podrían explicártelo mucho mejor. Ellas son humanas con compañeros *tygrain*, los comienzos no fueron fáciles para ninguna, sobre todo porque ignoraban, al igual que tú, la existencia de nuestra raza, pero... lo que sientes, lo que hace que se te acelere el corazón, aun cuando no sea racional, cuando no tenga explicación plausible, lo que despierta en tu alma cuando encuentras a tu otra mitad, es imposible de negar.

Mientras Sophia se mantenía en silencio, la chica continuó hablando y a través de su voz conoció más sobre ella, sobre los *tygrain* y sobre lo que significaba para ellos encontrar a tu otra mitad cuando ya no esperabas ese milagro.

—Dereck lleva buscándote toda su vida... —concluyó con suavidad—, y aunque no hayas sido consciente de ello, tú también a él.

Con esa última acotación, le dijo que estaría para ella cuando necesitara hablar y abandonó el dormitorio dejándola de nuevo sola con sus pensamientos.

## CAPÍTULO 14

—Supongo entonces que te quedarás unos días más.

Sophia contempló la imagen del hombre que le mostraba la pantalla del teléfono y sintió la inmediata nostalgia que traía consigo su voz. Lonan Smith era el retrato actual de un nativo americano. El hombre era un buen amigo de su abuelo y uno de los rancheros más experimentados que conocía. Gracias a él y a sus otros «tíos» había podido ausentarse de *La Bonita* sin que nada se viniese abajo.

—Al menos hasta finales de semana, tío Lonan —le informó con un suspiro—. Necesito... solucionar unas cuantas cosas por aquí antes de volver a *Spring Creek*.

De regresar a la normalidad, se dijo, pues esa última semana había sido de todo menos normal.

Dereck no había regresado y su ausencia no hacía sino incrementar su sentimiento de culpa. Se marchó por ella, porque le pidió que se mantuviese alejado y el muy imbécil no encontró otra manera mejor de hacerlo que largarse en plena tormenta.

Kynan y Ethan salieron a buscarlo en cuanto amainó, pero regresaron sin él. El *tygrain*, como les había oído llamarle, estaba bien, no había cometido ninguna estupidez y seguía cuerdo.

«Volverá cuando esté preparado para hacerlo». Mencionó Kynan después de que Lizbeth pidiese explicaciones. «Al menos sigue de una pieza y no se ha roto el cuello. Para mí eso es suficiente».

La mirada que le había dedicado el tipo le dejó claro que la consideraba la responsable de aquello, pero no dijo nada al respecto. Fue su hermana, sin embargo, la que se acercó a ella y la abrazó para susurrarle al oído.

«Tú no tienes la culpa».

Y sin embargo seguía sintiéndose culpable, cada día que pasaba sin que el montañero volviese a entrar por la puerta del restaurante era una muesca más en su alma. Pero la culpa no era la única emoción con la que lidiaba últimamente, muchas otras se unieron a esta

convirtiéndola en la persona más bipolar de todos los tiempos; y jamás había sido así.

No se reconocía a sí misma. Tenía unos altibajos que no respondían a algo coherente, por no hablar de la crisis de ansiedad que sufrió la mañana en la que la estación reabrió y el telecabinero volvió a ponerse en funcionamiento.

Estaba decidida a volver a *Whistler*, recoger sus cosas en el hotel, sacar el coche del taller y conducir de regreso a Seattle y de ahí tomar un vuelo a casa, pero ni siquiera pudo abordar la góndola que la bajaría de la montaña.

Se encontró hiperventilado, temblando como una hoja incapaz de dar un solo paso adelante. Lizbeth, quien insistió en acompañarla hasta la parada de recogida, la había abrazado cuando se echó a llorar allí mismo y sin motivo aparente. La amable mujer la llevó entonces de regreso al restaurante y la obligó a sentarse con una taza de chocolate caliente entre las manos.

«*Esto es lo que sucede cuando tu alma le pertenece a un tygrain*».

Tras llegar a la conclusión de que irse en esos momentos no era una opción, Sophia aceptó nuevamente la hospitalidad de la chica y de su familia, quienes no habían dejado de cuidarla durante toda esa semana. Sabía que quedándose se exponía a aquello de lo que intentaba huir, pero una no siempre podía darle la espalda a las cosas que no le gustaban o no comprendía, así que optó por buscar respuestas y adquirir todo el conocimiento posible sobre lo que le ocurría.

Liz le habló de los *tygrain* y su manera de emparejarse. Le explicó como lo veía ella, como miembro de su raza y como había visto que ocurría con sus amigas, las cuales eran humanas.

«*Cada pareja es un mundo, cada vínculo se crea de manera distinta, pero todos tenemos algo en común, cuando encontramos a nuestra otra mitad ya no hay escapatoria*».

Encontró muchos paralelismos con las historias y leyendas que conocía de su juventud, aquellas que hablaban de los *espíritus guía* y como estos formaban un vínculo eterno con los *moapa*. Empezaba a pensar que era probable que sus antepasados hubiesen conocido a esa extraña y mística raza y de algún modo hubiesen terminado formando parte también de su cultura.

Con ese pensamiento en mente, se aventuró a preguntar:

—Tío Lonan, ¿crees que los *hijos de los espíritus* siguen todavía entre nosotros, como algo físico, real y no solo parte de la memoria colectiva de la tribu?

El hombre ni siquiera parpadeó, pero su mirada se hizo más intensa.

—¿Qué es lo que crees tú?

Lo miró y dejó escapar un resoplido. Esa era una respuesta que sin duda habría escuchado de boca del abuelo Milio.

—Creo que mi *tótem* me ha dado una pedrada en la cabeza y me ha puesto en el camino de aquello que debía encontrar —respondió con un susurro—. Y creo que el abuelo lo sabía desde hace mucho tiempo y por eso estoy hoy aquí.

El hombre al otro lado de la pantalla asintió en silencioso acuerdo.

—En ese caso ya tienes la respuesta a tu pregunta —le dijo a continuación.

Sophia compuso una mueca y resopló.

—No sé para qué pregunto, las respuestas que obtengo de vosotros son siempre las mismas.

—Si quieres respuestas distintas, tendrás que empezar a hacer preguntas distintas, *niña luna*.

Escucharle llamarla así le recordó a su abuelo, a su hogar, a todo lo que conocía y de lo que ahora estaba lejos.

—Bien, pues ahí te va una pregunta completamente distinta, ¿cómo van las reparaciones del porche de *La Bonita*? —se interesó. Las obras habían quedado a medio hacer a raíz del fallecimiento de su abuelo. Milio se había empeñado en emplear sus ahorros en reformar algunas partes de la casa y sanear otras durante ese último año, quería que su hogar quedase en las mejores condiciones posibles para que ella no tuviese que preocuparse por posibles goteras o reparaciones en un edificio que había visto ya varias generaciones. No le había servido de nada decirle que ya lo haría ella u ofrecerse a contribuir en las reparaciones, su abuelo, mientras todavía tenía fuerza y voz, impuso su voluntad—. ¿Y mi huerto? ¿Sigue vivo?

Su huerto, un mini jardín en el que había plantado algunas hierbas, hortalizas de temporada y que se convertiría en un milagro si conseguía sobrevivir al paso del invierno.

—No solo sigue vivo, sino que está empezando a dar fruto —le comunicó. Aquella era toda una noticia en sí misma—. El rancho sobrevivirá sin ti unos cuantos días más o incluso un mes...

Parpadeó ante aquella directa forma de decirle «*no me haces falta por aquí*».

—Él ya no está, Sophia, su espíritu cruzó al otro lado y los vivos debemos seguir viviendo. —Sus palabras eran un recordatorio de la filosofía de su tribu, la necesidad de dejar ir a sus muertos y continuar viviendo como homenaje a ellos—. Le has dedicado todo este último año sin un solo minuto de descanso, es hora de que vivas tú, de que le dejes.

Sus palabras trajeron a su mente ese último sueño, ese encuentro en el plano espiritual y los sabios ojos de aquel cuervo.

—Ya me despedí de él —mencionó sabiendo que el nativo entendería a que se refería—. Ha alzado el último vuelo y yo ya he empezado a dar los primeros pasos en mi camino...

Asintió con un profundo gesto y murmuró algo en el dialecto de su tribu, unas palabras que eran algo así como una oración de despedida propia.

Lonan había estado con ella y con el abuelo durante ese último año. Aunque Milio lo había echado unas cuantas veces, preguntándole si no tenía un rancho propio del que ocuparse, el hombre y su esposa, Olivia, solían visitarles a menudo. La abuela Oli, como le gustaba que la

llamara, era una mujer formidable en todos los sentidos y no había hombre indio o blanco capaz de levantarle la voz, no sin recibir un buen coscorrón de su cuchara de madera.

Los miembros de la tribu cuidaban unos de otros, formaban una comunidad en la que nadie estaba nunca solo, pues solo tenía que extender el brazo para encontrar una mano que les sostendría hasta el final.

No veía la hora de volver a casa y dejarse arrastrar a los brazos de la rolliza mujer, por volver a sentir ese amor maternal con el que siempre la trataba; ella era como su segunda madre.

—Volveré pronto —le dijo—. *La Bonita* es mi lugar en el mundo, no me imagino viviendo en ningún otro lugar.

—Pertenece a la tierra, *niña luna*, tu padre y tu abuelo te legaron su herencia. Tus raíces siempre estarán aquí.

Asintió sabiendo que era una verdad innegable, una que ella misma no podía rechazar.

—Dile a la tía Oli que le mando todo mi amor —pidió y agitó la mano a modo de despedida—. Os llamaré cuando regrese *Nevada*.

—Aquí estaremos esperándote.

Con esa última frase, la pantalla se apagó y Sophia dejó escapar un profundo suspiro.

Le dio la espalda al móvil y se acercó a la ventana de su dormitorio, desde la cual tenía una buena vista del paisaje nevado.

—¿Dónde estás? —susurró llevándose la mano al pecho para suavizar el pinchazo que siempre la asataba cuando la preocupación volvía a hacer acto de presencia.

Se obligó a respirar hondo y hacer sus emociones a un lado a fin de no caer de nuevo en esa bipolaridad que la atacaba últimamente. Estaba agotada, el terremoto mental y emocional de esos días la había machacado y la única manera en la que conseguía mantener la mente a raya era mientras ayudaba en el restaurante.

El matrimonio Harrison se había negado en rotundo a que trabajase, pero al final no les quedó otra cosa que permitirle o dejar que siguiese vagando por la casa como alma en pena. Al menos, mientras recogía y limpiaba las mesas, no se comía la cabeza y podía descansar el cerebro. Además, la actividad le venía bien, sobre todo porque era la única manera en que caía rendida sobre la cama y podía dormir unas cuantas horas seguidas sin desvelarse.

Desde que podía recordar jamás había padecido de insomnio, pero estas últimas noches casi podía emular a los búhos.

Abandonó el dormitorio y volvió al piso de abajo. El restaurante volvía a estar en pleno apogeo con la gente que venía a pasar el día a la nieve y los deportistas que cargaban con sus equipos. Si bien entre semana no solía haber tanta afluencia, Lizbeth le había mencionado que los fines de semana aquello era una auténtica locura y que en ocasiones no sabía cómo conseguía darles de comer a todos.

Sophia esquivó a un par de niños que pasaron corriendo por su lado y que no la arrojaron por poco, sonrió ante la inmediata y avergonzada disculpa de sus padres, quienes les lanzaron una colorida amenaza y continuó hacia la barra para recoger su delantal y ponerse manos a la obra. Sin embargo, ni siquiera llegó a ello, pues escuchó una inesperada voz al otro lado del local.

Suponiendo que se había confundido, deslizó la mirada por la sala en busca de la persona a la que pertenecía y comprobó con total asombro que no se había equivocado; el imbécil estaba hablando con Gregory al final de la barra.

—Tiene que ser una broma... —susurró clavando la mirada en el tipo.

No sabía que le resultaba más sorprendente, si el encontrárselo allí o el aspecto de oligarca ruso con el que se había vestido para presentarse en una estación de esquí.

Enrique siempre le había parecido un hombre atractivo, bien parecido y que cabía vestir bien sin llegar a resultar exagerado, pero hoy el abrigo de cachemira, la bufanda alrededor del cuello, los guantes de piel y las lustrosas botas en las que tenía que estar congelándose los pies, parecía ser la excepción a la regla. Lo vio quitarse el gorro de lana e inclinarse hacia delante en un gesto que conocía bien, una sutil forma de intimidación que a veces le daba resultados.

Al verlo allí se dio cuenta de que ya no sentía absolutamente nada por él, ni siquiera irritación.

La mañana en la que le dio pasaporte había estado furiosa y tan bien un poco dolida, enfadada consigo misma por haber estado tan ciega con respecto a ese hombre, pero ahora... Ahora no le importaba lo más mínimo.

—Por si necesitabas otra prueba más de la que te ha caído encima... —murmuró para sí misma un segundo antes de echar a andar hacia ellos.

La manera en que Gregory, el marido de Lizbeth, miraba al tipo le arrancó una sonrisa.

Si pareciese más aburrido de lo que estaba ante la cháchara de aquel individuo, se habría dormido de pie. Ni siquiera se molestaba en responder con otra cosa que no fuesen frases cortas o monosílabos y cuando se acercó lo suficiente para escucharles, entendió el porqué.

—...en el hotel me han informado que mi prometida, Sophia Hart, se está hospedando en este lugar.

*¿Su prometida?* Pero qué cara más dura...

—Lo lamento, caballero, pero solo conozco a una Sophia que responda a esa descripción y se trata de *mi cuñada* —replicó Gregory con notorio aburrimiento—. ¿Es posible que se hayan confundido en el hotel al darle las indicaciones?

—No puede tratarse de la misma persona. —Negó Enrique con un convencimiento que casi la hace reír—. Mi prometida llegó aquí para solucionar unos asuntos legales relacionados con una herencia. Le dijeron que el señor Dereck Ellis vive aquí.

—Dereck, sí. Vive aquí. Aunque esta semana no se encuentra en el complejo, me temo — insistió sin alterar para nada el tono.

—Esto es ridículo... —resopló su ex, su rostro empezando a cubrirse de ese rojo que solía indicar que empezaba a irritarse. La verdad es que era un hombre que sabía cómo controlarse, no estallaba por cualquier cosa, de hecho, era bastante calculador, algo de lo que se había venido a dar cuenta demasiado tarde—. Mire, solo quiero asegurarme que mi mujer se encuentra bien. Llevo sin poder localizarla desde hace casi una semana, estoy preocupado por ella y si no me dice algo que sea de utilidad, está bien... Haré la oportuna denuncia ante la policía y...

—Primero que nada, *no* soy tu mujer y *jamás* he sido tu prometida. —Sophia eligió ese momento para intervenir. No iba a permitirle a ese bueno para nada que amenazase a un hombre decente como Gregory—. Y segundo, creí haberte dejado claro en nuestra última conversación telefónica que me encontraba perfectamente bien y no tenía el menor interés en volver a saber de ti, así que... ¿Cómo debo llamar a esto? ¿Acoso?

El momento en que su mirada cayó sobre ella y vio ese brillo de satisfacción supo que estaba a punto de presenciar una actuación estelar de ese hombre. Había venido aquí con un plan, pero sí de ella dependía, iba a irse con el rabo entre las piernas...

—Sophia, gracias a dios... —Su rostro se volvió de repente una máscara de profundo alivio, como si acabase de descubrir que estaba viva—. Me has tenido preocupadísimo. No podía contactarte de ninguna manera, llegué a pensar que te había ocurrido alguna cosa o que quizá se debía a la mala cobertura de la zona, así que preferí venir a buscarte...

Ella enarcó una ceja ante semejante despliegue.

—¿No te quedó claro lo que te dije que has venido a escucharlo de nuevo en persona? — sugirió con tono suave. No tenía la menor intención de levantar la voz y hacer de ese encuentro un espectáculo, cosa que sin duda le favorecería a él. Sophia le dio entonces la espalda y miró a Gregory, quién parecía casi divertido—. Gracias. Ya me ocupo yo.

—Si me necesitas, no tienes más que decirlo.

Asintió ante el murmullo del hombre y solo entonces se volvió hacia Enrique, cuya expresión ahora poseía cierta especulación.

—Sophia, no puedes esperar que me tome en serio algo dicho en un momento de irritación y menos aún por teléfono... —respondió entonces en el mismo tono de voz bajo que ella, intentando mantener aquella conversación lo más privada posible. Miró a su alrededor y señaló una mesa vacía al fondo de la sala—. ¿Por qué no nos sentamos y hablamos tranquilamente sobre esto?

—No hay nada de lo que hablar, te dije exactamente lo que quería decir, así que, haznos un favor a los dos y asúmelo —replicó sin moverse un centímetro del lugar—. Entre tú y yo ya no hay ni volverá a haber nunca nada.

—Sophia, no puedes tirar por la borda una relación de años... —le dijo y la sorprendió al cogerla del brazo. Sus dedos se cerraron en torno a su antebrazo de manera poco halagüeña—. Vuelve a casa conmigo y arreglemos las cosas. Démonos otra oportunidad...

—Suéltame... —pidió con absoluta frialdad. Ese imbécil acaba de cruzar una línea que no debería de haber pisado siquiera.

Él aflojó el agarre sobre su brazo, pero no la dejó ir, aunque optó por cambiar el tono de su voz aportándole ahora un tono comprensivo.

—Cariño, soy consciente de que la partida de Emilio te ha afectado mucho, ya no eres la misma —aseguró y mira por dónde, por una vez no se equivocaba—. Sé que me has necesitado y no he sabido estar a la altura. Lo sé y lo lamento. Te prometo que a partir de ahora todo será distinto, te ayudaré a recuperar el rancho y...

—No necesito que me ayudes a recuperar lo que ya es mío —respondió ella con la misma frialdad que había empleado y dio un tirón hasta librarse por completo de él—. No te necesitaba antes y dios sabe que no te necesito ahora. Escúchame atentamente para variar y grábate las palabras que voy a decirte, esta será la última vez que lo haga. Ya no formas parte de mi vida, no quiero que lo hagas. No eres el hombre que creí que eras y por suerte me di cuenta a tiempo, me desencanté a tiempo. —Fue dura y directa—. Ya no existe un nosotros y no existirá jamás, Enrique. Hemos terminado. No hay vuelta atrás, no para mí. Lo siento si eso hiere tu orgullo, pero no eres la persona adecuada para mí.

Su rostro perdió esa expresión comprensiva, la careta se le cayó para dar paso a su verdadera faz, una que hablaba de irritación, de alguien a quien no le sentaba bien perder y el cual no tenía problemas en hacer daño con sus palabras a fin de ponerse por encima de los demás.

La mirada soslayada que le lanzó a Gregory antes de clavar los ojos sobre ella y soltarle aquello, lo dejó más que claro.

—Te lo estás tirando, ¿es eso? —El sarcasmo goteaba de su voz—. Siempre has tenido cierta... inclinación hacia lo rústico...

Se lo quedó mirando unos segundos y acto seguido puso los ojos en blanco.

—De verdad. Cuando pienso que un hombre no puede ser más imbécil, viene alguien y se corona —chasqueó—. Eres patético, Enrique, verdaderamente patético.

El rictus en sus labios y la manera en que tensó la mandíbula era una advertencia en sí misma. Esta era la clase de hombre que no soportaba que una mujer lo dejara, no quería tal estigma en su ego.

—Te tenía por una mujer inteligente, Sophia, a pesar de todo, pensé que con el tiempo serías capaz de ver dónde estaba lo que más te convenía —le dijo ahora él con ese tono de superioridad que a duras penas podía ocultar—. Olvidé que las de tu clase no dudan en

prostituirse para obtener lo que desean y está claro que hay tipos a los que no les importa quedarse con las sobras...

Sus palabras fueron como un bofetón, pero no permitió que la afectasen, nada que saliese de la boca de ese mequetrefe tenía ya valor para ella.

—Si ya has terminado, te sugiero que te vayas por donde has venido antes de que pierdas los dientes —le dijo con engañosa dulzura—. Adiós, Enrique.

La forma en la que la recorrió con la mirada la repelió.

—Debí darme cuenta desde el principio que no valías la pena —murmuró y acabó mirándola a los ojos al concluir—. No importa cuán adorable sea la envoltura, una *india* siempre será una *india*...

Pronunció aquella palabra con tal desprecio que durante una milésima de segundo, Sophia no vio a Enrique, sino a un «blanco» de otra época, uno de los muchos que habían vilipendiado y masacrado a su pueblo y al de tantas otras tribus. Fue algo instantáneo, una certeza absoluta que venía de lo más profundo de sí misma, de su propia alma y que le mostró las raíces de ese hombre.

—Y un cerdo, siempre será un cerdo —respondió sin pensárselo dos veces.

No solo no le molestó, sino que lo vio sonreír de pura satisfacción. Sabía que sus palabras la habían afectado, pero por algún motivo la sonrisa que le curvaba los labios empezó a morir poco a poco. Sus ojos se abrieron ligeramente mientras levantaba la mirada y la dirigía más allá de ella.

Sophia no tuvo que girarse para ver qué era lo que le había quitado la sonrisa, ni lo estaba haciendo palidecer. Su cuerpo lo supo al instante, la piel empezó a cosquillearle y el corazón se lanzó a una apresurada carrera mientras su presencia se hacía cada vez más y más palpable hasta que lo sintió de pie a su espalda.

Unas manos fuertes y estables se posaron con suavidad sobre sus hombros, un ligero apretón acompañó al gesto y a la advertencia que escuchó en la voz del *tygrain*.

—Ya has oído a mi compañera, vete por dónde has venido antes de que pierdas los dientes... —le dijo Dereck en un tono que no dejaba lugar a equivocaciones—, y algún que otro miembro más.

Esas enormes manos resbalaron entonces de sus hombros y el montañero la rodeó, interponiéndose entre ella y el imbécil.

—Considérate afortunado de que ella no te quiera ni de felpudo, de lo contrario... bueno, comprobarías de primera mano lo que ocurre cuando te metes en territorio ajeno —concluyó la montaña masculina que tenía ante ella—. Sal de mi territorio, humano, antes de que me replantee el haberte dejado escapar.

Ella no llegó a ver el horror y el miedo visceral que apareció en los ojos de Enrique al

mirar al hombre que tenía delante, uno cuyos ojos no eran humanos. Ni tampoco la manera tan torpe en la que arrancó a correr, solo alcanzó a verlo tropezar con sus propios pies y llevarse por delante a unos cuantos clientes en su premura por escapar de la «muerte» que le había mirado a los ojos. Con todo, perdió todo interés en él en el momento en que el montañero se giró por completo y sus ojos se encontraron por primera vez después de varios días.

Su rostro era sereno, sus ojos verdes limpios e inteligentes y una pequeña sonrisa tiraba de la comisura de sus labios mientras deslizaba la mirada sobre ella un par de veces antes de clavarla en la suya.

—Hola, Sophia —la saludó y su sonrisa se hizo un poco más evidente al añadir—. Sigues aquí.

—No pude marcharme. —Las palabras salieron de su boca en apenas un hilo de voz. Su forma de mirarla era tan intensa que se le curvaron hasta los dedos de los pies.

—Lo sé —respondió con suavidad al tiempo que levantaba una mano y cogía un mechón de pelo suelto que no dudó en llevarse a la nariz—. Lo sé muy bien. —Dejó escapar las hebras entre sus dedos al tiempo que se inclinaba sobre ella, lo justo para que notara el aroma salvaje y picante de la montaña en su piel—. Y por eso mismo tenemos que hablar.

Sí, tenían que hacerlo, comprendió, pues tal y como le había dicho Lizbeth, ya no había vuelta atrás.

—Hablemos.

Los ojos verdes del *tygrain* refulgieron y durante un momento creyó ver en ellos un alma distinta a la del hombre que estaba frente a ella, una mucho más salvaje y visceral que le provocó un cosquilleo en el estómago.

Era él, su tótem y acababa de dejar ante ella al hombre al que había estado buscando toda su vida.

## CAPÍTULO 15

—Ya era hora.

Dereck apartó la mirada de su compañera para dirigirla hacia su cuñado, quién no dudó en recorrerlo al mismo tiempo.

«*Tienes buen aspecto*».

«*Gracias por cuidarla*». Le dijo a través del vínculo familiar que poseían.

«*Ahora te toca hacerlo a ti*». Replicó Gregory y vio como los labios se le curvaban con humor. «*Un minuto más tarde y ella solita le habría arrancado hasta los intestinos*».

«¿Por qué crees que ha salido andando del restaurante?». Bufó irónico, entonces respondió a la primera pregunta hecha en voz alta.

—¿Me extrañabas?

—No especialmente, pero Sophia sí —afirmó Greg señalando a su compañera, quién se tensó un segundo después—. Ya estás pidiendo perdón de rodillas y haciendo penitencia, hermanito.

—Yo no... —empezó la chica, pero su voz se diluyó en cuanto posó de nuevo los ojos sobre ella. Le llevó un segundo reponerse y hablar con mayor seguridad—. Todo el mundo se preocupó ante tu imprevista... desaparición.

¿Desaparición? Más bien había huido con el rabo entre las patas, pensó irónico y avergonzado al mismo tiempo de tener que admitirlo. Había cedido a la necesidad de escapar porque era incapaz de quedarse a su lado sin necesitarla, sin desearla de manera febril. Había huido solo porque ella le había proporcionado la excusa perfecta para ceder al miedo y darle la espalda.

Una decisión que había pagado con creces esa última semana, pero que también le permitió llegar a un conocimiento mucho más profundo sobre sí mismo y el creciente vínculo que lo conectaba a su compañera humana.

Estar en su forma felina le permitió dejar a un lado sus pensamientos humanos y de ese modo aplacar también el ansia febril de su tigre. Pasarse los días trotando por la montaña, cazando o simplemente echándose una larga siesta lo había atemperado lo suficiente como para permitirse volver a tomar el control sobre sí mismo.

Si bien no hubo un solo momento en el que no fuese consciente de ella, de la hembra que

le esperaba en la montaña. Sabía que ella seguía cerca incluso antes de que los chicos se lo hubiesen comunicado, era como si ya formase parte de su alma y no había un minuto en el que no pensase en Sophia, en el que no la desease como hombre y como *tygrain*. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por equilibrar sus dos naturalezas y hacerlas compartir una misma visión y plan de acción, el único plan de futuro existente para ellos.

Durante esos solitarios días, los últimos momentos que había pasado en presencia de la chica se colaban incluso en su mente felina, recordaba su llanto, sus palabras y terminó viendo similitudes, comprendiendo que al igual que él, ella también estaba perdida y deseaba huir de lo que a duras penas comprendía. Pero su compañera tenía motivos más que suficientes para querer y poder hacerlo, ella era ignorante de su raza, de sus costumbres o de lo que una unión así podía traer consigo. Dereck, por otra parte, sabía que antes o después, si el destino así lo quería, obtendría lo que siempre había estado buscando; su otra mitad.

El miedo y las desbordantes emociones lo habían hecho precipitarse, actuar sin pensar, dejándose llevar por el instinto y bueno, el resultado no era precisamente el deseado. No, la única manera en que esto iba a funcionar, en la que ambos pudiesen tener un futuro en común era llegar a un punto intermedio, uno en que encontrarse y desde el cual poder empezar a conocerse el uno al otro.

—Perdón por preocuparte.

—No es a mí a quién tienes que pedir perdón... —farfulló esquivando ahora su mirada—. Y no vuelvas a cometer semejante imprudencia. Salir en plena tormenta, ¿a quién se le ocurre?

—Obviamente a mí —admitió con voz suave y cedió a la tentación de deslizar un dedo debajo de su barbilla para atraer de nuevo su mirada—. No volveré a hacerlo —le dijo y acto seguido añadió en un tono más bajo, solo para ella—, y sobre todo, no volveré a dejarte a ti atrás.

Vio como acusaba sus palabras, sus ojos se abrieron un poco más y la tensión que la envolvía cedió después de eso.

—Bien —murmuró como toda respuesta, al tiempo que apartaba el rostro para librarse de su dedo.

Dereck contuvo una sonrisa y disfrutó de la calidez que lo recorría tras su contacto, se giró de nuevo hacia Gregory, quién a duras penas conseguía ocultar una divertida sonrisa y anunció en voz alta.

—Me la llevo —le informó y acto seguido la cogió de la mano, pillándola una vez más por sorpresa cuando tiró hacia él, haciendo que sus cuerpos se encontraran. Se conformó con envolver los dedos en torno a los suyos aunque deseaba con cada fibra de su ser abrazarla, pero no iba a precipitarse otra vez. Incluso así de cerca su aroma le acariciaba la nariz y despertaba a su felino, quién ronroneó de satisfacción—. Por dios, que bien hueles...

Sophia levantó la cabeza y se encontró con esa bonita mirada de color marrón clavada en

él. Había miles de preguntas en esos ojos, pero sus labios no parecían atreverse todavía a formularlas. Le sostuvo la mirada y tan solo unos segundos después notó como su cuerpo se relajaba próximo al suyo y ella respiraba hondo, como si hubiese estado conteniendo el aliento.

—Me debes unas cuantas respuestas... —mencionó la chica entonces.

Asintió conforme con sus palabras.

—Te debo mucho más que eso —admitió apretándole los dedos—. ¿Me acompañas arriba? Me gustaría poder hablar contigo a solas...

No tuvo que pedirselo una segunda vez o rogarle que le diese una oportunidad para explicarse, su compañera afirmó con la cabeza y le acompañó al piso de arriba. Un rato después ambos estaban en el punto de partida, en el lugar en el que la había besado por primera vez; un momento que atesoraba como el más especial.

Sophia rechazó sentarse y se acercó a una de las ventanas. La luz del día le otorgó un tono dorado a su claro pelo castaño y le acarició la piel realzando su blancura frente al leve rosa que teñía sus mejillas. Era una criatura adorable, preciosa a su juicio y que parecía haber pasado una semana igual de turbulenta que la suya. Las sombras que había bajo sus ojos evidenciaban la falta de sueño, la carencia de descanso y estaba claro que la inesperada e indeseada visita con la que se había encontrado en el restaurante la había agotado incluso más.

Tendría que haberlo hecho pedacitos, pensó.

El humano apestaba a colonia y cinismo, su gato lo caló con tan solo olfatearlo. Su postura era la de alguien acostumbrado a salirse con la suya, a que las cosas se hicieran a su manera y estaba claro que la chica no comulgaba con esa forma de actuar. Le habría gustado intervenir mucho antes, desde el momento en que sintió como su compañera se irritaba ante su sola presencia, pero la mujer se estaba manejando bien sola y verla devolverle los golpes verbales a esa babosa le estaba gustando demasiado como para intervenir.

Entonces ese imbécil la había insultado y todos sus instintos felinos despertaron mezclándose con la parte emocional y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no saltarle al cuello allí mismo. El tipo sabía que no conseguiría nada de ella, así que había ido a hacer daño, a apuñalarla dónde más le doliese como si de ese modo pudiese salvar su propio orgullo.

Señor, tendría que haberlo seguido y darle una paliza por molestar a su compañera.

—¿Piensas decir algo o vas a seguir mirándome en silencio todo el rato? —El comentario llegó junto con una breve mirada soslayada.

—Estaba pensando en lo que te dijo ese capullo, en la manera en que te afectó... —admitió con suavidad—, y en lo mucho que eso nos une también.

Ahora se giró por completo hacia él, una pregunta silenciosa bailando en sus ojos.

—¿Unirnos?

—Quién y qué somos no lo marca un tono de piel, el aspecto que tengamos o la etnia o

raza a la que pertenecemos, sino lo que hay debajo de todo eso —resumió con sencillez—. Yo soy *tygrain*, soy tanto humano como felino. Visto dos pieles, sí, pero es parte de lo que soy, de *quién* soy. Tú eres parte occidental y parte *paiute*, la sangre que corre por tus venas y te conecta con tus raíces es un regalo, lo que te hace ser *quién* eres.

Sophia dejó su lugar en la ventana y caminó hacia él, pero se detuvo al llegar a la silla que estaba frente al escritorio, como si necesitara mantener una barrera entre ellos.

—No me avergüenzo de mis orígenes, por el contrario, me siento orgullosa de formar parte de un pueblo como el *paiute*, pero es difícil encajar cuando no eres como los demás... —Se encogió de hombros y continuó—. Sobre todo cuando pareces una cosa y descubren que también eres otra. A veces las personas más críticas son las de tu propio entorno, las más racistas aquellas que piden respeto por su color de piel o la etnia a la que pertenecen. El mundo no es perfecto, ni todos los malos son tan malos ni los buenos tan buenos.

—Acabas de describir a la humanidad, cariño, así como a cualquier otra raza que viva en este planeta —aseguró con rotundidad—. Si poniéndole la pierna encima a alguien consiguen aquello que desean, lo harán sin dudar.

Abrió la boca como si quisiera apuntar algo, pero acto seguido la cerró, sacudió la cabeza y resopló.

—Tienes toda la razón —admitió finalmente y dejó escapar un resoplido antes de añadir—. A ese imbécil nunca le ha gustado perder, ni tampoco que lo dejen en evidencia. No está acostumbrado a que una mujer le pegue la patada, por eso no aceptó lo que le dije por teléfono y vino hasta aquí. Ese inútil solo buscaba vengarse, pero entonces llegaste tú... y le cortaste la inspiración de golpe. —Entrecerró los ojos y lo miró fijamente—. ¿Qué hiciste? Su rostro mudó como si hubiese visto... al mismísimo diablo.

—Soy un gatito inocente... —le dijo levantando ambas manos y compuso una expresión del todo angelical—. No le he puesto un solo dedo encima.

—Dereck, casi se mea en los pantalones —apuntó ella.

—¿De verdad?

—Salió corriendo como si... —Detuvo sus palabras y levantó un poco la barbilla, sus ojos brillaban como si acabase de encontrar la respuesta—. ¿Qué fue lo que vio?

—Algo que le ha asustado lo bastante como para que no vuelva a poner un pie en mi montaña —declaró con sencillez.

—No sé si quiero seguir preguntando... —mencionó ella sin dejar de mirarle.

—Habría sido un poco más chocante que lo persiguiese con mi traje de rayas, ¿no te parece?

Ella parpadeó un par de veces e hizo una mueca.

—Chocante y aterrador —admitió y no se le escapó el escalofrío que la recorrió.

—¿Me tienes miedo, Sophia? ¿Esa parte de mí te da miedo?

Los ojos marrones se encontraron una vez más con los suyos y pareció pensarse la respuesta.

—No lo sé —respondió y supo que estaba siendo sincera, no olía la mentira en ella—. Quiero decir, ¿quién no va a tenerle... respeto a un tigre de doscientos kilos? Sobre todo cuando dicho felino salta encima de la cama como si fuese un puñetero gato doméstico.

—Sí, bueno, perdón por eso.

—¡Me diste un susto de muerte!

—Perdón.

—¿Y qué demonios hacías tirado al lado de la cama como una alfombra? —Señaló alterándose un poco ante el solo recuerdo—. ¡Te pisé!

—Quería estar cerca de ti —admitió y acto seguido añadió—. Sé que no es una excusa. Tienes toda la razón en acusarme y enfadarte conmigo. Lo hice todo jodidamente mal desde el primer momento en que te vi. Lo siento, Sophia, solo puedo pedirte disculpas por ello y...

—No quiero una disculpa, Dereck, quiero una jodida solución —atajó ella rodeando ahora la silla para detenerse delante de él—. Quiero volver a ser yo y no una... desquiciada con trastorno de bipolaridad.

—No eres una desquiciada...

—No dirías lo mismo si supieras la mierda de semana que he tenido... —replicó y entonces allí estaba, clavándole un dedo en el pecho—. No sé cómo hacer frente a todo esto. Cada vez que intento pensar en ello, me da vueltas la cabeza. He pasado de querer estrangularte y hacerme una jodida alfombra con tu piel a echarme a llorar sin motivo aparente, a sufrir una jodida crisis de ansiedad porque te habías ido. ¿Por qué demonios lo hiciste? No eras tú el que debía irse, era yo... ¡Y ni eso he podido hacer! —Cambió el dedo y le dio un golpe en el pecho—. Tú no estabas y eso... eso me estaba enloqueciendo y ahora... Ahora no sé qué hacer.

No lo pensó, la envolvió entre sus brazos, pegándola a su pecho y bajó la cabeza hasta enterrarla contra su cuello.

—Haz algo, maldita sea —la escuchó farfullar contra su piel—. Devuélveme la cordura que me quitaste.

—Mejorará, Sophia, te prometo que todo mejorará —le susurró y se permitió acariciarle el cuello con la nariz e inundarse los pulmones con su aroma—. Haré las cosas bien, no te dejaré sola otra vez, no huiré de lo que eres para mí y estaré aquí para ti. —Se separó de ella lo justo para poder tomarle el rostro entre las manos y obligarla así a mirarle—. Nunca quise que las cosas entre nosotros empezasen de esta manera, así que, te pido que me des una oportunidad para comenzar de nuevo y esta vez hacer las cosas bien.

Ni siquiera se dio cuenta de que ella estaba llorando hasta que notó las lágrimas mojándole

los dedos. Le limpió el rostro con algo de torpeza y se obligó a soltarla, a pesar de que en el momento en que perdió el calor de su cuerpo quiso abrazarla otra vez. La apartó lo suficiente para poder ofrecerle su mano al tiempo que le decía:

—Hola, soy Dereck Ellis y el destino me ha elegido como tu compañero *tygrain*. No te haces una idea del tiempo que llevo esperándote. Sé que todavía no me conoces, que apenas sabes de mí, pero si me lo permites... te pediré que me des la oportunidad de enseñarte quién soy y de conocerte a ti en el proceso.

Sophia bajó la mirada a la mano entre ellos, la escuchó tomar aire y luego soltarlo antes de que sus dedos se colaran entre los suyos.

—Deberías haber comenzado por aquí la vez anterior, Dereck Ellis —musitó ella sorbiendo la nariz—. Y por favor, a partir de ahora avísame cuando decidas sacar a pasear a tu gato, es solo para prevenir posibles futuros ataques cardíacos.

—¿Siempre eres tan exagerada?

—¿Te has mirado a un espejo cuando tienes rayas? —resopló ella.

Dereck se echó a reír, ciñó su mano y se la llevó a los labios.

—La verdad es que no soy nada narcisista —le dijo mientras le rozaba los dedos con un lento y sensual beso—. Solo me miro al espejo cuando me toca afeitarme, que por cierto, ya va siendo hora, ¿no?

Su compañera ladeó la cabeza mientras lo miraba.

—No tienes... digamos la barba de alguien que ha estado fuera una semana.

—Eso es porque estuve en mi forma felina la mayor parte del tiempo —admitió pensando en que básicamente no había vuelto a recuperar su figura humana hasta volver al complejo—. Y solo para que quede claro entre nosotros. No eres la culpable de que huyera, no me marché porque me lo pidieras, lo hice porque necesitaba... respuestas, porque estaba tan fuera de control que no sabía que hacer, ni cómo comportarme. Necesitaba volver a encontrarme a mí mismo, recuperar un poco de la cordura que también se esfumó de mi mente y la única manera de hacerlo era estando lejos de ti. —Tiró de ella una vez más hacia su pecho, con la única intención de tenerla cerca, de sentirla contra él—. Pero ya no más. Este es el lugar en el que debo estar, tú eres la mujer a la que he estado buscando toda la vida y ahora solo quiero tener la oportunidad de conocerte, de descubrir quién eres... —Le acarició un lado del rostro con los nudillos de su mano libre—, y por encima de todo, que me dejes besarte otra vez.

El silencio cayó entonces entre ellos, pero no era algo denso e incómodo, sino un momento de entendimiento, de pensamientos y toma de decisiones.

—Hola, me llamo Sophia. Mi color favorito es el verde, me encanta la primavera, prefiero un poco de calor antes que congelarme el culo, pero le estoy cogiendo el gusto a la nieve. No supe que te estaba buscando hasta que te encontré, no comprendí que eras para mí hasta que tu

gato me llamó. Hay muchas cosas que todavía no entiendo, a las que todavía no me acostumbro, así que ten un poco de paciencia conmigo. Y... me encantaría que me besaras otra vez.

—Bienvenida a mi vida, Sophia —le dijo rozándole la mejilla con el pulgar—. Bienvenida, *compañera*.

Dereck sintió que algo nacía entre ellos en ese momento, que se volvía más palpable, más sólido y comprendió que se trababa de su vínculo. Sonrió y bajó sobre su boca, apropiándose de sus labios y disfrutando una vez más de la dulzura que encontró en su pareja.

## CAPÍTULO 16

*Una semana después...*

Ese hombre tenía el mejor culo que había visto en su vida y el hecho de que lo estuviese mirando solo ponía de manifiesto lo mucho que le afectaba su presencia.

Dereck estaba resultando todo un descubrimiento. No muy a menudo se encontraba con alguien sincero, directo, que ponía sobre la mesa todo lo que le preocupaba y le permitía ser partícipe de ello, de cómo funcionaba su mente. Estaba empezando a conocerle y no solo ese lado humano con el que convivía, sino también esa naturaleza salvaje y felina que veía asomar de vez en cuando a sus ojos. Había algo en el *tygrain* que la atraía como las abejas a la miel, que despertaba en ella todo tipo de emociones, algunas de ellas difíciles de asumir.

Tomándose al pie de la letra su advertencia en cuanto a rondarla en su forma peluda, Dereck solía avisarla ya fuese de su presencia en esa encarnación o de la de alguno de sus compañeros, si es que estos andaban por la zona. Si bien no era habitual ver un enorme tigre de bengala paseándose por la planta superior, en las raras ocasiones que eso sucedía no podía evitar que su cerebro entrase en modo «caos» y le costase asumir que estaba delante de una bestia que no se la comería como aperitivo.

Y esa rareza había ocurrido ya dos veces en esa última semana, tres en realidad, si contaba la excursión a la que la había arrastrado su compañero y en la que asistió a la sesión de juegos más absurda y al mismo tiempo encantadora de todos los tiempos. Ver a un enorme tigre saltar y jugar como si se tratara de un niño pequeño en la nieve, hundiéndose en aquel espesor, para salir de nuevo con el pelaje salpicado de nieve y volver a hundirse de nuevo, la dejó con la boca abierta y con una inexplicable calidez en el pecho.

Su gato era una enorme mole de pelo denso y cálido al tacto, capaz de ronronear como un minino doméstico, lo que lo hacía todo más incongruente. Tener a un animal de más de doscientos cincuenta kilos envolviéndose alrededor de ella la primera vez casi le provoca un paro cardíaco. La segunda, sin embargo, trajo consigo una alegría infantil que no había sentido desde que era una niña y que la llevó a echarse a reír mientras cedía a la curiosidad y resbalaba las manos sobre esa manta de pelo.

No se lo había dicho, pues la avergonzaba sobremanera, pero había sido una de las experiencias más bonitas de su vida.

Y no sería la única. Pasar tiempo con él, acompañarle en las excursiones que solía guiar le había permitido conocer también otra parte de él. En esos momentos ella solo era otra turista más descubriendo los secretos de la montaña de manos de un guía experto. Se encontró con alguien educado y paciente, cuidadoso con la gente mayor, cercano con los niños, pero sobre todo muy consciente de todo lo que lo rodeaba. Su trabajo no solo consistía en guiar a las personas por la montaña, sino encargarse de su seguridad e incluso disuadir a aquellos cabezas huecas que venían con una idea muy distinta de la realidad. A la hora de mantener la orden y seguridad en el grupo no se andaba con tontería.

Sophia había visto como se ganaba a sus clientes, cómo charlaba con ellos animadamente, respondiendo a sus preguntas, convirtiéndose en un miembro más del grupo. Nunca tenía una mala cara, ni una mala respuesta y ni parecía cansarse de responder a la misma pregunta varias veces.

Y también había sido muy consciente de sus miradas, de la manera en la que a veces le tendía la mano o la avisaba con solo un gesto de que no se quedase atrás. Solía estar cerca de ella y la incluía en las conversaciones a fin de que pudiese interactuar con los demás.

Miradas cómplices, sonrisas sugerentes, en un par de esas excursiones pareció hacerse

demasiado evidente lo que había entre ellos, pues empezaron a llover preguntas un tanto personales a las que su compañero respondió con su habitual franqueza.

«Sí, es mi pareja».

Su pareja. En circunstancias normales habría tenido algo que decir al respecto, pero dado lo que estaba surgiendo entre ellos, la extraña conexión que mantenían y que parecía crecer con cada día que pasaba, no solo no le molestaba sino que la hacía sentirse al fin como parte de alguien y no solo una etiqueta que decía «novia».

Sabía que no podía comparar una relación de varios años con lo que ahora tenía con Dereck, con lo que estaban empezando a construir, pero era imposible no hacerlo. La preocupación y el respeto que el *tygrain* le profesaba, su manera de escucharla, de compartir cosas y el hecho de que no quisiera imponerle su voluntad era algo que, ahora se daba cuenta, no había tenido en su anterior relación.

Una vez más se preguntó a sí misma como podía haber estado tan ciega, como había podido conformarse con tan poco.

¿Comodidad? ¿Necesidad de compañía? ¿Un poco de ambas?

Empezaba a pensar que había decidido conformarse con lo que tenía, que ser realista era lo mejor que podía hacer, pues cada vez que se había atrevido a soñar algo en su vida había visto como terminaban arrebatándoselo.

Pero ese montañero estaba cambiando todo eso, estaba haciendo que volviese a soñar, a pensar en cómo sería su vida si fuese un poco más atrevida, menos conformista, si se arriesgara a desear y a hacer realidad esos deseos. Él estaría allí para ayudarla, para sostenerla, se lo había dicho con todas las letras y esa seguridad aumentaba la suya.

El destino los había puesto al uno en el camino del otro por una razón; encontrarse.

Se obligó a dejar de soñar despierta y volver a la realidad cuando los vasos que traía sobre la bandeja empezaron a tintinear entre sí; estaba a punto de dejarlos caer al suelo. Con rapidez dejó la cristalería que había recogido de las mesas que había estado limpiando sobre la barra y suspiró aliviada al ver que no repetía el desastre del fin de semana.

Era un milagro que Lizbeth y Greg la hubiesen dejado volver al restaurante después de aquel desastre.

Miró a Dereck, quién seguía moviéndose detrás de la barra, reponiendo las consumiciones de las neveras y se mordió el labio mientras disfrutaba de esos sensuales movimientos. Hoy ambos habían coincidido en el restaurante, él dentro de la barra y ella por fuera. No era algo tan inusual, como pudo comprobar en los pasados días, cuando había una gran afluencia de gente, los tres solteros de la montaña, como les llamaba Liz, venían a echar una mano tras terminar con sus respectivas tareas. Y desde el viernes hasta última hora del domingo, su presencia había sido más que necesaria.

Esos días la estación se convirtió en un verdadero hormiguero, apenas podía dar un paso sin tropezar con alguien, sin que la empujasen y para alguien que disfrutaba más bien poco de las aglomeraciones, había sido todo un reto. Al principio pensó que quedarse en el restaurante sería más llevadero, eso fue hasta que las mesas se llenaron, empezaron a crearse colas y las prisas e inmediatez que exigía la gente se confabularon en su contra.

Bandejas por el suelo, vasos y platos rotos, botellas que rodaban lejos... Había estado a punto de empezar a hiperventilar cuando notó unas manos apartándola de los cristales y sacándola de ese tumulto.

«Respira».

Todavía recordaba la voz de Dereck procurándole calma, sus manos frotándole la espalda y atrayéndola después a sus brazos cuando el estrés la venció y aparecieron las primeras lágrimas. La sacó de allí y la llevó al piso de arriba, instalándola delante de la chimenea con una taza de té entre las manos. Había querido quedarse, de hecho, discutieron por eso, lo que sin duda también contribuyó a que ella misma se repusiera con mayor rapidez y pudiese convencerle de que volviese a dónde realmente le necesitaban.

Al término de la jornada Lizbeth no paró de pedirle perdón por no haberse dado cuenta de que estaba sobrepasada. La chica se había disculpado una y mil veces por algo de lo que ni siquiera tenía la culpa, al parecer ninguno se esperaba semejante afluencia de gente ese fin de semana. Sí, solían estar ocupados en ese rango de la semana, pero ni de lejos como lo habían estado esos días.

La hermana de Dereck se estaba haciendo un hueco rápidamente en su corazón. Ella y toda la familia, en realidad. Sophia no se había sentido tan bienvenida en un lugar, no desde que su abuelo la llevó a *La Bonita*.

Lizbeth y ella habían convertido en costumbre el reunirse en el salón, la habitación favorita de la mujer, después del cierre. Se ponían una copa de vino y charlaban de todo. Gracias a la *tygrain* comprendía mucho mejor un mundo que le era ajeno, así como al hombre que se había convertido en su pareja, en su otra mitad, su *espíritu guía y compañero tygrain*. A través de ella y sus recuerdos conoció también a otro Dereck, al joven que se hizo cargo de una hermana pequeña cuando sus padres fallecieron, el hombre que protegía a su familia por encima de todo, familia a la que ahora ella también pertenecía.

Liz hablaba sin tapujos, no tenía problema en decirle las cosas sin paños calientes, pero cuando se trataba de ahondar en el tema de los emparejamientos de su raza, la invitaba a preguntárselo directamente a su pareja.

«No hay un manual para las relaciones entre compañeros, cielo, todos aprendemos sobre la marcha». Le había dicho en una ocasión en respuesta a su pregunta. «De todos modos, hay preguntas a las que solo puede responder tu pareja, así que, pregúntaselo a él».

Lo había hecho y en sus respuestas encontró también una gran diferencia con su anterior relación. Dereck no tenía problema en responder a cualquiera de sus preguntas, no las esquivaba si no le gustaban o si no conocía la respuesta. Con ese hombre era capaz de hablar, de discutir, de mantener un debate y defender sus opiniones frente a las de él sin sentirse menospreciada por ello. Oh, no siempre estaban de acuerdo, de hecho habían chocado como trenes de mercancías un par de veces, pero disfrutó igualmente con sus diferencias y el respeto que ambos compartían por las opiniones del otro.

Ladeó la cabeza y continuó observándole mientras se incorporaba, cambiando de posición y ofreciéndole de ese modo unas vistas magníficas de semejante monumento.

—Le sientan bien esos vaqueros, ¿verdad?

Sophia dio un respingo y se encontró con la divertida sonrisa de su amiga. Estaba tan sumida en sus propios pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de que había salido de dentro de la barra.

—No pongas esa cara de culpable... —le susurró risueña—. Yo hago lo mismo con mi marido cada vez que tengo la oportunidad. Somos dos mujeres muy afortunadas por contar con alguien así en nuestras vidas.

Sí, suponía que lo eran, pensó y no pudo evitar sonrojarse al recordar el glorioso momento que había quedado grabado en su cerebro; el de Dereck completamente desnudo.

Tenía que admitir que aquel era un recuerdo que la perturbaba y excitaba al mismo tiempo. Por un lado se había llevado un susto de muerte cuando esa bestia peluda se había subido a su cama, solo para luego desvanecerse y que en su lugar apareciese un muy desnudo Dereck en su lugar. En aquellos instantes había estado demasiado aturdida como para apreciar algo que no fuese el hecho de acabar de ver como un enorme tigre se convertía en un hombre, aunque había podido echarle un buen vistazo a ese hombre... y el solo recuerdo hacía que se le secase la boca.

¿A quién pretendía engañar? Dereck Ellis tenía un buen polvo.

Y no le importaría lo más mínimo descubrirlo por sí misma.

—Si fuese tú, ya hace días que le habría pegado un mordisco a ese culo —le susurró su amiga al oído.

Ganas no le faltaban, admitió para sí, como tampoco parecían faltarle a él.

El deseo estaba allí, presente en cada momento que estaban cerca el uno del otro, pero a pesar de que era evidente que existía atracción entre ambos, que se gustaban, pues así lo decían los besos que habían compartido, también mantenían cierta distancia.

Sophia nunca había sido recatada con el sexo, pero tenía que reconocer para sí misma que ningún hombre la hacía sentirse tan caliente como él. Nunca se consideró una mujer lujuriosa, al menos hasta que él se cruzó en su camino y empezó a verle como algo más que un posible polvo. Quería más, mucho más con él y eso también la asustaba en cierto modo, la hacía sentirse más

vulnerable que nunca, sobre todo después de que ambos hablaran sobre el desarrollo del vínculo que crecía entre ambos.

*«Eres mi pareja, mi otra mitad, desearte forma parte de la ecuación. Tu aroma es... como un catalizador, hace que te reconozca y desde ese momento solo puedo pensar en ti de una manera que... No es fácil conocerse cuando todo en lo que puedes pensar es en conocer cada centímetro del cuerpo de tu compañera, a que sabe su piel y... Bueno. No es sencillo y las cosas se irán poniendo más intensas a medida que pasen los días».*

Dereck le explicó lo que significaba para los *tygrain* el emparejarse, cómo se intensificaban las emociones, cómo llegaba el deseo y se incrementaba con el paso del tiempo, la urgencia de estar cerca el uno del otro y sobre todo la necesidad vital para su raza de reclamar a su pareja de una manera sexual, cruda y definitiva.

*«Es puro instinto, una necesidad de reclamar lo que te pertenece, lo que deseas más que nada en el mundo, lo que morirías por proteger. Es una manera de gritarle al mundo entero es mi mujer y nadie más tiene derecho sobre ella».*

Lo que podría parecer un acto machista y primitivo cambiaba por completo al escucharlo en su tono de voz. Anhelo y esperanza, eso era lo que él había proyectado al hablarle sin tapujos de lo que sentía, de cómo vivía cada momento de lo que para su raza era un momento sagrado.

*«Como tygrain, encontrar a tu otra mitad es saber que no estarás solo nunca más, que lo que has buscado durante tanto tiempo al fin está contigo».* Le había dicho. *«Mi gente se empareja de por vida. Solo hay una o uno para nosotros y será así hasta el final».*

¿Quién no querría algo semejante? ¿Quién no querría ser querida, deseada y valorada de esa manera? ¿Quién no querría pertenecer a alguien, sentir que formas parte de algo, que encajas con esa persona?

Sophia lo quería, cada día que pasaba junto a ese *tygrain*, con cada nueva cosa que descubría de él, quería formar parte de eso y al mismo tiempo ese intenso y rabioso deseo la hacía preguntarse si no era una locura entregarse a alguien que prácticamente no conoces, que no has tenido tiempo para ver cómo es en realidad.

Dereck le estaba dando ese tiempo a costa de sí mismo, le estaba ofreciendo la oportunidad de ver quién era y había muy poco que no le gustase o con lo que no comulgase en ese hombre.

Como si supiese que estaba pensando en él, lo vio dejar el paño con el que estaba limpiando las botellas a un lado y volverse hacia ella. Fue tan solo una mirada de soslayo, pero había tal ardor en esos ojos verdes que sintió que se derretía por dentro.

Su cuerpo reaccionó al momento, notó los pechos pesados, los pezones duros contra el sujetador y su sexo se humedeció con tal rapidez que se obligó a apretar los muslos.

—De verdad, no sé cómo sois capaces de aguantar tanto... —El comentario de Lizbeth hizo que se le encendieran las mejillas y apartase la mirada al instante para clavarla en la bandeja

sobre la barra—. Si él es lo que más quieres, Sophi, no esperes más. —Susurró su amiga inclinándose sobre ella. Sus ojos se encontraron y la vio asentir—. Tendrás toda la vida para seguir conociendo a mi hermano, pero lo que ya sabes ahora de él, eso no cambiará.

Con esa última apreciación, le guiñó el ojo y se alejó hacia el lado de la barra en la que él seguía mirándola.

—Der, ¿cierras tú? —pidió al tiempo que se apoyaba en la superficie de madera—. Greg y yo nos vamos a *Whistler*. Una peli, cena romántica... Ya sabes.

Él deslizó entonces la mirada sobre su hermana.

—¿Quieres las llaves de mi casa? —respondió el montañero visiblemente divertido. Sin duda sabía algo que Sophia desconocía.

—Ya hemos reservado una noche de hotel —canturreó la chica y al fin todo quedó claro—. Así que no nos verás el pelo hasta mañana. Di gracias, Dereck.

—Gracias, hermanita, siempre es un placer perderte de vista —replicó él con cierto sarcasmo, entonces deslizó la mirada sobre ella—. No lo hacen tanto como me gustaría, pero cuando la parejita se va de fiesta, significa que es noche de chicos...

Sophia parpadeó un par de veces ante esa información que tampoco tenía el menor sentido para ella.

—Pero mira que eres burro... —Escuchó sisear a Lizbeth quien sacudió al mismo tiempo la cabeza—. Lo que este idiota intenta decir es que Kynan y Ethan tampoco van a estar en casa, de hecho, lo más probable es que se vayan también de juerga, así que tendréis la casa para los dos solos. Pasadlo bien.

Y sin una palabra más, la tigresa giró sobre sus pies y se fue canturreando.

—Y eso era lo que estaba a punto de explicarte antes de que me llamase *burro* —mencionó él visiblemente ofendido—. De verdad, cría tigresas para esto.

Sophia se echó a reír, no pudo evitarlo, cuando se ponía en ese plan era realmente mono.

—Ah, ahora te ríes —se llevó las manos a las caderas en un gesto del todo exagerado—. Qué bonito, señorita, qué bonito.

Sabía que le estaba tomando el pelo, podía ver la risa en sus propios ojos, así que no se sintió mal por reírse de él.

—Perdón —musitó entre risitas—. Es solo que... eres muy mono... cuando te pones en ese plan.

—¿*Mono*? *Cariño*, eso es ofensivo —declaró con un resoplido—. ¿*Sexy*? Me vale. ¿*Apetitoso*? Mejor aún, pero *mono*...

—¿Para qué quieres que te diga algo que ya sabes? —le dijo al tiempo que caminaba hacia él por fuera de la barra—. Cualquier mujer con ojos en la cara lo vería...

—No me importa lo que vean otras mujeres, Sophia, me importa lo que ves tú —aseguró

posando las manos en la lisa superficie.

—Te veo a ti. —Y era verdad. Veía la persona que había conocido esos días, el hombre amable, paciente y tierno, el montañero sexy y salvaje cuya alma felina se reflejaba ahora en sus ojos, veía a alguien que le gustaba, alguien de quién podía enamorarse muy fácilmente, de quién quizá, estúpidamente, ya estuviese enamorada, el *tygrain* al que pertenecía y había estado esperando toda su vida sin saberlo—. Hombre y felino, unas veces encantador y otras un poquito arrogante, enorme como una montaña y muy sexy...

—Ten cuidado, *tigresa*, ten cuidado... —Su voz sonó un poco más ronca y el brillo en sus ojos se hizo más intenso, más salvaje.

—No quiero tener cuidado, Dereck —admitió en un susurro, sus ojos prisioneros de los de él—. Ya no.

—Sophia... —La manera en que pronunció su nombre la derritió—. Tengo que cerrar el maldito restaurante, ten piedad.

Su quejido fue tan inesperado como adorable, sonrió con suavidad y posó las manos sobre las que él mantenía apoyadas en la barra.

—Tú cierra el restaurante y yo me encargo de la cena, ¿hay trato?

Se la quedó mirando unos segundos y entonces suspiró.

—Eres mi perdición... —musitó al tiempo que se libraba de sus manos y acto seguido le acunaba el rostro—, pero también eres el regalo más precioso que me ha traído la vida. Tú le das sentido a todo, Sophia, tú se lo das.

Un segundo después su boca reclamaba la suya en un beso que no era sino una promesa de todo lo que estaba por venir.

## CAPÍTULO 17

Dereck estaba descubriendo poco a poco lo fascinante que podía llegar a ser una mujer como la suya. Sophia era mucho más de lo que se veía a simple vista, debajo de ese exterior confiado y decidido, detrás de la seguridad y la ironía que imprimía en sus palabras existía una chica dulce, sensible y más solitaria de lo que podía llegar a imaginarse.

La había escuchado hablar de su infancia, del asesinato de sus padres, del momento en que su vida cambió por completo. Pasó de vivir en la ciudad, rodeada de gente, a hacerlo en un rancho en el centro de una pequeña comunidad. La gente con la que tenía relación eran contemporáneos de Emilio y miembros de la tribu *paiute* que se había asentado en *Spring Creek*, un mundo bastante distinto para una niña que hasta ese momento había sido criada como occidental. A juzgar por los recuerdos que compartió con él sobre su tiempo en el rancho, su época como estudiante y luego su marcha a la universidad, así como la ausencia de mención a posibles amigos, creía hacerse una idea de cómo había sido su vida hasta este momento.

Sophia no mencionó a nadie especial, no le habló de amigas, como tantas veces había oído mencionar a Lizbeth, ni de confidentes, de hecho solo hizo alusión al «imbécil» y a gente de la comunidad en la que había crecido; una bastante envejecida, si se guiaba por la manera en que hablaba sobre sus tíos y tías.

Su compañera había estado sola la mayor parte de su vida y eso sin duda dejaba una marca en el alma y una intensa hambre de afecto.

En algunos aspectos pudo verse reflejado él mismo, incluso ver a su hermana en ella. Siempre receloso, siempre pendiente de las personas que amaba y escogiendo con mucho cuidado a las personas en las que depositar su confianza. Aunque en su caso, su comportamiento venía justificado por su naturaleza; la de un macho *tygrain*. El hecho de que además su naturaleza felina fuese dominante y no seguidora, lo obligaba a dejar la manada y buscar su propio territorio. Y las montañas de *Whistler* le habían ofrecido ese lugar, proporcionándole la calma que necesitaba su felino y el liderazgo innato que demandaba la sangre en sus venas. Aquí arriba había conseguido volver a ser él mismo, abrirse a los demás y fortalecer no solo los lazos con su hermana y su compañero, sino también con los dos *tygrain* que se unieron después a su

pequeña familia.

Y eso era lo que estaba viendo ahora en Sophia, la necesidad de ser ella misma, de salir de detrás de los muros con los que había edificado sus defensas y abrirse al mundo y a él. Desde el momento en que aceptó la unión existente entre ambos y el vínculo que con cada día que pasaba se hacía un poco más presente, tanto él como los suyos estaban descubriendo a una humana distinta a la que llegó, alguien que encajaba a la perfección en la familia.

Dereck tenía la impresión de que la chica también se estaba dando cuenta por sí misma que la vida que había llevado hasta el momento, el tipo de relación que había mantenido con ese humano no tenía nada que ver con la que ahora mantenía con él. La manera en que a veces le miraba, la sorpresa que cruzaba por sus ojos y que intentaba disimular ante alguna inesperada respuesta o conversación la delataban. Era como si no esperase esa reacción de su parte, como si hasta ese momento sus ideas no hubiesen sido bien recibidas, sus opiniones no tenidas en cuenta y el verse ahora escuchada y valorada supusiera un cambio importante y también novedoso. Intuía que la chica estaba encontrándose de nuevo a sí misma, permitiéndose avanzar y para él era un alivio y un orgullo al mismo tiempo poder presenciarlo.

No dejaba de sorprenderle cómo le había cambiado la vida en tan solo un puñado de días y ella era la única responsable. Empezaba a darse cuenta de que la humana que se había presentado en la montaña preguntando por él no solo era su compañera de vida, sino que se estaba convirtiendo en una buena amiga, alguien capaz de escucharle, con quien compartir inquietudes que nunca dejó que salieran a la luz. Le había dicho cosas que ni siquiera sabía su hermana, disfrutaba de su compañía ya fuese compartiendo una conversación al calor del fuego, haciéndole compañía mientras leía un libro o veían una película. Ella estaba llenando un vacío en su interior que no sabía ni que existía y por encima de todo, también despertaba emociones intensas en él, así como un hambre que no hacía más que escalar posiciones con cada segundo que pasaba a su lado.

La deseaba con fervor, su aroma se había convertido en algo parecido a un afrodisíaco y cada vez le resultaba más difícil guardarse las manos para sí mismo. La tensión sexual existente entre ambos era cada vez más cruda, con solo mirarla a los ojos podía ver en ellos el hambre y el deseo, uno que había olido de forma inequívoca en su mujer. Los dos se habían metido en un juego de provocación y retirada que había llegado ya demasiado lejos, tanto que su compañera había dado el primer paso para ponerle remedio.

*«No quiero tener cuidado, Dereck. Ya no».*

Se tomó su tiempo en cerrar el restaurante, pues necesitaba esos momentos para sí mismo, para recuperar el equilibrio y no dar un bonito espectáculo de *tygrain* en celo. Estaba tan desesperado por poseerla, por reclamarla como solo un macho de su clase podía hacer, que sabía que no llegarían a sentarse a la mesa a menos que se calmase un poco.

Tras asegurarse de que todo estaba como debía, regresó a casa, al piso de arriba. Mientras subía las escaleras anotó mentalmente el hacerle un regalo a su hermanita por haber ideado una inesperada y oportuna salida nocturna con su marido. Intuía que Gregory y los chicos estaban detrás de ello, pues no había notado su presencia en la casa desde hacía ya unas cuantas horas, lo cual tampoco era una novedad. Dada la cantidad de veces y la manera en la que los había amenazado últimamente, habrían tenido suficiente de él y de su territorialidad para lo que les quedaba de vida.

Todo eso quedaría atrás en cuanto Sophia fuese completamente suya, a partir de ese momento los machos solteros de la casa no serían una potencial amenaza para su tigre y volvería a ser el de siempre.

Gruñó al pensar en cualquier macho soltero cerca de su mujer, incluso la sola hipótesis hacía que le doliesen los caninos.

«Mía».

Sus pensamientos volvían a confundirse con los de su gato, una señal inequívoca que se le había acabado el tiempo de gracia concedido tras esa semana en la montaña.

Con eso en mente entró en el área que pertenecía a la familia, pero no era allí dónde captó el aroma de su compañera, sino en su propia ala de la planta superior.

—Chica lista... —ronroneó para sí.

No le sorprendió encontrársela en su oficina, pues el lugar parecía haberse convertido en el refugio de ambos cuando querían hablar o compartir algo de tiempo a solas.

Dereck se quedó en el umbral admirando su figura mientras se movía sobre su escritorio, el cual había despejado para poner la cena. Había un par de bandejas con unos bocadillos fríos y algo de queso y jamón, sin duda Lizbeth los había dejado listos antes de marcharse, así como una botella de vino y dos copas que esperaban ser llenadas en algún momento.

Había algo muy sexy en ella, en su forma de moverse, pero también un inesperado nerviosismo que hizo que su gato levantara las orejas. Pero fue su aroma el que lo golpeó con fuerza, una sutil mezcla de su propio perfume y excitación femenina que lo noqueó al momento.

No sabía si había hecho algún sonido al respecto, pero en ese momento esa apetitosa y dulce presa se volvió en su dirección y esos ojos marrones se encontraron con los suyos.

—Liz dejó la cena lista en la nevera —mencionó ella señalando con un gesto la mesa—. Nos dejó una nota pegada a la botella de vino...

Asintió ante su palabrería, pero no estaba escuchando ni una sola palabra, pensó mientras deslizaba la mirada sobre la hembra que tenía delante.

—¿Quieres vino? —Aquellas dos palabras se filtraron en su mente al tiempo que la veía coger la botella y una de las copas y empezar a verter el líquido.

—Prefiero empezar por el postre... —declaró abandonando el umbral para caminar hacia

ella. El cambio en su respiración, unido a ese punto de picante excitación de su cuerpo lo sacudió como una descarga eléctrica—, es lo más delicioso que veo ahora mismo en esta habitación.

Ella acusó sus palabras con un ligero estremecimiento, pero el creciente deseo en sus ojos y la intensidad que cobró su aroma femenino fue suficiente respuesta para él.

—Eres todo lo que deseo, Sophia, todo lo que quiero en estos momentos —admitió deteniéndose delante de ella.

Esos bonitos labios se separaron y se quedó hipnotizado viendo la punta de su lengua emergiendo entre ellos para mojárselos.

—¿Y la cena?

—La cena que espere... —replicó con voz grave.

—¿Sexo ahora y cena después? —sugirió ella y escuchar el deseo en su voz fue su perdición.

—Definitivamente sexo ahora —confirmó lamiéndose sus propios labios mientras la devoraba con la mirada—, y ya veremos cuando le toca a la cena.

Ella se rio. Fue un sonido suave y tan sensual que quiso escucharlo otra vez.

—Me gusta como piensas, Dereck —afirmó con una invitadora sonrisa.

—A mí también, compañera, a mí también.

Un latido después estaba sobre Sophia, reclamando su boca y disfrutando del sabor dulce y aterciopelado de la mujer.

No había nada más perfecto que ella, que ese cuerpo menudo encajado en el de él. Su aroma era embriagador al igual que su sabor. Tenerla tan cerca, sentirla suya era como un sueño hecho realidad, uno de que no quería que lo despertaran jamás.

Pero esto no era un sueño, era realidad y la hembra que tenía entre los brazos era toda suya, la única que podía aplacar el fuego que corría por sus venas.

Devoró su boca con hambre, se bebió cada uno de sus gemidos y deslizó las manos a placer sobre ella, moldeándola, aprendiéndose cada curva que tocaba, cada hueco y depresión. Era toda una experiencia memorizar su cuerpo de esa manera, aunque estaba seguro de que disfrutaría aún más si fuese piel desnuda lo que tocasen sus dedos.

Abandonó su boca tan solo para resbalar los labios por su cuello, se bebió su aroma y disfrutó del sabor de su piel, uno que se convertiría en su favorito, así como del cuerpo femenino rozándose contra él.

Había demasiada ropa entre ellos, muchas capas interponiéndose entre su deseo y la lujuria que no hacía más que crecer. Señor, quería arrancarle la ropa, liberarla de esas ajustadas mallas y enterrarse en ella hasta las pelotas.

Y su gato quería exactamente lo mismo.

Se obligó a respirar a través de la febril necesidad que tenía de ella, a buscar las palabras

correctas y acabó por gruñirle al oído.

—Te deseo... demasiado... —pronunció con voz ronca, más felina que humana—, solo quiero arrancarte la ropa y follarte como un loco.

Ella gimió en respuesta y él olió el deseo y la humedad que empapaban su sexo. Estaba excitada, caliente y la sangre de sus venas se licuó en respuesta.

—Te necesito, Sophia, te necesito tanto como respirar —confesó y por dios, en ese maldito momento, ella era lo único que le permitía hacerlo.

—Estoy aquí, me tienes al alcance de la mano... —le dijo ella y esos ojos marrones no dudaron en encontrarse con los suyos—. No te reprimas... —Sus labios hinchados por la fuerza de sus besos, se separaron en un gemido—. Yo también te necesito, Dereck... te necesito ya.

Una suave súplica escapando de su boca, una concesión que eliminó sus últimas reservas y le dio carta blanca a la salvaje necesidad que habitaba en él.

Se libró de su ropa en tiempo récord y la ayudó a deshacerse también de la suya. Pronto no quedó otra cosa que piel contra piel. Estaban febriles, entregados por completo a la rabiosa necesidad. Las manos se perdían sobre los cuerpos, las caricias no eran suficientes, los besos no hacían sino acicatear el hambre, una que lo llevó a empujar a su compañera contra la estantería, abrirse paso entre sus piernas e introducirse en su húmedo sexo uniéndoles por fin.

Dereck jadeó al estar dentro de ella, al sentir las paredes del caliente coño aprisionando su polla. El corazón le iba a mil, amenazaba con salirse del pecho en cualquier momento, tanto así que podía escuchar su latido rugiéndole en los oídos mezclados con los jadeos y gemidos de su compañera. Sophia le había clavado las uñas en la espalda, aferrándose a él como una gata hambrienta y rodeándole la cadera con ambas piernas.

—Cristo, *Sophi*... —jadeó contra su oído—. Dime que... estás bien... —Incluso su voz sonaba distinta, salvaje, su gato tan cerca de la superficie que podía sentirlo fundido en su propia piel—. ¿Sophia? —La última brizna de su cordura intentaba preocuparse por ella, por no hacer algo irreparable.

—Si no... te mueves... ahora mismo... —le jadeó al oído—, me hago... un abrigo... contigo.

Se le escapó una carcajada matizada con la sombra de un gruñido. La voz femenina era rasgada, sensual y cargada de tanto erotismo que diluyó esa última brizna de raciocinio de su mente y se entregó al desenfreno que ambos necesitaban.

Apuntalando la parte superior del cuerpo femenino contra el mueble, resbaló las manos a sus caderas y salió de ella solo para volver a introducirse con una larga y lenta estocada. Necesitaba sentirla a cada paso, convencerse a sí mismo que era suya, que lo que tanto deseaba al fin estaba en torno a él. Sus gemidos acompañaron cada movimiento creando una caliente y erótica melodía que ejerció como combustible sobre su lujuria y desató la bestia que habitaba

bajo su piel. No había forma de evitarlo, habían tensado demasiado el hilo, cada fibra de su ser necesitaba desesperadamente unirse a su otra mitad, su felino quería reclamar a la mujer ahora mismo, marcarla como suya, atarles a ambos a la hembra que encajaba con ellos como el más exacto de los puzzles así que soltó las riendas y se dejó llevar.

La poseyó sin reservas, reclamándola en cada empuje, gruñendo como un animal cuando ella gemía de placer. La reclamó en cuerpo y alma hasta el punto de que sintió que ambos se fundían en uno solo, que ya no existían por separado, sino como una unidad.

Un inesperado estallido de caliente dolor le atravesó la boca, los caninos se le alargaron, el hambre lo aguijoneó y una demoledora necesidad de dominar a su presa emergió a la superficie y antes de poder hilar un pensamiento coherente, la mordió. Hundió los dientes en la depresión que unía el cuello al hombro, apenas escuchó el grito ahogado femenino en respuesta, pues todo en lo que podía pensar era en follarla, en marcarla como suya.

«Mía».

Empujó en ella con desesperación, poseyéndola con una necesidad primitiva, sujetándola entre sus brazos y contra el mueble. Ya no sabía si eran sus pensamientos o los de su gato los que daban vueltas en su cabeza, pero tampoco le importaba, pues ambos deseaban lo mismo.

«Mía».

Su mente se fundió con la de su felino y un segundo después ambos compartían los mismos pensamientos, la misma mirada, el mismo latido y la misma pasión.

«¡Mía!».

Una única voz matizada por sus dos naturalezas convertidas en una sola, una declaración que lo bañó de pura alegría y calmó al mismo tiempo su alma felina dotándoles a ambos de un propósito y de paz.

«Mía, eres mía, compañera, ahora y para siempre».

Gruñó de puro placer mientras los colmillos se retraían en su boca y pasaba la lengua sobre el brutal mordisco del cual escapaba un hilo de sangre. El sabor metalizado le acarició la lengua provocándole una punzada en lo más profundo de su alma.

—Mía, *Sophi*, mía —repitió ahora con su propia voz antes de buscar su boca, beberse sus gemidos y tragarse el grito de liberación que emergió de su garganta mientras el cuerpo femenino se estremecía entre sus brazos. Su sexo lo ciñó, pulsando alrededor de su polla, bañándola con la humedad del orgasmo mientras seguía empujando, buscando su propia liberación.

Se enterró en ella una última vez y rugió su propio placer en la boca femenina mientras se derramaba en su interior. Se quedó allí, pegado a ella, su polla todavía alojada en su interior mientras intentaba recuperar el aire y encontrar las fuerzas necesarias para moverse sin que ambos terminaran en el suelo.

Sophia temblaba abrazada a él, luchando también por respirar. Las piernas que tenía

enlazadas a su cintura empezaron a aflojarse y no le quedó otro remedio que dejarla ir, pero pronto se dio cuenta de que ella no estaba en muchas mejores condiciones que él después de semejante carrera.

Aprovechando los últimos rescoldos de la adrenalina que le corría por las venas, se las ingenió para levantarla en brazos y trasladarlos a ambos a una de las butacas. Toda la necesidad febril, la desesperación y las ansias incontrolables que lo habían estado consumiendo los últimos días desaparecieron por completo. Ahora había una calma inusual, una sensación de paz y pertenencia que llevaba esperando sentir toda una vida y que le daba sentido a todo. El deseo seguía allí, vivo y caliente, pero al mismo tiempo manejable, lo cual era un alivio después de la vorágine en la que se había visto envuelto y a la que arrastró a su pareja.

—Mi dulce y lujuriosa tigresa... —murmuró bajando la mirada sobre el cuerpo femenino que descansaba sobre el suyo, uno al que no le había prestado la debida atención, comprendió al ver toda aquella piel desnuda y las curvas que le daban forma—. Mía.

La besó en los labios, una caricia fugaz que trajo consigo de vuelta esos intensos y bonitos ojos marrones que conectaron al momento con los suyos. Fue un momento íntimo y único, como si los viese de nuevo por primera vez, entonces los hinchados labios se separaron llamando su atención.

—Gato... malo —musitó ella con la voz rasgada a causa de los gritos de placer que no había dejado de emitir—. Eso ha sido... Tú eres... Malo... muy malo... y caliente.

Dereck enarcó una ceja ante lo que no entendía muy bien si era un halago o una queja.

—¿*Sophi*? —pronunció su nombre y ella sonrió.

—Me gustan... los *gatos malos* —suspiró ella—. Fue... perfecto.

Se rio, no pudo evitarlo, entonces bajó sobre su boca y la besó con suavidad y languidez antes de retirarse de nuevo.

—Tú eres perfecta —musitó y ahora sí se dio el lujo de admirar todo lo que tenía a la vista.

Su mujer era una delicia para la vista y los sentidos. Tenía unos pechos llenos y grandes a los que no les había dedicado la atención que merecían, por no hablar de los duros pezones que parecían estar rogando por su lengua. Siguió bajando y se encontró con un vientre ligeramente redondo, unas caderas generosas y... Oh, sí. Ese dulce y recortado nido de rizos castaños, casi rubios, que asomaban entre la uve de sus muslos y que escondían su parte favorita.

Su polla despertó ante el escrutinio que estaba haciendo, engrosó acicateada por el deseo, por el hambre que volvía a despertar ante todas las posibilidades que se le pasaron por la cabeza al ver el patio de juegos que tenía ante él.

Se relamió pensando en por dónde podía empezar, en cómo iba a disfrutar de su sabor y sus gemidos.

—*Sophi*... —Usó de nuevo el diminutivo que con tanta facilidad salía de su boca y que

encajaba a la perfección con esa dulce tigresa.

—¿Um? —Ella ni siquiera se molestó en abrir los ojos.

—Creo que ahora quiero el plato principal —ronroneó mientras resbalaba los nudillos sobre uno de esos provocadores pezones—. No. No lo creo. Quiero el plato principal.

—Oh, dios mío —gimió ella y la fingida consternación, unido al deseo que olió en ella lo hicieron reír.

—Con Dereck es más que suficiente, cariño —le aseguró.

Acto seguido la movió en su regazo de modo que pudiese hacer lo que estaba deseando, bajar la boca sobre uno de sus pechos y chupar ese pezón.

—¡Dereck!

Escucharla gritar su nombre mientras se arqueaba hacia él fue música para sus oídos, una que se empeñó en escuchar una y otra vez durante las próximas horas.

## CAPÍTULO 18

Paz. Si había una palabra que podía describir como se sentía en aquellos momentos, era paz.

Sophia sonrió y mantuvo los ojos cerrados disfrutando de aquel momento de calma e intimidad después de una noche de excesos. La respiración de Dereck era serena, su corazón latía tranquilo bajo su oído, lo que le decía que seguía dormido.

Después de una interesante y absolutamente enloquecedora sesión de sexo en la oficina del *tygrain*, la había llevado en brazos a la cama dónde se permitieron explorarse el uno al otro con mayor tranquilidad.

Señor, no pensaba ponerle una sola pega a nada de lo que había pasado, ese hombre era un amante excepcional y la había hecho enloquecer de deseo.

Sensual, lujurioso, dominante y también tierno y juguetón si así lo decidía, era el combo perfecto. La había follado con su polla, con sus dedos y con su boca hasta hacerla perder el sentido y había despertado en ella un hambre y una lujuria que ahora la hacía sonrojarse.

Había tenido su duro miembro en la boca, entre sus pechos, lo había acogido en su coño hasta que acabó pidiendo piedad y lo mejor de todo es que disfrutó de cada maravilloso minuto sin sentirse avergonzada o cohibida. Con él resultaba natural, como debía ser, como siempre debió haber sido.

Dereck la había hecho sentirse protegida, deseada y querida, alguien valioso por encima de todo, incluso de sí mismo. Y «sentir» había sido la clave aquí, porque casi era como si pudiese estar en sus pensamientos, percibir cada pensamiento, cada emoción que él experimentaba y que encajaba con las suyas.

Ese hombre llevaba días metiéndose bajo su piel, pero anoche... anoche todo encajó en su lugar.

La bipolaridad que había padecido últimamente, la vorágine de emociones incontroladas y los pensamientos de todo tipo parecían haberse esfumado o aplacado, era como si de repente le hubiesen echado un cubo de agua helada por encima y todo se hubiese enfriado. O casi todo. El deseo por él seguía siendo intenso, su necesidad de tenerle cerca igual de imperiosa, pero al menos ahora podía pensar y analizar las cosas con cierta tranquilidad.

Pero el cambio más notable de todos era que ahora era suya en cuerpo y alma, lo sabía, lo

sentía en lo más profundo de sí misma y más que asustarla, que sería lo lógico, la hacía sentirse bien, en el lugar correcto.

*Mía.*

Lo había dicho una y otra vez durante la pasada noche y con cada nueva declaración se sentía más unida a él, más... enamorada de él.

Se encogió e hizo una mueca al notar el tirón en el hombro. Casi agradecía ese recordatorio, pues así evitaba que pensara en lo que acababa de cruzarle la mente.

¿Enamorada? ¿De él? ¿Era posible?

Sacudió la cabeza mentalmente y se llevó los dedos a la tierna herida que tenía próxima al hombro.

Él la había mordido, la había reclamado de manera oficial como su pareja, como su compañera *tygrain*.

*El círculo está completo.*

Sí. Es como tenía que ser, cómo estaba escrito en las estrellas que sucediera. Él era su otra mitad, el hombre a quién había pertenecido desde su nacimiento, el hijo de los espíritus al que su pueblo decía solo unos pocos elegidos tenían la suerte de encontrar en vida.

*Su tygrain.*

Cerró los ojos y dejó que su mente volase, que llevase sus pensamientos más allá de lo conocido, dónde solo los espíritus podrían escucharlos.

*Lo encontré, abuelo, mi corazón late por una sola persona, la única que quiero a mi lado para toda la eternidad.*

No supo si aquel lejano sonido fue producto de su imaginación o de su deseo de que él la escuchase, pero durante un breve instante escuchó la risa de su abuelo, algo que la hizo sonreír y pensar que esta vez aprobaba su elección.

Suspiró y deslizó la mano sobre el ancho pecho de su compañero, era todo un lujo poder disfrutar del tacto de esa piel desnuda, del picante aroma a bosque y a hombre, así como del calor de los brazos que la envolvían, manteniéndola incluso durante el sueño pegada a él.

*«No has tenido suficiente, gatita».*

La voz de Dereck se filtró en su mente como una caricia, se incorporó y lo miró, pues estaba segura de que no había sonado como siempre.

Los ojos verdes se abrieron en ese momento, su mirada somnolienta.

—Buenos días, *Sophi* —murmuró y en su voz escuchó también un suave ronroneo—. ¿Todavía con hambre?

No tuvo tiempo a replicar o preguntarle, pues su lengua le atravesó los labios y se encontró con la propia en un lánguido y sensual beso.

*«Por dios, que bien sabes».*

De nuevo fue como una cálida y sensual caricia, una que sintió de manera física aunque no con sus manos, ni tampoco escuchó con su voz. Sophia rompió el beso y lo miró.

—¿Qué has...? —preguntó y acto seguido frunció el ceño—. ¿Me has hablado?

Él enarcó una ceja, entonces entrecerró los ojos sobre ella y le escuchó una vez más.

«*Puedes oír mi voz, Sophi*».

Abrió los ojos como platos y clavó la mirada en sus labios, los cuales no se habían movido un ápice. Se incorporó de golpe, apoyándose ahora sobre las rodillas mientras lo miraba.

—Sí... —murmuró en respuesta a lo que había escuchado en su mente—. Yo... sí, pero... No has dicho nada. No has movido los labios y...

Su amante sonrió y acabó por llevarse un brazo detrás de la cabeza para poderse cómodo e incorporarse un poco.

—Es por nuestro vínculo —le dijo como si aquello fuese lo más normal del mundo—. Cuando un *tygrain* reclama a su pareja suele compartir también algunas aptitudes con ella... Esta forma de comunicación es una de ellas...

«*Puedo hablarte a través de nuestro vínculo de pareja y tú puedes hacer lo mismo conmigo*».

Se sobresaltó al escucharlo de nuevo en su cabeza. Era algo muy íntimo, su voz poseía muchos más matices.

—¿Yo puedo hacer... eso?

—Solo piensa en lo que quieres decirme y envía ese pensamiento a través de nuestro vínculo —afirmó y añadió—. Siente el hilo que nos une, busca el hilo que sale de ti hacia mí y transmítele tus palabras.

—Hilo... Un hilo... —A pesar de lo extraño que resultaba lo que le decía, sabía a qué estaba haciendo referencia, pues lo sentía en ella, como si hubiese algo anclándolos juntos—. Es ese calor... ese camino...

—Síguelo —le indicó y ella lo hizo—, y proyecta lo que quieras decir.

«*Eres... un gato... muy mono*».

—¿*Un gato muy mono*? ¿En serio?

Sophia se lo quedó mirando un instante, entonces se echó a reír al ver la expresión de pura ofensa en su rostro.

—¿Me has oído? Jo, que fuerte.

Ahora fue Dereck el que rio en respuesta, entonces la cogió de la mano y tiró de ella de nuevo a su pecho.

—Buen trabajo, tigresa. —La besó en los labios y acto seguido la miró—. ¿Cómo te sientes? —preguntó mirándola con cierta intensidad, como si buscase algo en su mirada—. ¿Tienes molestias? Siento que te debo una disculpa, anoche yo...

Le cubrió los labios con los dedos.

—Anoche fue como debió ser —le aseguró sincera—. No cambiaré ni un solo instante de todo aquello, no contigo.

Los ojos verdes de su amante brillaron y asintió.

—A partir de ahora todo será más fácil. Seguiré siendo intenso entre nosotros, pero con el tiempo nuestro vínculo se asentará del todo y... mis tendencias homicidas hacia tus bragas se calmarán... supongo.

—¿Tendencias homicidas hacia mis bragas? —Sophia tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no reírse—. ¿Con eso quieres decir que te volverás más conservador?

La manera en la que la miró parecía preguntarle si se había vuelto loca.

—Cariño, pasen los años que pasen, seguiré queriendo follarte de la misma manera en que lo hice durante toda la noche —declaró con un tono tan ufano que la risa burbujeó sin remedio en su propia garganta—. Eres la horma de mi zapato, *Sophi*. Nunca dejaré de desearte como lo hago, de necesitarte y quererte así, con todo lo que soy.

Si no se había convertido todavía en un charco con esas palabras, era solo porque la estaba sosteniendo entre sus brazos.

*Pasen los años que pasen.* Había dicho él. Su corazón se estremeció ante esa frase y empezó a latir con más fuerza y rapidez. Dereck estaba hablando de ellos a largo plazo, algo que si bien no la sorprendía, ya que era la manera de pensar de los *tygrain*, sí que la llevó a pensar por primera vez en qué significaba exactamente eso para ella.

Había estado tan ocupada intentando encontrarle sentido a todo, que no se paró a pensar en lo que ocurriría después y había llegado ese momento.

—¿Qué ocurre, *Sophi*?

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada fija en ella con una renovada intensidad.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iban a ser las cosas entre ellos? ¿Él en *Whistler* y ella en *Nevada*? El solo pensamiento le provocó un escalofrío que no le pasó por alto a su pareja, quién cerró los brazos en torno a ella y le acarició la espalda. Había llegado hasta aquí para solucionar lo del testamento, pero acabó encontrando mucho más que una solución a un problema.

—*Sophi* —Le acarició el rostro al tiempo que le apartaba el pelo para poder mirarla—. Habla conmigo.

Respiró hondo y asintió.

—*La Bonita* —pronunció y decir aquellas dos palabras nunca le supuso tanto esfuerzo como ahora—. Es mi hogar, el motivo por el que llegué aquí... —Se incorporó para poder mirarle a la cara—. Tú tienes esto, Dereck, las montañas son tu hogar, pero yo... yo tengo un compromiso con la tierra, con mi pueblo y... Y lo he dejado todo de lado, ni siquiera había pensado en ello hasta ahora, pero... una parte de mí pertenece a ese lugar...

El rostro masculino se relajó para su sorpresa, sus ojos adquirieron una calidez que le tocó el corazón y sus próximas palabras fueron prácticamente de alivio.

—¿Eso es lo que te preocupa? —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Cariño, no me he pasado toda una vida buscándote para renunciar a ti ahora que al fin te encontré.

—Pero tu hogar está aquí, la montaña es tu ancla...

—¿Todavía no lo has entendido? —Dereck se incorporó a fin de quedar a su altura y le cogió la barbilla entre los dedos—. Mi hogar no es un lugar, una montaña o un desierto, mi hogar eres tú. Lo fuiste desde el mismo instante en que atravesaste la puerta del restaurante y viniste a mí. Si tus raíces están en *La Bonita*, en la tierra de tus antepasados, allí me tendrás. —le acarició la mejilla con el pulgar y se inclinó sobre sus labios—. Cuando un *tygrain* encuentra a su otra mitad, es para siempre. Tú y yo somos para siempre, Sophia, no hay nada más cierto que eso.

*Para siempre.*

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla al escuchar esas dos palabras al tiempo que asentía en respuesta.

—Para siempre suena bien, Dereck —afirmó al tiempo que acortaba la breve distancia que todavía les separaba para besar al hombre que sabía iba a terminar amando con toda su alma, si es que no lo hacía ya—. Será interesante ver a un tigre correr por los terrenos de *La Bonita*.

Su *tygrain* sonrió y la empujó de espaldas sobre el colchón, haciéndose de inmediato hueco entre sus piernas. No tardó en notar su duro miembro restregándose contra su ya húmedo sexo.

—Oh, no sabes todavía cuán interesante puedo llegar a ser, mi vida, pero te lo demostraré —aseguró empujando su polla en ella—. Te lo demostraré una y otra vez.

Sophia solo pudo gemir en su boca antes de que se entregase una vez más al deseo y el placer que su amante despertaban en ella.

## CAPÍTULO 19

*Dos semanas después...*

—Bienvenida a casa.

Sophia sintió que el aire le volvía a los pulmones en el momento en que atravesaron el arco de entrada del rancho y empezó a ver la casa de planta baja al final de la avenida.

Había sido un trayecto infernal, las quince horas de coche más largas de su vida, sobre todo porque habían tenido que parar e incluso pernoctar un par de veces antes de poder continuar el viaje. La última ola de frío siberiana que había azotado el país había creado estragos en algunos estados, lo que había cerrado aeropuertos, cortado líneas de tren y las autoridades no dejaban de desaconsejar el desplazarse por carretera a menos que fuese estrictamente necesario.

Cuando ya estaba a punto de tirar la toalla y ponerse a berrear como una niña en el último motel de carretera en el que su compañero decidió parar, las condiciones climatológicas empezaron a mejorar y pudieron reanudar la marcha.

Dereck le había dejado muy claro incluso antes de salir de Canadá que no iba a montarse en un avión. Odiaba volar, una noticia que la cogió por sorpresa y le provocó al mismo tiempo una inesperada ternura.

A su *tygrain* le entraban sudores con solo pensar meterse en uno de esos aparatos, así que la alternativa era hacer el viaje por carretera. La idea era hacerla en un par de etapas para de ese modo llegar descansados, pero el tiempo había decidido hacer de las suyas.

A pesar de todas las vicisitudes ahora estaban en casa y eso era lo único que le importaba.

La nieve confería al lugar un aspecto mágico, como si estuviese encapsulado en el tiempo. Dado que los accesos al rancho y la entrada estaban limpios, suponía que el tío Lonan había estado bastante ocupado.

La columna de humo que salía de la chimenea le provocó una punzada de nostalgia. De repente era de nuevo consciente de que Milio ya no estaba en casa, que no saldría envuelto en su manta *paiute* para recibirla en el porche.

—Me va a costar hacerme a la idea de que él ya no está aquí —mencionó y se volvió hacia Dereck, quién apagaba el motor del coche—. Creo que le habría gustado verme llegar contigo, sin duda aprobaría que no fuese yo la que condujera...

Él sonrió y le cogió la mano.

—Algo me dice que sabía que tú y yo volveríamos a encontrarnos y que de un modo u otro volvería a este lugar —admitió mirando ahora hacia la casa—. Aquí fue dónde te encontré la primera vez y ya entonces supe que eras especial, aunque nunca pude imaginarme cuánto.

Dereck se llevó entonces su mano a los labios y le besó los dedos.

—Emilio era un hombre que poseía un sexto sentido —admitió él—. No me sorprendería que hubiese hecho lo que hizo con el testamento solo para que pudiésemos volver a encontrarnos y descubrir así lo que nos había deparado el destino.

No podía estar más de acuerdo con él.

—Sí, yo también he llegado a pensar lo mismo —afirmó y volvió a mirar la casa—. Y ahora estamos aquí, en el lugar donde todo comenzó. —Se volvió hacia él y señaló el inmueble con un gesto—. ¿Listo para dar un paso más?

—Te seguiré hasta el mismísimo infierno, cariño, hasta el mismísimo infierno.

Resopló ante su exagerada declaración, pero incluso esas rimbombantes palabras le sonaban bien viniendo de él.

En cuanto bajó del coche recibió el primer golpe de frío, pero era un ambiente distinto al de las montañas de su compañero, un aroma distinto y único con el que no dudó en llenarse los pulmones.

*Hogar. Parecía decirle. Casa.*

El chirrido de la puerta principal al abrirse era inconfundible, Sophia levantó la cabeza y miró en su dirección a tiempo de ver a un hombre de mediana edad emergiendo a través del umbral. Vestía como un ranchero, con la única diferencia de que llevaba una especie de poncho con bordados *paiute*. Su rostro curtido hablaba de su ascendencia india, al igual que el pelo negro que todavía llevaba largo y trenzado en la nuca.

Verle allí fue como ver a su abuelo una vez más, la sensación fue agridulce, porque tenerle allí era conservar todavía un pedacito de todo lo que había vivido en sus años en *La Bonita*. Ese hombre formaba parte de su familia y no veía el momento de que la envolviese entre sus brazos oliendo a madera y a bosque.

—La hija pródiga vuelva a *La Bonita* sana y salva, tío Lonan —alzó la voz para que el hombre la escuchase en la distancia y a jugar por la sonrisa que ya curvaba sus labios mientras avanzaba a las escaleras del porche, lo había hecho.

—Bienvenida a casa, *niña luna* —la saludó y acto seguido posó la mirada sobre su acompañante. El anciano frunció ligeramente el ceño, entonces algo cambió en su expresión, sus

ojos se abrieron ligeramente y juraría que incluso dijo alguna cosa, pues sus labios se movieron, pero no llegó a oírlo. Casi al instante asintió con la cabeza en reconocimiento de su acompañante y añadió en voz alta—. Veo que vienes en una compañía muy especial.

Enarcó una ceja y miró de soslayo a Dereck, quién le guiñó el ojo en respuesta.

—¿Os conocéis?

El *tygrain* negó con la cabeza.

«No, pero sabe lo que soy».

Escuchar su respuesta en la mente todavía la sobresaltaba.

«Es un chamán». Insistió él y no parecía sorprendido por ello.

Ella asintió y añadió en voz baja.

—Es el *Niaui* de la *tribu moapa de los paiute de Springs Creek* —le informó obteniendo una afirmación por su parte.

—Vamos —pronunció su compañero ahora en voz alta y le rodeó la cintura con el brazo como solía hacer últimamente. Decía que era una excusa para tenerla cerca de él, pero se había dado cuenta de que también era un gesto de protección.

Sacudió la cabeza, puso los ojos en blanco y le permitió escoltarla de aquella manera hasta que estuvieron a pocos pasos del anciano, momento en que se dejó llevar por la costumbre. Se lanzó a los brazos del hombre como había hecho desde que era una niña y agradeció de inmediato encontrarse envuelta en ese conocido aroma.

Para lo que no estaba preparada, sin embargo, era para las palabras que le dedicó en su lengua tribal.

«*Elegiste bien, niña luna. Los ancestros lo aprueban y reconocen sus huellas sobre esta tierra*».

Se echó hacia atrás y miró al hombre que conocía de toda la vida, pero él no perdió el tiempo y siguió hablando ahora como siempre.

—Tienes buen aspecto, Sophia, las vacaciones te han sentado bien.

—¿Vacaciones? —No pudo evitar soltar un resoplido—. Tío, han sido de todo menos vacaciones... —Miró a Dereck y este enarcó una ceja divertido por lo que añadió—. Al menos al principio.

—Y tú eres *él*. —Su tío fue tan directo como siempre, miró al recién llegado de la cabeza a los pies y le tendió la mano—. Soy Lonan Smith, *Moapa*, indio *paiute* del sur, miembro inscrito de la tribu independiente de *Spring Lake*.

—Dereck Ellis. —Se presentó a su vez y el nombre, como era de esperar, le sonó de algo —. Soy el compañero *tygrain* de Sophia, un *hijo de los espíritus* que, según tengo entendido, es como llamáis a mi raza.

El hombre asintió visiblemente complacido con su respuesta y ambos se estrecharon la

mano durante un buen rato, entonces el anciano la miró.

—¿Es el mismo señor Ellis al que fuiste a ver?

—El mismo que viste y calza —confirmó y el nativo sonrió de esa manera en la que a veces había visto hacerlo a su abuelo.

—Intrigante hasta el final... —Le pareció escucharle decir con genuina diversión antes de hacerse a un lado y señalar en dirección a la entrada a la casa—. Eres el alma y la guía, debes hacer los honores.

Sophia puso los ojos en blanco, hacía siglos que nadie hacía ese ritual, por otro lado, tampoco es que hubiesen tenido muchas visitas nuevas.

—Dereck ya ha estado en *La Bonita*...

—Pero no como tu compañero.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, sobre todo porque el aludido estaba contenido una sonrisa ante aquella batalla entre los dos.

—Señor, dame paciencia... —masculló y añadió volviéndose a su pareja—. *Bienvenido a mi morada, compañero de camino, que mi agua sea tu agua, mi pan sea tu pan y mi techo sea el tuyo.* —Recitó con suavidad y extendió el brazo en forma de arco hacia la puerta—. *Entra y siéntete en casa.*

—*Con honor y agradecimiento, compañera* —respondió él sorprendiéndola ahora al pronunciar aquellas palabras en su lengua nativa.

—¿Cómo has...? —empezó a preguntar, pero no llegó a terminar la frase, pues su tío rompió a reír y le dio tal palmada en la espalda que fue un milagro que no la estampase contra las escaleras. Ese hombre tenía una fuerza descomunal para su edad.

—Benditos sean nuestros ancestros, *niña luna*, benditos sean —declaró entre carcajadas y esperó a que Dereck traspasase el umbral, para luego invitarla a ella a hacer lo mismo y finalmente acompañarles a dentro.

### ***Esa misma noche...***

—Has elegido bien.

Sophia siguió la mirada de Olive Smith, la cual estaba observando a su marido mientras charlaba con Dereck en el porche trasero. A juzgar por el ambiente y el hecho de que su compañero no estaba pidiendo auxilio, ambos hombres parecían entenderse bien.

—Tiene un espíritu fuerte y un corazón fiero, la tierra le dio la bienvenida en cuanto llegó

reconociéndolo como uno de sus hijos.

Se volvió hacia la mujer, quién asintió y sonrió.

—Él era el indicado para ti, *niña luna*, sí que lo era.

Sus palabras la llevaron a pensar en lo que habían hablado Dereck y ella en el coche.

—¿Crees que el abuelo lo sabía? ¿Qué lo vio en mi futuro?

La mujer se encogió de hombros.

—Tu abuelo siempre tuvo un sexto sentido, como él lo llamaba, así que... quién sabe —le tocó la mano—. Sea como sea, ambos estáis aquí ahora, ya tendréis tiempo para ver hacia dónde os conduce este camino. Ahora coge eso y ocúpate de tu hombre, tu tío y yo volveremos a casa. Si necesitas alguna cosa...

—Estaré bien —asintió y señaló la escena que ambas contemplaban—. Ya no estoy sola.

Y esa era una realidad absoluta, una condición que Dereck había cambiado con su sola presencia. Él le había dado más en unas semanas de otros le dieron en toda una vida y era algo por lo que siempre le estaría agradecida.

—Tienes una hermosa vida por delante, mi dulce niña, una que auguro estará llena de cosas buenas —afirmó su tía con absoluto convencimiento, entonces le recordó—. Os he dejado comida hecha en la nevera, también algunas conservas y tu tío ha llenado el congelador de carne. Si necesitas alguna cosa más, lo que sea, sabes que puedes venir a verme.

No le sorprendieron lo más mínimo sus palabras, pues era algo que ese matrimonio llevaba haciendo desde que su abuelo enfermó. Siempre procuraban que tuviesen de todo, aun cuando ella misma podía encargarse de hacer la compra o cocinar. Sophia era muy consciente de que sin ellos ese último año habría sido muy difícil, sobre todo a nivel anímico. Así que no se lo pensó, obvio la bandeja con las bebidas que le había señalado y abrazó a la mujer a la que tenía por una segunda madre.

—Gracias por cuidarnos tanto, tía Oli.

—Tonterías —chasqueó la mujer, pero se le notaba la emoción en la voz—. Has sido mi *niña luna* desde el momento en que Emilio te trajo a la comunidad y siempre lo serás.

Con un último beso en la frente a modo de protección, se dirigió a su marido y se lo llevó del rancho antes de que el hombre pudiese sacarse de la manga alguna ocupación más para mantenerles en *La Bonita*.

Tras despedir al matrimonio, cogió la bandeja que había preparado con un par de bebidas calientes y se reunió con su compañero que seguía disfrutando de las vistas desde el porche trasero.

La noche había caído ya y el ambiente era lo bastante frío como para requerir de una lumbre en la que calentarse. Pese a ello, dejabas de pensar en toda la nieve caída en el momento en que alzabas la mirada al cielo y lo veías cuajado de estrellas, un milagro que ya se daba en

zonas rurales o poco pobladas.

—¿Café? —preguntó nada más atravesar el umbral.

Dereck se giró y pudo apreciar el brillo intenso de sus ojos verdes, el cual empezó a disminuir en cuanto parpadeó un par de veces. Su lado felino estaba en la superficie, sin duda tomando conciencia del vasto territorio que se extendía ante él.

Cogió una de las tazas humeantes y señaló con ella la oscuridad que se extendía más allá de las luces del porche.

—La tierra canta —mencionó con un toque de nostalgia en la voz—. Hacía mucho tiempo que no escuchaba esa canción, no fuera de las montañas *Whistler*. Este lugar tiene un halo ancestral, la huella de un poder antiguo y poderoso perdura arraigado en la tierra. No es extraño lo echases de menos, eres parte de él, todos vosotros lo sois.

—El abuelo Milio decía que la tierra empezó a cantar en el momento en que la tribu se asentó en estas tierras, pero que solo cuando yo llegué a vivir aquí, cuando él me trajo, la canción cambió —mencionó recordando las historias que solía contarle su abuelo—. Nunca la he escuchado, pero sé que está ahí. Él decía que el que no pueda escucharla no significa que no esté, que es como la luna, que a pesar de no verla en el cielo cuando este está cubierto de nubes, sabes que está ahí.

—¿Y de dónde viene lo de «*niña luna*»? —preguntó dándole un sorbo a su bebida al tiempo que se apoyaba de espaldas contra la barandilla de madera del porche.

Sophia dejó la bandeja sobre uno de los tocones con forma de mesa que había tallado su abuelo y rodeó su propia taza con las manos para hacerlas entrar en calor.

—Me lo pusieron cuando llegué aquí —respondió y ladeó la cabeza dejando que unos mechones de su pelo cayesen hacia delante—. Ahora se me ha oscurecido, pero de niña era mucho más rubia y al tener la piel blanca, ya puedes imaginarte el contraste. Soy mitad india, mi bisabuela, mi abuelo y mi padre también lo eran, tengo los ojos de los *paiute*, pero físicamente soy absolutamente occidental. Los genes francocanadienses de mi madre le ganaron la partida a los espíritus. —Sonrió para sí y se volvió hacia él, apoyándose también de espaldas en la barandilla—. Mi tío Lonan es el chamán de la tribu, él fue el que le dijo a mi abuelo que el espíritu de la luna me había elegido, así que desde entonces he sido para todos la «*niña luna*». Para mi familia siempre ha sido un apodo cariñoso y para mí, en cierto modo, una reivindicación de que a pesar de mi aspecto, los espíritus de mis antepasados me reconocen como un miembro más de la tribu.

Dereck asintió y se giró una vez más de cara al horizonte, se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre el listón de madera. Sus ojos volvieron a ganar ese brillo que le indicaba que su naturaleza felina estaba cerca de la superficie.

Se había acostumbrado a ver esta dualidad en él, a reconocerla e incluso sentirla.

—Por allí están las montañas Ruby —señaló un punto en la oscuridad que se extendía más allá de las luces del porche. Sabía que su compañero era capaz de ver en la oscuridad, de reconocer formas, así que imaginó que podría orientarse con sus indicaciones—. Sé que no es *Whistler Blackcomb*, que no es lo mismo, pero en esta época hay nieve en las cumbres y tenemos rutas de senderismo que...

Unos callosos y duros dedos se colaron debajo de su barbilla levantándole la cabeza a fin de encontrarse una vez más con esos ojos verdes.

—No, no es *Whistler*, pero aquí he encontrado lo que más quiero —la interrumpió él—. Me da igual qué suelo haya bajo mis pies, que montañas se vean en la distancia o que estrellas brillen sobre mi cabeza, Sophia —declaró con absoluta convención—. Al fin te encontré, mi compañera, mi otra mitad, mi posesión más preciada. Mientras pueda estar a tu lado, me da igual el lugar en el que me encuentre la vida, mi hogar siempre serás tú. —Los dedos bajo la barbilla se movieron hacia su mejilla en una dulce y tierna caricia—. Te quiero, *niña luna*, no hay nada ni nadie a la que quiera en mi vida más que a ti.

Sus labios rozaron entonces los suyos, una caricia suave y tierna que la derritió.

—Mi hogar siempre serás tú... —Se encontró repitiendo esas palabras, mirándole y sabiendo exactamente lo que él quería decir, pues era algo que ella misma había empezado a sentir en el momento en que lo encontró—. Creo que nunca entendí el significado de esas palabras, que no vi que tan reales podían llegar a ser hasta que te encontré en esa montaña y pusiste mi vida patas arriba, Dereck.

Esos sexys labios se curvaron en una traviesa sonrisa.

—Alguien tenía que hacerlo, amor —aseguró él guiñándole el ojo—. Alguien inteligente, grande, fuerte y con un pelaje calentito, perfecto para las noches de invierno, si me permites añadir.

—Tan calentito que no siente la ni la nieve que le cae encima, ¿no? —replicó recordando a cierto *tygrain* jugando como un cachorro bajo la intensa nevada.

—Sí.

Su respuesta fue tan sincera y el brillo en sus ojos tan evidente, que acabó soltando un resoplido de risa y mirando al otro lado del porche de madera, dónde la luz de la casa todavía dejaba ver la nieve caída que no se había limpiado.

—Quieres salir a jugar. —No era una pregunta.

—Sí —afirmó y acompañó sus palabras con un ronroneo felino—. ¿Vienes conmigo?

Sacudió la cabeza y se echó a reír sin poder evitarlo.

¿Podía haber una situación más bizarra que esta? Ese hombre acababa de decirle básicamente que la quería, que no le importaba dónde tuviese que vivir mientras lo hiciese con ella y acto seguido estaban hablando de ir a jugar con la nieve.

—Te quiero, Dereck Ellis. —Las palabras salieron con total facilidad de su boca, estaba completa e irremediabilmente enamorada de él y no había manera ya de negarse a lo evidente—. Y si bien empiezo a acostumbrarme a tu abrigo de rayas —añadió envolviendo ahora los brazos alrededor de su cintura, con cuidado de no volcar la taza de café que todavía tenía en la mano—, creo que esta primera carrera por tu recién adquirida propiedad deberías darla tú solo.

—¿Mi recién adquirida propiedad? —La confusión bailó en esos ojos felinos.

Sophia se lamió los labios al tiempo que asentía y se preparaba para comunicarle algo que había decidido semanas atrás y que ya estaba en marcha.

—Sigues siendo propietario de la mitad de *La Bonita* —le dijo y vio la sorpresa en su rostro—. Este lugar es importante para mí, me dio cobijo cuando me quedé sola, me regaló los mejores años de mi infancia y adolescencia, pero sobre todo, te trajo a mi vida. Estas cuatro paredes han sido mi hogar durante mucho tiempo, pero ahora mi hogar... eres tú. Te quiero, Dereck. Como me dijiste una vez no hace mucho, lo nuestro es para siempre.

La intensidad con la que la miró a los ojos era ardiente y abrumadora, fue imposible no excitarse al instante cuando parecía querer desnudarla con la mirada. Entonces, sin previo aviso, le quitó la taza de las manos y se apartó de ella para dejarla junto a la suya en la bandeja.

—Dímelo una vez más, *Sophi* —le pidió volviendo de nuevo a ella y cogiéndole el rostro entre las manos—. Dime otra vez lo que acabo de oír para que pueda grabarme tu voz pronunciando esas palabras en lo más profundo de mi alma.

—Te quiero, Dereck Ellis —repitió con suavidad—. No es razonable, ni lógico, pero es real, muy real.

—Como nosotros, tigresa, tan real como nosotros —afirmó con una enorme y satisfecha sonrisa que culminó sobre su boca en un profundo beso.

Sophia gimio en su boca, se pegó a él y dejó que la arrasara como solo ese *tygrain* podía hacer. Cuando ya pensaba que no la sostendrían las piernas y tendría que pedir piedad, él la soltó con un jadeo y los ojos tan brillantes como los de su felino. Sus pupilas se habían reducido incluso más y supo sin necesidad de palabras qué le iba a decir a continuación.

—Tengo... que ir... —murmuró con voz ronca, con una cadencia salvaje y dual.

Asintió y se hizo a un lado. Conocía esa mirada y la intensidad que había detrás de ella.

—Disfruta de tu nuevo hogar, *tygrain* —le invitó a dar rienda suelta a sus necesidades más primitivas—. Y cuando termines de jugar, vuelve corriendo a mí.

—Siempre, amor mío, siempre.

Había algo sensual y absolutamente íntimo en ver a ese hombre desnudarse completamente sin otro objetivo que cambiar de piel. Sophia disfrutó una vez más de ese magnífico cuerpo que empezaba a conocer al dedillo antes de que abandonase esa encarnación y un enorme felino ocupase su lugar. Aquel cambio todavía la dejaba sin aliento, pero cuando el pesado tigre la

rodeó, frotándose contra ella, no dudó en hundir las manos en su pelo e inclinarse para susurrarle en una de sus peludas orejas.

—Vuelve pronto, gatito.

Su *tygrain* sacudió la enorme cola, la miró con esos ojos dorados y en su mente escuchó la voz de su compañero.

«*Siempre*».

Un salto después, el nuevo propietario de *La Bonita* se perdió en la oscuridad listo para dejarles claro a todos los habitantes de su nuevo territorio que un *espíritu guía* había llegado para quedarse.

## EPÍLOGO

*Dos meses después...*

La primavera había llegado por fin a *Spring Creek*, la calidez de un día soleado y el perfume de las flores se aunaban para obsequiar a la pareja que unía sus vidas ante los hombres del mismo modo en que lo habían hecho tiempo atrás ante sus ancestros.

Risas, charlas animadas, la felicidad se palpaba en el ambiente y relucía en los ojos de los presentes en aquella pequeña celebración.

Los novios habían reunido a toda su familia, la india y la *tygrain* para que fuesen testigos del intercambio de ese intercambio de votos y del comienzo de su nueva vida juntos. Una vez bendecida su unión por el chamán de la tribu y todos los presentes, la pareja selló su amor con un beso.

—Al fin te encontré, mi Sophia.

—Al fin me encontraste, mi *tygrain*.

**FIN**